



De Corea a Villarrica: el aprendizaje del Batallón
Colombia en la Guerra de Corea y su puesta en práctica
en Villarrica, Tolima. 1951-1955

Trabajo de grado para optar por el título de Historiador

Juan Luis Quintero Reyes

Director: Carlos Camacho Arango

Programa de Historia
Escuela de Ciencias Humanas
Universidad del Rosario
Bogotá, 2020

Agradecimientos

En primer lugar, dedico esta tesis a mi querida familia, quienes siempre han estado y estarán incondicionalmente presentes para mí. Les agradezco especialmente por haberlo estado durante mi vida universitaria: a mi madre, quien con infinito amor, perseverancia y fe en mí estuvo ahí para apoyarme y ayudarme a seguir en pie y avanzando cuando más lo necesité. A mi padre, quien siempre me alentó y creyó en mis capacidades, recordándomelas día a día para hacerme consciente del potencial que tengo, de lo que soy capaz de hacer. A mi hermano, quien con cabeza fría pero con mucho cariño me ayudó en incontables ocasiones a dilucidar el juicio y tomar las decisiones adecuadas. Todo el fruto de este esfuerzo se lo debo a ellos, y se los dedico.

También quiero dar un gran agradecimiento a mi director de tesis, el Dr. Carlos Camacho Arango, por su paciencia, su dedicación, su certeza, su guía, sus recomendaciones y su interés por el tema, así como por el resultado del trabajo. Así mismo, le debo un agradecimiento al profesor Álvaro Pablo Ortiz, quien mostró un gran interés por este trabajo y, a pesar de que no tuvimos la fortuna de cruzar nuestros caminos antes de yo estar cerca a culminar, proveyó un modesto pero valioso aporte a esta monografía. Finalmente quiero dar gracias a mi querido profesor y amigo León David Beytelmann, quien no solo fue el que me puso en contacto con el Dr. Camacho, sino que también ha estado atento al progreso de esta investigación, aportando también su criterio y sabiduría en aras de mejorarlo, además de haberse convertido en un acompañante incondicional, un sabio guía y un gran amigo lo largo de mi carrera de Historia.

Contenido

Introducción.....	4
Consideraciones metodológicas.....	6
1) Colombia en Corea: participación colombiana en la guerra de Corea. 10	
Un batallón de infantería colombiano en Corea: la decisión y la preparación.....	10
Bautismo de fuego: el Batallón Colombia se foguea y sobresale.....	15
Marzo sangriento: el más duro golpe a Colombia en tierras lejanas.....	20
La experiencia del combatiente colombiano en Corea.....	24
2) De Corea a Colombia 29	
Lecciones de Corea: una radiografía del renovado Ejército de Colombia.....	29
Ejército de Colombia antes de la guerra de Corea: problemas existentes.....	30
Ejército de Colombia después de a la guerra de Corea: aprendizaje y transformaciones.....	32
Americanización: asimilación del modelo estadounidense.....	36
Se siembra la semilla de la “contrainsurgencia”.....	38
“Corea es casi exclusivamente una guerra de infantería” (Ruiz, 1956, p. 264): rol y prevalencia de la infantería en la doctrina y en la práctica.....	41
Consideraciones finales sobre la participación colombiana en la guerra de Corea.....	43
3) Villarrica en Colombia 44	
La Violencia: una mirada global a un panorama nacional.....	44
La Violencia en el Tolima y en el Sumapaz.....	50
Historia y Violencia en Villarrica.....	55
4) De Corea a Villarrica 57	
Dentro de la Autodefensa Campesina.....	58
Las Fuerzas Militares de Colombia contra la Autodefensa Campesina: desarrollo del conflicto en Villarrica.....	60
Análisis del conflicto en Villarrica.....	63
Las lecciones de Corea aplicadas en el campo local.....	67
¿Qué significó la aplicación de las lecciones de Corea?.....	73
Conclusiones.....	76
Fuentes.....	Error! Bookmark not defined.
Bibliografía.....	Error! Bookmark not defined.

Introducción

La historia de las guerras en Colombia se caracteriza por haberse desarrollado, en su gran mayoría, dentro del territorio nacional y porque los adversarios que se han enfrentado dentro de este han sido de la misma nacionalidad: colombianos. Desde las guerras civiles del siglo XIX, pasando por La Violencia, conflicto entre liberales y conservadores (junto con otros grupos políticos, principalmente de izquierda), que alcanzó su punto más alto en la década de los 50, para terminar con el llamado “conflicto armado”, que surgió con la fundación de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, FARC, en 1964¹.

Por el contrario, los episodios de guerra internacional de Colombia como país independiente han sido limitados. Comenzando por el conflicto contra el Perú, entre 1932 y 1933, por la soberanía sobre la ciudad de Leticia, ciudad colombiana fronteriza con Brasil y Perú. Pero quizá el más notorio, recordado y significativo fue su participación en la guerra de Corea (1951-1954) en el bando de la Organización de las Naciones Unidas, una coalición de países capitalistas liderada por Estados Unidos, que combatía a un grupo de países comunistas: Corea del Norte y la República Popular China, apoyados política y logísticamente por la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

Colombia fue el único país latinoamericano en enviar tropas a la contienda en la península coreana. Las razones de esa decisión siguen siendo motivo de debate, pero es indiscutible que Corea dejó una profunda huella dentro del Ejército Nacional de Colombia, la institución armada² que, por medio de la unidad que fue en su representación, el Batallón Colombia, llevó el peso de la lucha y puso la totalidad de las bajas colombianas en el país asiático.

¿Cuál fue la huella que quedó dentro del Ejército Nacional de Colombia tras el paso del Batallón Colombia en Corea? Puede resumirse en la asimilación de unas prácticas de tipo militar y, en menor medida, de unos patrones ideológicos propios de la Guerra Fría, ambos tomados de la potencia dominante: los Estados Unidos. El Ejército colombiano incorporó las formas propias del Ejército estadounidense en su doctrina militar, es decir, en la serie de pautas, patrones y, sobre todo, la actitud con la que suele planear y ejecutar sus operaciones militares. Estas van desde la adopción de patrones estéticos y visuales, como los uniformes, pasando por el equipamiento militar, principalmente el armamento, para luego pasar a las lógicas tanto tácticas como estratégicas, es decir, la organización y conducción de una unidad de determinado

¹ Grupo armado actualmente desmovilizado, salvo por las minoritarias disidencias que de él se separaron en 2016, al no estar de acuerdo con los acuerdos de paz de La Habana, firmados por el gobierno del presidente Juan Manuel Santos y el mismo grupo insurgente

² Pues hay que recordar que la Armada Nacional de Colombia también envió una unidad a participar al teatro coreano.

tamaño, léase escuadra, compañía, batallón, brigada, etc., llegando luego a lo estratégico,³ es decir, utilizar la forma de pensamiento militar estadounidense para identificar los objetivos generales de una campaña y cumplirlos.

¿Por qué es importante identificar esa huella dentro del Ejército colombiano? Porque esa huella marcó el norte cuando el Ejército colombiano comenzó a operar, después del regreso del Batallón Colombia, contra los grupos armados que pululaban a lo largo del país. Es decir, las transformaciones y enseñanzas que obtuvo el Batallón Colombia tras su paso por Corea y su aplicación en el contexto local en la década de los 50, cuando aún estaban “frescas” las lecciones de la campaña de Corea. De todas estas tempranas ocasiones en las que el Ejército colombiano aplicó lo aprendido en la península coreana, hay un episodio que merece destacarse: el conflicto en Villarrica.

Villarrica, un pequeño municipio ubicado en el oriente del departamento del Tolima, en la región del páramo del Sumapaz, pasó a la historia nacional por haber protagonizado uno de los episodios más intensos de la historia militar colombiana: los combates que un grupo armado, compuesto por campesinos precariamente dotados para un enfrentamiento militar, protagonizó contra el Ejército a mediados de la década de los 50. Aunque los combates más fuertes tuvieron lugar entre mayo y junio de 1955, en realidad la Violencia tocó ese municipio casi tan pronto fue asesinado el caudillo liberal Jorge Eliécer Gaitán, el 9 de abril de 1948, y se prolongó hasta la caída del general Gustavo Rojas Pinilla, en 1957. Pero esas líneas generales sobre los sucesos de Villarrica no son el enfoque del presente trabajo. ¿Cuál es, entonces? Una importancia que no muchos, si es que alguien aparte, quizá, de los protagonistas de los sucesos, ha percibido: fue en los combates de Villarrica en los cuales se aplicó, por primera vez, el aprendizaje obtenido por el Batallón Colombia en la guerra de Corea. No fue la primera vez que dicho batallón fue desplegado para hacer frente al acuciante problema de orden público que azotaba al país, pero sí la primera vez que entabló un combate de esa escala, en el que se requirió un nivel de planificación y ejecución no visto desde que el Ejército colombiano actuó en la contienda coreana. Además, aquí se puso en práctica, por primera vez, la doctrina militar estadounidense, la cual fue acoplada en su mayor grado al Ejército colombiano luego de su participación en Corea. Aunque es importante aclarar que la “americanización” del Ejército no fue un fenómeno que se diera exclusivamente con su participación en la guerra de Corea, sí fue este suceso el que más contribuyó a esa llamada “modernización” del Ejército colombiano, un ejército que se encontraba con graves deficiencias al momento de ser enviado al lejano país asiático. Durante La Violencia se puede

³ Acá es pertinente hacer una distinción entre el nivel táctico y el nivel estratégico de la guerra: el primero consiste en la conducción del combate como tal, es decir, del contacto con el enemigo, mientras el segundo es sobre el uso de las fuerzas y recursos disponibles en su totalidad para derrotarlo.

apreciar, por lo tanto, al Ejército en dos momentos: uno antes de su participación en Corea y uno después de la misma. En esta tesis se expondrá la diferencia entre ambos.

Ahora ¿cuál era el problema de orden público en Villarrica? Toda la región del Sumapaz se había convertido en un bastión del Partido Comunista Colombiano y en una zona de refugio guerrillera. No se puede ignorar, desde luego, las causas políticas y sociales que dieron lugar a esta lucha por parte de aquellos campesinos. Casi desde que empezó a poblarse, la zona comenzó a tener los problemas que no han faltado en una sociedad agraria como lo era la Colombia de la primera mitad del siglo XX, comenzando por las disputas por la tenencia de la tierra. Hay que añadir la violencia bipartidista, pues el Sumapaz y Villarrica fueron una región y un municipio de mayoría liberal y gaitanista, es decir, adeptos a las ideas del inmolido Jorge Eliécer Gaitán y por lo tanto sufrieron todo el rigor de la represión gubernamental y de la persecución conservadora.

En esa convulsa región, el Batallón Colombia fue llamado a ocuparse del problema. ¿Qué resultado tuvo allí el ejercicio de la fuerza por parte del Estado? ¿Cómo se vio reflejada la transformación del Ejército y cómo se aplicó lo aprendido por el Batallón Colombia en Corea en ese contexto? ¿Qué cambió para el Ejército y para Colombia a partir de la participación en Corea, visto desde los acontecimientos bélicos de Villarrica? Estas son algunas de las preguntas que se responderán a lo largo de la presente disertación.

Consideraciones metodológicas

Para la realización de la presente investigación histórica se acudió a fuentes primarias. Estas consisten, principalmente, en las memorias y los testimonios de los protagonistas de los hechos, tanto de un bando como del otro. Así, por el lado del Ejército, se usaron los escritos de los militares que estuvieron en Corea, en Villarrica o en ambos teatros de guerra, tanto sus memorias como sus publicaciones académicas: Francisco Caicedo Montúa, Gabriel Puyana García, Alberto Ruiz Novoa y Álvaro Valencia Tovar. Sus estilos variaban de acuerdo con sus rangos militares, sus cargos en la institución armada, sus otras profesiones (Puyana, por ejemplo, era periodista y fungía como corresponsal del *El Tiempo* en Corea) o el bagaje cultural de cada uno de ellos. También se hizo uso del libro escrito por el soldado Alejandro Martínez Roa, *Sangre en Corea*, para complementar el relato con la voz de un soldado raso, de forma que pudiera explorarse el paso colombiano por Corea desde abajo.

De los cuatro oficiales, el más destacado, así como el más utilizado para el presente trabajo, fue Valencia Tovar, en primer lugar, por haber sido el único presente tanto en Corea como en Villarrica que haya dejado constancia sobre su actuación en ambos conflictos. Dos de las fuentes más usadas para estudiar los sucesos que acontecieron en el país asiático y en el municipio tolimense fueron *Colombia en la guerra de Corea: La Historia Secreta*, coescrito con Jairo Sandoval Franky, y su autobiografía: *Testimonio de una época*. En segundo lugar, debido a que fue el escritor más prolífico que ha tenido el Ejército de Colombia. En tercer

lugar, a pesar de su participación en uno de los bandos de cada una de las contiendas (la de Corea y la de Villarrica), la autobiografía de Valencia Tovar logra ofrecer un relato balanceado y bien escrito. No libre de subjetividad, desde luego, pero sí ofrece un panorama lo suficientemente amplio, desde su perspectiva, para estudiar tanto su paso por Corea, que fue el momento más destacado de su carrera militar, como su participación en el conflicto de Villarrica a mediados de la década de los 50.

Para entender en profundidad los cambios que tuvo el Ejército no basta solo con la memoria testimonial de los militares. Fue necesario buscar una publicación que diera cuenta, de manera oficial, del giro doctrinal que tendría el Ejército a partir de su participación en la campaña de Corea: la *Revista Militar*. Si bien no fue la primera de su tipo, la revista que se utilizó para la presente investigación fue la que comenzó a publicarse en 1955, a cuyo frente estuvieron, tanto en la escritura de varios de sus artículos como de su edición y publicación, precisamente los oficiales veteranos de Corea. En esa revista se expresa, en sus diferentes artículos, la orientación al estilo estadounidense que adquiriría el Ejército de Colombia. Lo que se hizo fue relacionar el contenido doctrinal militar de esos artículos con lo aplicado por el Ejército en Villarrica, para saber qué tanto del mismo se vio reflejado en el proceder del Ejército.

La mayoría de los artículos de dicha revista fueron escritos después de que sucedieron estos enfrentamientos, pero aun así reflejan el cambio de mentalidad militar que tuvieron los oficiales colombianos. Incluso, se puede encontrar algo de aplicación de algunos de esos artículos en los sucesos de Villarrica, a pesar de que fueron escritos con posterioridad. Lo mismo puede decirse de las reflexiones que algunos artículos llevan al lector a plantearse con respecto no solo a la guerra en sí, sino al tipo de guerra que se estaba gestando en Colombia.

La otra fuente que se utilizó para esta investigación fue la voz de los guerrilleros. En particular, el testimonio de Jaime Jara, un campesino villarricense que, siendo apenas un niño, debió refugiarse junto a su familia y muchas más en el campamento guerrillero para huir de la persecución gubernamental y conservadora. Su testimonio autobiográfico respecto a este hecho, *Cuadernos de la Violencia*, es un relato que, si bien no es completo y debió complementarse con los encontrados en la otra obra que fue clave para este trabajo, *La Crónica de Villarrica*, demostró ser fundamental para reconstruir tanto los enfrentamientos entre la Autodefensa Campesina, organización armada surgida en el Sumapaz, y la fuerza pública colombiana, como las vivencias de los campesinos y combatientes de dicha organización.

Como se acaba de mencionar, *La Crónica de Villarrica* fue la otra obra fundamental para la reconstrucción de los combates en dicho municipio y su análisis. Consistió en una serie de entrevistas hechas por el urbanista francés Jacques April-Gnisset a los campesinos y guerrilleros testigos y supervivientes de los combates en Villarrica. Su estatus como fuente primaria puede ser discutible, al tratarse de una investigación en sí misma, pero su aporte para reconstruir y analizar los hechos fue fundamental.

Finalmente, se consultaron algunos documentos en el Archivo General de la Nación, específicamente los que se encontraban en el fondo “Presidencia de la República 1950-1959”, que, a pesar de la escasez de información militar detallada, logran aportar algunos elementos clave, tanto para complementar la reconstrucción y el análisis como para plantear nuevas preguntas e hipótesis.

La presente investigación no estuvo exenta de obstáculos y limitaciones: la reconstrucción que se pretendía, al menos con el nivel de detalle y la profundidad deseados, se vio truncada debido a la escasez de material de archivo. Se esperaba poder contar con informes militares, hojas de servicio, partes de bajas y material similar producido por el Ejército, pero no fue posible consultarlo. En primer lugar, debido a que el fondo documental de Ministerio de Guerra en el Archivo General de la Nación, entre 1951 hasta 1964 aproximadamente, se encuentra vacío. En segundo lugar porque fue imposible consultar directamente algún repositorio militar que contuviera información de Villarrica. No obstante, se hizo el mayor esfuerzo de reconstrucción, interpretación y crítica con la información que se pudo obtener de las fuentes que estuvieron al alcance.

Esta monografía, producto de la investigación realizada, está dividida en cuatro capítulos: el primero está dedicada a la reconstrucción detallada del desempeño del Batallón Colombia en la guerra de Corea. ¿Qué importancia tiene esta labor, dedicarle un capítulo a exponer lo hecho por un grupo de soldados colombianos en un país lejano? Porque durante esa guerra fue que, en primer lugar, se aprendió y se puso en práctica por primera vez, la doctrina militar estadounidense por parte del Ejército colombiano. En ello Colombia tiene una particularidad que le distingue de otros países latinoamericanos: fue el único en aprender y adoptar la doctrina militar estadounidense por medio de la “mejor” práctica posible en el mundo militar (aparte del entrenamiento y los ejercicios militares): la guerra. En este caso, de la mano de su “mentor” norteamericano. En segundo lugar, porque sería el mismo soldado colombiano (en algunos casos, literalmente, pues veteranos de Corea, como Valencia Tovar, fueron enviados a Villarrica) al que le tocaría atender las necesidades de seguridad internas de Colombia.

El segundo capítulo estudia la transformación y el aprendizaje del Ejército colombiano a partir de la guerra de Corea: qué lecciones aprendió esa institución armada durante la contienda en el país asiático y qué transformaciones sufrió a partir de entonces. No está de más resaltar la importancia de saber eso: esas lecciones son las que pondría en práctica el Ejército al enfrentar los problemas de orden público que afrontaba el país, comenzando por el que tenía la región y el municipio que son objeto de estudio en la presente monografía. Ese Ejército transformado, reformado, es al que le tocaría esa labor.

El tercer capítulo está dedicado a ofrecer al lector un panorama sobre La Violencia, primero en el nivel nacional, después en el Tolima y el Sumapaz y, por último, en Villarrica. Lo que sucedió en este municipio no puede ser estudiado de forma desligada de lo que pasó en el Sumapaz y en el Tolima, dos de los más

importantes epicentros de la Violencia, especialmente en su segunda fase, durante el gobierno del general Gustavo Rojas Pinilla.

El cuarto capítulo reconstruye los hechos bélicos en Villarrica y analiza los mismos desde la perspectiva de la aplicación de lo aprendido por el Ejército en Corea. Es en este aparte del texto donde se muestra en mayor medida el trabajo de fuentes realizado, así como el análisis de los hechos acontecidos en ese municipio, el enfrentamiento entre la Autodefensa Campesina y el Ejército a partir del contenido de la Revista Militar y de la memoria de Valencia Tovar. Desde luego, también se emplea la narración de los guerrilleros y campesinos, hasta donde es posible, debido a las limitaciones propias de esas fuentes, como el lenguaje coloquial usado por quienes testimoniaron, para comprender los procedimientos empleados por el Ejército en Villarrica a la luz de lo aprendido por el Batallón Colombia en Corea. Es en este aparte del texto en donde se responde a las preguntas de investigación planteadas.

1) Colombia en Corea: participación colombiana en la guerra de Corea.

Un batallón de infantería colombiano en Corea: la decisión y la preparación

Vale la pena comenzar este primer capítulo con una breve contextualización histórica; primero, acerca la guerra de Corea como tal, y segundo, sobre la historia del Batallón Colombia en la guerra de Corea: su conformación, su participación en dicha guerra y el legado de dicha participación.

La nación coreana estuvo entre 1910 y 1945 bajo el dominio colonial del Imperio Japonés; derrotado este en la Segunda Guerra Mundial, la península coreana fue dividida en dos a través del paralelo 38. La parte norte fue ocupada por los soviéticos, llegados allí tras invadir la región de Manchuria y expulsar a los japoneses, en la cual establecieron un gobierno comunista. La parte sur, entre tanto, fue ocupada por Estados Unidos, que fue la nación que se encargó de derrotar al imperio japonés en la guerra y cuyo territorio también había ocupado y convertiría en su base de operaciones en la guerra que se avecinaba.

Desde el principio hubo tensiones, tanto entre las dos Coreas como entre las potencias que las respaldaban. El norte tenía una economía basada en la minería y estaba más industrializado, mientras el sur era más orientado hacia la agricultura. (Valencia, 2003, p. 18) Esto causaba un primer interés en reunificar la península por parte de ambos bandos, para hacerse con los recursos que en su lado no se podían encontrar con tanta facilidad.

Desde el primer momento de la ocupación soviética, Corea del Norte se encargó de armar un ejército, bien entrenado, pertrechado y adoctrinado en la ideología comunista, al punto del fanatismo según Valencia Tovar, y compuesto, a fines de 1948, por diez divisiones de infantería y una blindada, auxiliadas por veteranos de la guerra sino-japonesa y apoyo aéreo. (Valencia, 2003, pp. 21, 25) Para formar dicho ejército, Corea del Norte contó con la ayuda de la potencia ocupante, la Unión Soviética, y, posteriormente, de China, en donde había llegado al poder el gobierno comunista de Mao Zedong en 1949, mientras que Corea del Sur se limitó a formar cinco divisiones de infantería, mal equipadas y entrenadas además de incompletas, y a apostar un pequeño contingente estadounidense, compuesto por 428 hombres, (Valencia, 2003, pp. 13,21) en su mayoría soldados bisoños, más algunos soldados de origen local, mal entrenados y equipados en comparación con un soldado profesional. (Hastings, 1987, p. 45)

Finalmente, el 25 de junio de 1950, el ejército norcoreano cruzó el paralelo y asaltó masivamente las posiciones estadounidenses y surcoreanas, las cuales, debido a su inferioridad numérica y, en el caso de las segundas, pobreza material y de preparación, rápidamente fueron abrumadas por el poderío norcoreano, que en cuestión de unas pocas semanas consiguieron ocupar prácticamente la totalidad de la península de Corea. La única región que escapó a este destino fue el puerto de Pusán y un área adyacente al mismo, en torno a cuyo perímetro las tropas estadounidenses y surcoreanas restantes lograron resistir el embate norcoreano, gracias a la llegada de refuerzos estadounidenses procedentes de las fuerzas de ocupación en

Japón, hasta la llegada del afamado general Douglas MacArthur con contingente mucho mayor de refuerzos de Estados Unidos. (Valencia, 2003, p. 30) El puerto de Pusán sería clave en la fase siguiente de la guerra: la contraofensiva.

Ante la ofensiva comunista, Estados Unidos llama a la Organización de las Naciones Unidas a condenar la agresión y a formar una coalición militar para combatir al ejército norcoreano. Gradualmente se fueron sumando diferentes países a la coalición, entre ellos, Colombia, cuyas razones para integrarse a la misma se expondrán más adelante. Llegados los refuerzos estadounidenses, aprovechando la superioridad naval estadounidense, realizaron una operación anfibia que es quizá la más importante de toda la guerra: el desembarco de Inchón, región costera adyacente al mar amarillo. Este desembarco, realizado por el cuerpo de infantería de marina de los Estados Unidos, sumado a la férrea defensa y posterior reforzamiento del perímetro de Pusán logró golpear duramente al ejército norcoreano y con ello las tropas de la ONU ganaron la iniciativa. De esta manera lograron hacer retroceder al ejército norcoreano hasta la frontera china. Ahora la península estaba casi en su totalidad en manos de la coalición de la Organización de las Naciones Unidas, liderada por Estados Unidos. No obstante, la cercanía de las tropas estadounidenses a la entonces recién creada China comunista alarmó al dirigente de este país asiático, Mao Zedong, que decidió intervenir en la guerra.

La intervención china provocó otro desplazamiento de la línea del frente de guerra, que llegó a estabilizarse hacia 1951 perpendicularmente al paralelo 38. Dicha estabilización provocó que terminaran los desplazamientos de la línea que demarcaba el frente de combate y los cambios en el dominio territorial, característicos de la guerra clásica o “regular”, dando fin a la llamada “fase móvil” para dar inicio a la “fase estática” de la guerra. Durante los dos años siguientes -tres si se incluye el año de 1954, pues aunque el año anterior se firmó un alto al fuego fue en este en el cual se firmó el armisticio- la línea del frente experimentaría poco movimiento; en dicha línea ocurriría la mayor parte de las acciones militares de esta contienda y, por supuesto, la mayor parte de las acciones del Batallón Colombia, que llegaría a Corea poco antes de comenzar la segunda fase del conflicto.

día del asesinato del caudillo popular Jorge Eliécer Gaitán, y 1958,⁴ año en el que asume la presidencia Alberto Lleras Camargo, primer presidente del llamado “Frente Nacional”.⁵

En 1950 alcanzó la presidencia uno de los políticos conservadores más radicales e intransigentes de Colombia por aquel entonces: Laureano Gómez Restrepo. Parte integral de su pensamiento político fue una virulenta oposición al comunismo, al cual, además de asociarlo al liberalismo como su “hijo” ideológico, denunciaba como la principal amenaza para la que él consideraba como la verdadera religión colombiana (el cristianismo católico) y, por extensión, para la nación colombiana. (Tirado, 1989, p. 85)

Antes de asumir la presidencia, Laureano Gómez había sido fuertemente crítico hacia Estados Unidos y su injerencia en los asuntos colombianos, llegando incluso a mostrarse a favor de las potencias del Eje durante la Segunda Guerra Mundial. (Tirado, 1989, p. 84) Dichas posiciones políticas le costarían cierta suspicacia por parte del gobierno estadounidense, factor que le generó gran preocupación al asumir la presidencia, pues los norteamericanos no olvidaban sus posiciones pasadas. El recelo de los estadounidenses no se limitaba a Laureano Gómez: según parece, una buena parte de la oficialidad militar colombiana también sintió simpatía por el bando del Eje durante la Segunda Guerra Mundial, lo que más adelante generaría ciertas reservas de los estadounidenses cuando el Ejército de Colombia comenzara su transformación hacia el modelo militar del país norteamericano. (Rempe, 1995, p. 16)

Esto generó un intenso debate con respecto a la razón verdadera por la que se envió el Batallón Colombia a combatir en la guerra de Corea: una de las afirmaciones más frecuentes, especialmente de los detractores de dicha decisión y de quien la tomó, es que fue para congraciarse al presidente Gómez con la superpotencia predominante en el hemisferio en el que se encontraba Colombia y la que mayor influencia ejercía sobre dicho país. Dicha guerra, afirmaron los opositores a la decisión de enviar tropas a Corea, no tenía nada que ver con los problemas que atravesaba Colombia. (Valencia y Sandoval, 2001, p. 225). Se señalaba también

⁴ Germán Guzmán Campos, Orlando Fals Borda y Eduardo Umaña Luna, al hacer su estudio “La Violencia en Colombia”, rastrearon dicha violencia hasta el año de 1930, en el cual hubo una primera ola de asesinatos tras la elección del presidente Enrique Olaya Herrera. Él fue el primer liberal en ocupar el cargo desde 1886. Sin embargo no se puede decir que la Violencia, al menos como un conflicto continuo, haya comenzado en ese año. Pero hacia 1947 sí hubo un aumento en los asesinatos. En ese año la situación de orden público en el país comenzó a volverse crítica, pero indiscutiblemente el asesinato de Gaitán en 1948 la llevó a su punto de ebullición. (Guzmán, Fals y Umaña, 1963, p. 23) y (Reyes, 1989, 18)

⁵ Un pacto hecho por los dirigentes de los dos grandes partidos tradicionales de Colombia, el Liberal y el Conservador, para terminar con “La Violencia” y para deponer al general Rojas Pinilla, militar que en 1953, a través de un golpe de estado ampliamente respaldado por la opinión pública depuso a un desprestigiado Laureano Gómez, pero que, conforme avanzó su gobierno, comenzó a adoptar medidas autoritarias que incomodaron incluso a las élites de los partidos, tales como la creciente represión a las disidencias o el cierre de los periódicos (notablemente El Tiempo), además de estar encaminadas a facilitar su perpetuación en el poder: para ello, Rojas creó una Asamblea Nacional Constituyente, denominada como “de bolsillo”; su objetivo era presentar proyectos legislativos y de modificación constitucional de acuerdo al criterio (y conveniencia) del general. Fue la que aprobó su reelección en 1954 hasta 1958, pues su período original iba desde el golpe de Estado hasta ese mismo año. (Tirado, 1989, pp.108-110)

la ironía del discurso que se le inculcaba al soldado colombiano: ir a tierras lejanas a luchar por los valores democráticos, cuando en Colombia estos mismos valores eran inexistentes en la práctica.⁶

También cabe señalar que Colombia fue el único país latinoamericano en responder afirmativamente al llamado de la ONU para aportar a la coalición militar en Corea. ¿Por qué el gobierno colombiano tomó esta decisión? Había un fuerte sentimiento anticomunista de las élites colombianas, surgido de manera autónoma, sin la necesidad de que los Estados Unidos inculcaran ese pensamiento como solían hacerlo durante el período de la Guerra Fría. Si bien esa inclinación era obviamente compartida por todos los miembros de las élites socio-económicas latinoamericanas, el caso colombiano parecía sobresalir por las demás. (Coleman, 2008, p. xvi) Ejemplo ilustrativo de ello es el propio Laureano Gómez; no obstante, las élites liberales también tenían un gran temor al comunismo, aunque Gómez no parara de asociar liberalismo con comunismo en sus discursos, como el del “basilisco”⁷

Tomada la decisión de enviar un batallón de infantería y una fragata de la armada, comenzaron los preparativos. Se asignó el personal que sería enviado a Corea. Oficialmente se trataría de voluntarios, pero como lo muestran las memorias de los oficiales colombianos, en realidad el proceso no estuvo exento de arbitrariedad, como lo ilustra la siguiente anécdota, registrada tanto por Puyana como por Valencia: el teniente coronel Polanía Puyo hizo formar a los asignados al Batallón, les dio una arenga en la cual apelaba a la gloria de las campañas independentistas; al terminarla, instó a los “cobardes” que no quisieran “honrar la memoria de los próceres” a dar un paso al frente: casi la mitad de los soldados formados dio tal paso. (Puyana, 1993, p. 62) El principal criterio de selección del personal destinado a Corea fue la presumible o conocida filiación política del militar en cuestión: se envió principalmente a quienes tuvieran, o se sospechara que tuvieran, simpatía hacia el liberalismo, especialmente cuando se trataba de oficiales y suboficiales, con tal de alejarlos del gobierno. Algunos, como Valencia Tovar, apoyan esta tesis. (Valencia y Sandoval, 2001, p. 228) En estudios más recientes, no obstante, esta idea se cuestiona, pues no tendría sentido que se enviara a militares de filiación política opuesta, a una contienda extranjera, de la que probablemente regresarían llenos de prestigio y gloria (cosa que sucedió), lo cual, de hecho, los dejaría en una mejor posición para la aparentemente temida intentona contra el gobierno. (Meléndez, 2015, p. 218) (Bushnell, 2007, p. 301) Cualquiera que haya sido el caso, sí parece destacarse la presencia de oficiales de filiación liberal en los contingentes enviados a Corea.

⁶ “Me preocupa el no contar desde ya con la autorización de mi padre y con su bendición, porque se le han reafirmado sus prevenciones sobre lo que él denomina mi *“aventura romántica y mi anhelo de gloria y mi incoherencia de luchar por la libertad y por la democracia en un país lejano cuando aquí en Colombia se violan todos esos principios...”* (Puyana, 1993, p. 57)

⁷ “Nuestro basilisco se mueve con pies de confusión y estupidez, sobre piernas de brutalidad y violencia, que arrastraban su inmensa barriga oligárquica, con pecho de ira, brazos masónicos y una pequeña, diminuta cabeza comunista.” (Tirado, 1989, p. 85)

Siguiendo la línea que cuestiona la idea del envío de personal militar a Corea con base en su filiación partidista, el historiador Sebastián Quiroga Cubides, autor de *Reinventar un héroe: narrativas de los soldados rasos en la guerra de Corea*, examina críticamente las afirmaciones de Puyana y de los demás que han dicho lo mismo, arguyendo que no se ha presentado un estudio estadístico que permita afirmar que la mayoría del personal enviado a Corea fuese de filiación liberal, pero debe recordarse, como se examinará a fondo más adelante, que el enfoque de Sebastián Quiroga es el soldado raso. No obstante, en lo referente a la soldadesca, el desconcierto y la falta de fe en la causa por la que se iba a luchar una guerra en un país desconocido creó un clima problemático, pues el estado de ánimo de dichos soldados se encontraba en su nivel más bajo. Los mandos no tuvieron más remedio y debieron dejar ir a aquellos que habían sido asignados arbitrariamente al batallón que sería enviado a Corea y se les debió suplir con voluntarios que en verdad lo fueran. (Valencia y Sandoval, 2001, p. 31)

Se fue armando el contingente con soldados procedentes de todas las regiones del país, alojándolos en el cantón norte, sede de la escuela de caballería del Ejército, en Bogotá, dentro de dos bodegas de la misma en medio de condiciones desastrosas, pues había hacinamiento, serios problemas higiénicos, deficiencias en el servicio de alimentación, vestimenta inadecuada para el frío clima bogotano e incluso cierto grado de hostilidad por parte de los comandantes locales que veían al recién formado contingente como un estorbo. Una vez compuesto, se le dio una primera instrucción militar al personal de tropa y finalmente, el día 21 de mayo de 1951, en una ceremonia presidida por Laureano Gómez, fue despedido el batallón, al cual se bautizó como “Batallón Colombia” por el hecho de ir a representar al país en el escenario bélico internacional. El batallón partió a bordo del buque estadounidense *USS Aiken Victory*. Tras un animado viaje de 23 días a lo largo del océano Pacífico que incluyó una parada en Hawái, en donde algunos soldados colombianos se rezagaron (Puyana, 1993, p. 110), según lo relata Valencia Tovar en sus memorias, llegó al puerto de Pusán, en Corea. (Valencia y Sandoval, 2001, pp. 233-235)

Bautismo de fuego: el Batallón Colombia se foguea y sobresale

Una vez en Corea, el Batallón Colombia pasó a las unidades de reserva para recibir una re-instrucción militar en el comando de las Naciones Unidas. Se le equipó con armamento e indumentaria de estilo estadounidense, se le entrenó al mismo estilo y se agregó al vigésimo primer regimiento de infantería “Gimlets”, que pertenecía a su vez a la vigésimocuarta división de infantería, “Victoria”, del ejército estadounidense. (Valencia y Sandoval, 2001, p. 237) Tras los preparativos finales, soldados del Batallón Colombia partieron a su primera misión programada para el 7 de agosto, fecha escogida deliberadamente por coincidir con el aniversario de la batalla de Boyacá, enfrentamiento que selló el nacimiento de la República de Colombia en 1819.

Dicha primera misión consistió en tres patrullas de reconocimiento ofensivo, en los que se debía reunir información del terreno (y lo que se encontrara en él) y al mismo tiempo propinarle un golpe al enemigo. Tras cinco horas de marcha a través de la cresta de una cadena montañosa para llegar al objetivo final y sufrir ataques chinos cobijados por la oscuridad de la noche, la patrulla logró su objetivo, al costo de 11 soldados heridos. Este fue el bautismo de fuego del Batallón Colombia. (Valencia y Sandoval, 2001, pp. 237-238)

Tras esa operación el Batallón Colombia sería pasado a reserva, pero solo como antesala de la que sería considerada, a ojos de sus testigos, su actuación más destacada en Corea. El Batallón Colombia recibió la orden de participar en la operación que tenía por objetivo la captura del valle de Kumsong, por donde pasaba una carretera y un ferrocarril que conectaba ambas costas de la península coreana. Dicha carretera se había convertido en el principal eje logístico y de comunicaciones del frente central enemigo. (Valencia y Sandoval, 2001, p. 243)

De toda esa zona descrita, el objetivo concreto del Batallón Colombia eran tres morros que dominaban una parte importante del terreno. Dichos morros fueron bautizados oficialmente como Objetivo 23, Objetivo 24 y Objetivo 25, y coloquialmente, por parte de los soldados colombianos, como “La Teta”, “Chamizo” y “Don Polo”, el último en honor del teniente coronel Jaime Polanía Puyo, comandante del Batallón Colombia en ese momento. (Valencia y Sandoval, 2001, p. 244)

El esquema del avance, realizado bajo la oscuridad nocturna, fue el siguiente: el primer escalón fue compuesto por las compañías A y C en primera línea, en el ala izquierda y derecha respectivamente; la compañía D, de armas pesadas, iba detrás en apoyo. En el segundo escalón iba la compañía B como reserva y la compañía de mando. Uno de los pelotones de la compañía C logró alcanzar el objetivo localizado en “La Teta” antes que el resto de la unidad, sin ser descubierto. Dicho pelotón comenzó el asalto, aun sin haber pedido fuego de apoyo previamente. A su vez, el pelotón de “Los Tigres”, comandado por el subteniente Francisco Caicedo Montúa, se dirigió hacia “Don Polo” realizando un ascenso hacia el objetivo, dificultado por la presencia de obstáculos y de minas antipersona, e incómodo debido a la presencia, hedor y aspecto de los cadáveres de soldados chinos que habían sido previamente batidos por la artillería y aviación estadounidenses. (Caicedo, 1995, p. 187) Los chinos abrieron fuego de mortero y armas pequeñas hacia “Los Tigres”, que se parapetaron detrás de las rocas de la colina que estaban remontando. Se requirieron varios repliegues (que le fueron ordenados a Caicedo por parte del teniente Gabriel Puyana, comandante del S-3 del Batallón) para evitar el aniquilamiento del pelotón. (Caicedo, 1995, pp. 190, 193) Por la noche, debieron soportar las incursiones enemigas en las cuales, los chinos eran más eficientes que luchando de día. (Caicedo, 1995, p. 195)

Al día siguiente, 13 de octubre de 1951, continuó el ataque. La resistencia en “Don Polo” y “La Teta” estaba menguando, pero “El Chamizo” se mostraba como un objetivo duro. Allí le correspondió acudir a

“Los Tigres”, cuya misión concreta consistía primero en ocupar una altura menor boscosa para asaltar directamente la cumbre del “Chamizo”, denominados objetivos “A” y “B”, respectivamente. (Caicedo, 1995, p. 201) Tras un avance inicial sigiloso y un intenso combate, caracterizado por el “valiente fanatismo” del adversario chino resistente ante el asalto colombiano, (Caicedo, 1995, p. 206) cayó el objetivo “A” en manos colombianas. Tras ello, continuó el avance hacia el objetivo “B”, la cima del “Chamizo”, durante el cual un soldado colombiano, herido de dos tiros en el pecho y tendido sobre una camilla en camino a ser evacuado, rehusó irse, tomó su fusil ametrallador y lo accionó hasta caer muerto, además de haber enfrentado y destruido el pelotón de Caicedo a un tanque norcoreano; un soldado de la unidad entró en un estado de rabia psicótica y combatió en medio de él. Incluso el propio Caicedo por poco resulta muerto víctima de una granada de fragmentación. Tras todos estos episodios,⁸ finalmente, al grito de “¡Viva Colombia!” se anunció la captura del objetivo “B”. (Caicedo, 1995, pp. 208-213)

A la vez que “Los Tigres” iban asaltando “El Chamizo”, las defensas de “La Teta” cedían ante el asalto colombiano, después cayó “Don Polo” tras un asalto a la bayoneta. “El Chamizo” fue, de hecho, la última posición en ser capturada por los colombianos. (Caicedo, 1995, p. 207) Los chinos en retirada dejaron tras de sí material y soldados que cayeron prisioneros. Durante la apertura de esta operación murieron los tres primeros soldados del Batallón Colombia en la campaña de Corea, mientras que en el asalto final, se contaron ocho muertos y treinta y dos heridos. (Caicedo, 1995, p. 216) Los chinos intentaron contraatacar varias veces, incluyendo cargas “banzai”, como se le llamaba a las cargas masivas de infantería, aun en vista de las cuantiosas bajas que sufría el bando que las realizaba, pero fue en vano. (Valencia y Sandoval, 2001, pp. 248-249)

Luego de la captura de aquellas tres colinas se inició la llamada “Marcha Sangrienta” hacia el valle de Kumsong, llamada así no por las bajas humanas que produjo (ninguna al Batallón Colombia), sino por el desgaste físico y mental que le causó a la unidad y a los soldados colombianos. Durante la marcha, se fue capturando material y prisioneros abandonados por los chinos en retirada, incluyendo un niño soldado no mayor a catorce años de edad. Más adelante, mientras progresaba el avance, dos posiciones chinas que se encontraban lateralmente a la columna en la que avanzaba el Batallón Colombia abrieron fuego de ametralladora, con el cual resultó herido el teniente coronel Jaime Polanía Puyo, el propio comandante del Batallón Colombia. Polanía, herido y desde la camilla sobre la cual yacía mientras lo evacuaban de la zona

⁸ La forma en la que Caicedo cuenta esos hechos de combate, con su tono de epopeya, puede hacer a un lector crítico dudar sobre su verosimilitud. No obstante hay algo que les da credibilidad: los testimonios recogidos por Sebastián Quiroga en *Reinventar un héroe: narrativas sobre los soldados rasos de la guerra de Corea*. Dichos testimonios allí son similares a los hechos descritos por Caicedo, si bien no tienen el mismo tono romántico y épico del oficial payanés.

de combate, tomó el radio comunicador y arengó a sus soldados a continuar la lucha. (Valencia y Sandoval, 2001, p. 251)

Después se le asignaron tres nuevos objetivos en el terreno de combate al Batallón Colombia, denominados X, Y y Z, tres alturas clave cuyo control era necesario para dominar el valle y la ciudadela de Kumsong. El primero de ellos le correspondió a la compañía A, la de “Los Tigres”, mientras la Y a la compañía B y la Z a la C. (Valencia y Sandoval, 2001, pp. 250-251) Para Caicedo y su pelotón el avance hacia el objetivo que les asignaron fue tortuoso, pues durante el camino sufrieron numerosas bajas debido al fuego de morteros chino, lo que forzó a la compañía A a replegarse. Esta pasó a reserva, cubierta por el fuego de otra compañía que se encontraba en una posición más adelantada; un altura menor cerca al objetivo X. (Caicedo, 1995, pp. 237-238) Tras un descanso, “Los Tigres” retomaron el camino hacia su objetivo, el cual asaltaron y capturaron. (Caicedo, 1995, pp. 239-240) Posteriormente caerían también los objetivos Y y Z, correspondientes a las otras dos compañías de fusileros del Batallón Colombia. (Caicedo, 1995, p. 240) Tras la acción a estos tres objetivos, arribó el general Blackshear Bryan, comandante de la vigésimocuarta división de infantería, a la zona de combate en la que se encontraba el Batallón Colombia y pronunció aquellas palabras que tanto llenaron de orgullo a la unidad: “He combatido en tres guerras y pensé que lo había visto todo en el campo del heroísmo. Pero me faltaba ver combatir al Batallón Colombia”. (Valencia y Sandoval, 2001, p. 252)

En octubre de 1951 concluyó la “Operación Nómada”, última ofensiva a gran escala realizada durante la guerra de Corea. A partir de ese momento, la guerra entró en la llamada “fase estática”. Ambos bandos comenzaron a realizar operaciones limitadas en el territorio comprendido entre sus respectivas líneas de frente, denominado “tierra de nadie”.

El 31 de diciembre de 1951 tuvo lugar otra patrulla de combate para el Batallón Colombia. Los soldados debieron explorar las ruinas de una aldea con intensa actividad enemiga. Se establecieron cuatro puntos de chequeo que debían alcanzarse progresivamente, siendo el objetivo verdadero el cuarto, desde el cual se pediría fuego de artillería. La misión se logró, pero cinco soldados desaparecieron durante el camino, ante lo cual el comandante de la patrulla tomó la arriesgada decisión de volver a buscarlos, pues ello implicaba exponerse al fuego enemigo ya superado. El rescate resultó exitoso, pero durante el mismo murieron dos soldados colombianos. (Valencia y Sandoval, 2001, pp. 260-261)

Mientras tanto, la posición de la compañía A era machacada por fuego de morteros y artillería, preludio de un inminente y masivo asalto de infantería chino, el cual fue resistido por “Los Tigres” de Caicedo Montúa hasta que este recibió la orden de retirada. Un contraataque al día siguiente permitió recuperar las posiciones perdidas. (Valencia y Sandoval, 2001, pp. 256-257)

Poco tiempo después regresó el teniente coronel Jaime Polanía Puyo, quien se encontraba recibiendo tratamiento médico en Japón tras las heridas que recibió durante la “Marcha Sangrienta”. Al mismo tiempo,

ocurrió un relevo en los mandos de cada una de las secciones de la Plana Mayor del Batallón, con Puyana asumiendo el mando del S-2, la sección de inteligencia. A su vez, comenzaron también a prepararse los primeros relevos para la unidad, pues muchos soldados, suboficiales y oficiales ya habían visto y vivido demasiada acción. (Valencia y Sandoval, 2001, pp. 258-259)

El Batallón Colombia debió pasar en medio de una "tensa calma" la navidad y el año nuevo de 1951 por temor a una posible ofensiva china aprovechando una baja en la guardia de los soldados occidentales por la celebración. Valencia Tovar destacó el uso de la propaganda y la guerra psicológica por parte de ambos bandos. Cada uno de ellos empleaba diversas técnicas para llevar a cabo aquellas tareas y algunas fueron usadas por ambos. Desde el despliegue de altavoces y la colocación de pancartas hasta el arrojamiento de volantes de propaganda demonizando a los líderes políticos de cada uno de los bandos e incitando a la desertión a sus soldados. El bando de la ONU arrojaba volantes que a su vez servirían como salvoconductos si eran presentados por el soldado comunista que decidiera entregarse, prometiéndole un trato humano y digno, e incluso privilegios si llevaba consigo material de guerra e información valiosa. (Valencia y Sandoval, 2001, pp. 259-260)

Entrado el año de 1952, la división vigésimocuarta de infantería del Ejército de Estados Unidos es enviada a Japón a descanso y recuperación, "Rest and Recovery" o "R&R", llamado "aranar" por los colombianos. La vigésimocuarta había sido una de las unidades que más soportó el peso de la contienda. Sin embargo, esto no significó un descanso para el Batallón Colombia. Este fue reasignado al regimiento trigésimoprimer de infantería "Osos Polares", adscrito a la división séptima del Ejército estadounidense, "Bayoneta". (Valencia y Sandoval, 2001, pp. 265-266)

Al mismo tiempo, hacia mediados del año, llegó a Corea el primer contingente de relevos, suficientes para formar una nueva compañía. Se debatió cómo organizarlos: si entremezclarlos con los veteranos o formar un solo contingente con ellos. El S-3, la sección de operaciones del Batallón, optó por lo segundo. La nueva compañía A recibió el mismo reentrenamiento en el comando de las Naciones Unidas que recibió el primer contingente del Batallón Colombia a su llegada a Corea el año anterior. Después de tres días, el nuevo contingente abandonó Pusán rumbo al sector de Kumwha, ubicado en línea del frente, donde se encontraba apostado el Batallón Colombia. Allí el contingente recibiría otra instrucción, más intensa y realista. Poco tiempo después volvió el Batallón Colombia a la línea de fuego. (Valencia y Sandoval, 2001, pp. 264-265) (Martínez, 1974, pp. 72, 74, 77)

En esta ocasión la división séptima fue direccionada hacia el llamado "Triángulo de hierro": el territorio comprendido entre las ciudades de Pyongyang, Chorwom y la mencionada Kumwha. Allí, el Batallón Colombia se posicionó en una posición elevada del terreno, llamada "Cerro 1060" que le daba vista al que sería el próximo objetivo: una altura en el terreno a la que denominaron el "Cerro 400". La posición del Batallón Colombia era constantemente hostigada por ataques con granadas de mortero, una de las cuales

dio muerte al único oficial colombiano caído en acción durante la campaña de Corea: el subteniente Vladimir Valek Moure. (Valencia y Sandoval, 2001, pp. 267-268)

Después de la muerte del subteniente Valek el comando de las Naciones Unidas decidió llevar a cabo la operación “Thunderbolt”, cuyo objetivo, valiéndose de grandes formaciones de infantería e intensos fuegos de preparación (de artillería y aviación), era hacerle creer al enemigo que se iniciaría una ofensiva a gran escala. (Valencia y Sandoval, 2001, p. 267) La parte correspondiente al Batallón Colombia durante dicha operación fue la llamada “Operación Climber”. Su nombre indicaba su objetivo: subir y asaltar el cerro 400, donde estaba emplazado un puesto de observación chino. En esta ocasión, a diferencia de las anteriores acciones ofensivas del Batallón Colombia, no se buscaba ganarle terreno al enemigo, sino darle un golpe de mano: capturar prisioneros para fines de inteligencia y provocar el mayor daño material y humano posible, pero sin capturar la posición necesariamente. (Valencia y Sandoval, 2001, p. 269) Hay que recordar que en este punto de la guerra, se estaban llevando a cabo conversaciones de paz en la ciudad de Panmunjon. Por lo tanto, ambos bandos limitaron los objetivos y el alcance de sus acciones militares.

La sorpresa, que se procuraba en el mayor grado posible para cada acción emprendida, no fue posible en su totalidad en esta ocasión debido a que no se tenía información sobre la distribución de las defensas en el cerro 400. El asalto fue llevado a cabo por tres escuadras de fusileros en el primer escalón y una escuadra de armas pesadas junto a una de zapadores en el segundo, debiendo enfrentar una férrea resistencia por parte de los defensores chinos. El resultado de la operación Climber fue la captura de tres prisioneros chinos y la destrucción del puesto de observación. (Valencia y Sandoval, 2001, pp. 260-270)

Tras un breve descanso y otro regreso a la línea del frente, el Batallón Colombia recibió la condecoración estadounidense “Citación Presidencial” por su distinción en combate durante los hechos de la Operación Nómada. Varios soldados, suboficiales y oficiales del Batallón Colombia recibieron también condecoraciones individuales por actos de servicio. (Valencia y Sandoval, 2001, pp. 279-281) Durante la navidad y el año nuevo de 1952 los días del Batallón transcurrieron entre el receso, los ataques ocasionales de artillería y mortero chinos. (Valencia y Sandoval, 2001, p. 280) No obstante, esto era la antesala para el que sería quizá el momento más duro que enfrentaría el Batallón Colombia durante su servicio en Corea.

Marzo sangriento: el más duro golpe a Colombia en tierras lejanas

El 9 de enero de 1953 el Batallón Colombia debió volver a la zona de operaciones para relevar a un batallón estadounidense y rápidamente asumió su posición, justo en frente de la “tierra de nadie”. (Martínez, 1974, pp. 119-120) Durante el mes de marzo las posiciones del Batallón Colombia y de las unidades que se encontraban en la línea principal de resistencia sufrieron constantes embates por parte de las fuerzas sino-norcoreanas. Los ataques de artillería y mortero, acompañados con oleadas de infantería “con el característico desprecio de los comandantes chinos por la vida de sus hombres” según Valencia Tovar (pues

la tasa de bajas china solía ser muy elevada), eran el pan de cada día en el frente de la entonces estática guerra de Corea. (Valencia y Sandoval, 2001, p. 286)

El 10 de marzo el Batallón Colombia recibió una orden: efectuar una incursión o “raid” en un sector enemigo, con la misión de capturar prisioneros y documentos y a su vez infligir la mayor cantidad posible de bajas y daño material a posiciones fortificadas: en esencia casi una repetición de la Operación Climber. (Valencia y Sandoval, 2001, p. 281) Los objetivos: dos alturas ocupadas y fortificadas por los chinos, denominadas Cerro 180 (la más cercana a la línea del frente de la ONU) y Cerro 177, justo adelante del 180. Le correspondió a la compañía C del Batallón Colombia realizar el asalto, para lo cual se dividió en tres pelotones, dos que abrirían el ataque y el tercero en la línea principal de resistencia como apoyo en caso de ser necesario. El comandante del Batallón Colombia, el teniente coronel Alberto Ruiz Novoa dirigió personalmente la operación. (Valencia y Sandoval, 2001, pp. 281-282)

A las 4:30 AM la compañía C cruzó la línea de partida, iniciando una marcha que culminó a las 6:25 AM, cuando el primer pelotón alcanzó la distancia de asalto. Pero antes de que los otros dos pelotones pudieran lograr lo mismo, a las 6:27 AM el primer pelotón hizo contacto con el enemigo, y tres minutos después también el segundo. (Valencia y Sandoval, 2001, p. 284)

La resistencia china en el cerro 180 fue mucho mayor a la esperada. Además ocurrió algo que la Plana Mayor del Batallón no tuvo en cuenta: los cerros vecinos al 177 y 180, también ocupados por los chinos, específicamente por tropas del décimo tercer batallón del Ejército regular chino, abrieron fuego de morteros y artillería hacia las posiciones de los atacantes colombianos, elevando la tasa de bajas de la compañía C. A las 7:00 comenzaron a desplazarse refuerzos de infantería hacia los dos cerros que eran objetivo de la incursión, sobre los cuales se descargaron los fuegos de apoyo del Batallón Colombia, apostados en la línea principal de resistencia. La tasa de bajas para la compañía C se elevó demasiado y la resistencia china arreció, por lo que Ruiz Novoa ordenó el repliegue, enfatizando la evacuación de muertos y heridos del Batallón, tarea que debieron cumplir dos veces, pues al alcanzar la línea propia divisaron cuerpos colombianos aun yacentes en el campo. (Valencia y Sandoval, 2001, pp. 284-285)

Las bajas para el Batallón Colombia fueron las siguientes: 11 muertos, 43 heridos y 10 desaparecidos. Un porcentaje de pérdidas muy alto, de acuerdo con Valencia Tovar, sin haber logrado capturar prisionero ni documento alguno, dos de los objetivos de la misión. (Valencia y Sandoval, 2001, p. 285) La elevación del sistema de defensa chino llevó a los mandos de la ONU a concluir que, a partir de ese momento, se emplearían fuerzas mayores, mínimo de tamaño batallón, para efectuar incursiones, de forma que se abarcara un área mayor y se evitara la concentración de fuegos en un solo lugar, como le sucedió a la golpeada compañía C del Batallón Colombia durante la Operación Bárbula. (Valencia y Sandoval, 2001, p. 285)

No había terminado el Batallón Colombia de reponerse del golpe sufrido durante la Operación Bárbula cuando el 12 de marzo recibió la orden de volver al frente. En esta ocasión le fue asignada la posición del cerro al que denominaron “Old Baldy”. Dicho cerro era una saliente de la línea principal de resistencia, lo que lo hacía especialmente vulnerable a ataques enemigos, en especial por los flancos. La posición fue fortificada con alambradas, campos minados y casamatas de tronco y sacos de arena, más los fuegos cruzados de armas automáticas y fuegos finales de protección en los escalones superiores. Con esto se intentó blindar la vulnerabilidad geográfica de la posición. (Valencia y Sandoval, 2001, p. 286)

Las tres compañías del Batallón Colombia se encontraban incompletas dado que la A y la B debieron reasignar parte de su personal a la C para suplir las bajas que esta sufrió durante la Operación Bárbula. La compañía C recibió la orden de ocupar el cerro y las posiciones defensivas del mismo, mientras la A y la B fueron asignadas a la línea principal de resistencia, justo al oeste y este de Old Baldy respectivamente. (Valencia y Sandoval, 2001, p. 286) El frente se encontraba sobre-extendido, es decir, abarcaba demasiado para la cantidad de tropas disponibles. Esto repercutió enormemente en lo que se avecinaba no solo para el Batallón Colombia sino para todas las unidades militares que se encontraban apostadas a lo largo de la línea del frente. (Valencia y Sandoval, 2001, p. 287)

Entre el 12 y 22 de marzo, un nutrido fuego de artillería y mortero chinos azotó a Old Baldy, dejando once soldados muertos y ocho heridos, además de destruir parcialmente la alambrada y detonar una gran cantidad de las minas que se habían sembrado para proteger la posición. El 23 de marzo ocurrió lo inevitable: los chinos asaltaron el área del frente ocupado por el trigésimoprimer regimiento de infantería del Ejército de los Estados Unidos, y por ende, la posición del Batallón Colombia en Old Baldy. El ataque inició al cerro de Pork Chop, defendido por tropas estadounidenses, y alcanzó a abarcar la porción de la línea del frente ocupada por la compañía A del Batallón Colombia, siendo el asalto tan masivo que dicha compañía debió replegarse para intentar recuperar su posición. (Valencia y Sandoval, 2001, p. 287)

A las 8:00 PM los chinos asaltaron el cerro de Old Baldy con apoyo de infantería y morteros, golpeando primero el flanco izquierdo y quince minutos más tardes el derecho. A las 9:00 PM el asalto chino arreció, lo mismo que el castigo de los fuegos de protección final a los atacantes, junto a la defensa colombiana del cerro, que Valencia Tovar presenta como algo no menor al nivel de lo heroico. Durante el asalto, parte del personal de las compañías B y C intercambiaron de posición: las tropas de la primera subiendo el cerro y las de la segunda bajándolo, creando el inconveniente de que los soldados procedentes de la compañía B no estaban familiarizados con la posición y sus puntos clave. Por lo mismo también hubo una confusión en los mandos. (Valencia y Sandoval, 2001, p. 288) La lucha entre el soldado chino y el colombiano se dio punto por punto, casamata por casamata, pasillo por pasillo, y en no pocas ocasiones llegó incluso a ser cuerpo a cuerpo. Adicionalmente, la compañía de reserva que se había asignado para defender el sector se

encontraba luchando en Pork Chop, posición que trataba de ser recuperada tras caer a manos de los chinos. El Batallón Colombia, por lo tanto, estaba por su cuenta. (Valencia y Sandoval, 2001, p. 288)

En vista de la crítica situación que atravesaba el Batallón Colombia en la defensa del cerro de Old Baldy, el teniente coronel Ruiz Novoa ordenó el repliegue de los defensores restantes. Bajo el fuego de artillería y mortero de las fuerzas de la ONU hacia Old Baldy, ya en buena parte en manos chinas, los defensores colombianos lograron abandonar la posición y retirarse hacia la línea principal de resistencia. (Valencia y Sandoval, 2001, p. 289)

La defensa del cerro de Old Baldy fue indudablemente el momento más duro que atravesó el Batallón Colombia en su participación en la guerra de Corea. El saldo de bajas para los colombianos en este combate fue de 95 muertos, 97 heridos y 30 desaparecidos, de los cuales 28 se confirmó que habían caído en poder del enemigo, gracias al posterior intercambio de prisioneros en el que fueron liberados. (Valencia y Sandoval, 2001, p. 290) Por lo tanto, el saldo total de bajas colombianas en Old Baldy fue de 222. Si se considera el hecho de que, en un mismo momento, el Batallón se componía de un número cercano a los mil hombres, de los cuales varios ya habían caído muertos o heridos en la Operación Bárbula, el número de bajas del Batallón Colombia fue muy alto. La defensa de Old Baldy fue, sin lugar a debate, el golpe más fuerte que sufrió la unidad colombiana en la campaña.

Desde el punto de vista estrictamente táctico, Old Baldy fue una derrota. Pero Valencia Tovar lo expresa en otros términos: como un simple revés táctico, pues la misión de la unidad consistió en mantener la línea principal de resistencia y el cerro defendido por los colombianos fue apenas un puesto avanzado dentro de la misma; el grueso de aquella se mantuvo, si bien a un costo sumamente alto. (Valencia y Sandoval, 2001, p. 291)

Tras el combate de Old Baldy, el mermado Batallón Colombia fusionó en dos los restos de sus tres compañías. El 24 de marzo, horas después del combate en Old Baldy, el Batallón Colombia fue relevado del frente, solo para volver a ser asignado al mismo el día 26 de marzo. También volvió a ser reasignado orgánicamente: se le retiró del trigésimoprimer regimiento del Ejército de los Estados Unidos, “Osos Polares” y se le reasignó al décimoséptimo regimiento del mismo ejército, los “Búfalos”. (Valencia y Sandoval, 2001, p. 291)

Tras pasar algunos meses principalmente en labores de defensa, hacia julio de 1953 se firmó el armisticio, terminando con este las hazañas de armas del Batallón Colombia, pero no la estadía de la unidad en Corea, que permanecería apostada quince meses más en la línea divisoria entre Corea del Norte y Corea del Sur, surgida de las últimas posiciones de la línea de frente y a la cual hoy se le conoce, paradójicamente, como “zona desmilitarizada”: una de las zonas más militarizadas del mundo. Finalmente, en agosto de 1954, el presidente de Colombia, general Gustavo Rojas Pinilla, ordenó el regreso del Batallón a Colombia. El saldo total de bajas del mismo durante su campaña en Corea fue de 131 muertos, 448 heridos y 69

desaparecidos, para un total de 648 bajas. (Ruiz, 1956, p. 6) Vale la pena recordar que la mayor proporción de estas bajas, incluyendo más del 70% de los muertos, las puso el combate de Old Baldy.

La experiencia del combatiente colombiano en Corea.

Para ampliar la visión del relato de los hechos de armas del Batallón Colombia en Corea, vale la pena hacer una reconstrucción del combatiente colombiano en dicho país asiático, es decir, exponer la experiencia humana, tanto desde las acciones mismas del soldado en el campo de batalla y las consecuencias del combate en su cuerpo y en su mente como de la vida y las influencias externas al combate y los rigores de la vida militar que construyen al soldado como ser humano. En primer lugar, explorar las vivencias y reacciones de los combatientes al estar expuestos a las situaciones de combate o a la zona del mismo, aun en los momentos en los que no estuvieran luchando. Por otro lado, explorar aquellas actividades que no consistían en combate directo, pero que estaban relacionados con el mismo, como el patrullaje, el tender líneas de comunicaciones, la vigilancia, etc. Estar especialmente atento a cómo eran descritas las circunstancias propias del combate y las consecuencias del mismo por parte de sus participantes.

En su tesis de pregrado, que se enfoca en darle voz al “actor subalterno” del Batallón Colombia, es decir, al soldado raso, Sebastián Quiroga, trae a colación cómo se representa al soldado, dicha representación cambia dependiendo de la voz y el sector que hable con respecto a la guerra de Corea. De las cuatro formas de representación que expone Quiroga en su libro, la más útil para el presente trabajo es la cuarta: la voz del propio soldado raso. Las primeras tres son, primero, la del discurso político y la prensa, segundo, la voz del oficial y tercero, la representación del soldado en los medios de la cultura popular.

Sangre en Corea, las memorias del soldado bumangués Alejandro Martínez Roa, del primer contingente de relevos que llegó a Corea, sirven para dar una primera ilustración de la voz del soldado. *Banzay: Diario en las Trincheras Coreanas*, escrito por el oficial de infantería Francisco Caicedo Montúa, subteniente cuando participó en la guerra de Corea, sirve para matizar el punto de la narración e incluso para poner en debate la tesis de Quiroga, demostrando que la experiencia de Corea la vivía tanto el soldado como el oficial y que dicha experiencia no necesariamente era distinta por el simple hecho de ocupar distintos niveles en la jerarquía.

Si bien ya lo menciona Valencia Tovar, Martínez Roa habla sobre la “humanización” de los mencionados Objetivo 23, 24 y 25, “La Teta”, “El Chamizo” y “Don Polo” respectivamente. (Martínez, 1974, p. 42) Un primer punto interesante es discutir la calidad de “voluntarios” de los soldados. Como se mencionó anteriormente, se difundió la idea de que el soldado colombiano fue un “voluntario de dedo índice”: el discurso oficial decía que el soldado había sido voluntario, pero, en realidad, la mayoría de ellos fueron obligados a ir a Corea. Esta idea se ha debatido, pues es sabido el alistamiento de voluntarios, especialmente afines al liberalismo, quienes estaban descontentos con la forma en la que se veían obligados

a actuar en su propio país por órdenes del gobierno. Ejemplo de ello fue el entonces teniente Gabriel Puyana García, quien manifestaba que prefería luchar en una guerra ajena antes que tener que combatir a sus propios compatriotas y copartidarios liberales. (Puyana, 1993, p. 50) En contraste, Valencia Tovar afirma que en realidad sí se acudió a voluntarios, debido a que los problemas para enviar forzosamente personal a Corea eran demasiados.

Por su parte, Martínez Roa se incorporó como voluntario al Ejército de Colombia, pese a lo cual no tenía, al menos al comienzo, intención de marchar a la guerra de Corea, pero tras una dura reprimenda y una noche en el calabozo acusado de insubordinación, vino la resignación. (Martínez, 1974, p. 125) Durante su estadía en la campaña de Corea fue soldado raso y se encontró en ella durante el período más duro de la misma para el Batallón Colombia: el año de 1953, en el que sucedieron los cruentos combates de la Operación Bárbula y la defensa del cerro de Old Baldy. Hay apartes reveladores, por un lado, acerca de su vivencia en el frente. “Empezaba a confundirme, unas veces no quería morir, otras, lo deseaba”. (Martínez, 1974, 118) También plasma la sensación de tensión y miedo que tenía durante los combates, como aquella en la que rescata el cadáver de un camarada caído en medio del fuego cruzado. (Martínez, 1974, p. 136)

Un ejemplo ilustrativo de la experiencia del combatiente colombiano es el del soldado Fabio Botero: en algún momento de 1952 debió combatir a un gran número de soldados chinos él solo, pues sus otros compañeros huyeron; luego de terminado este combate cayó en cuenta de que uno de sus compañeros había sido herido, por lo cual, desafiando la prohibición de su superior, fue a buscarlo y lo rescató. (Quiroga, 2015, p. 180)

Era común que los soldados sufrieran heridas profundas y traumatizantes, que marcaban desde lo físico hasta lo psicológico, como el soldado Silva García, un fusilero, con una herida de 10cm de largo en una pierna causada por las esquirlas de una granada (Quiroga, 2015, p. 182), el soldado Torres, rescatado por Botero, quien perdió sus dos piernas en las acciones previas a su rescate (Quiroga, 2015, p. 182), un soldado decapitado, cuya cabeza permaneció en su lugar hasta que el enfermero de combate intentó moverlo pensando que aún estaba con vida, (Quiroga, 2015, p. 188) entre muchos otros. Lo mismo puede decirse de la mente del soldado: en situaciones de combate, en especial cuando se tornaban desesperadas, no era inusual oír a los soldados lamentarse con expresiones como “¡Me mataron!”, “¡Virgen santísima!” o “¡Ay Dios mío!” (Quiroga, 2015, p. 168)

No obstante, acá hay una cuestión que debe discutirse. Quiroga parece querer encaminar los relatos de los soldados hacia una misma dirección, tratando de brindarles un elemento homogeneizador: el soldado raso tenía una mente totalmente distinta al oficial, veía la guerra de una manera diferente, la vivía de una manera diferente. Pero, como lo muestran las memorias de Alejandro Martínez Roa, soldado raso él mismo, los relatos de estos no eran homogéneos. Si bien no omite las vicisitudes propias y dolorosas de la guerra y

sus efectos en el combatiente, Martínez Roa no usa un discurso “disidente” o “rebelde” al de los oficiales, como se puede apreciar en algunos testimonios de soldados rasos reunidos por Quiroga.

También hay que ver una de las facetas más plasmadas por los participantes en la guerra: el sufrimiento. Las tensiones que se suelen vivir en los momentos tanto de combate como previos al mismo. En principio, podría parecer una narrativa alejada de la romántica y épica planteada por los oficiales veteranos de Corea, en especial Valencia Tovar. Para ello se puede ver, nuevamente, los ya mencionados testimonios recopilados por Quiroga en los que el soldado expresa tensión, angustia y, en general, el padecimiento propio que inflige la guerra. Los oficiales no escatiman tinta en destacar las virtudes ideales militares del soldado colombiano en Corea, en especial en momentos como Old Baldy o la Operación Bárbula. En cambio, los relatos de los soldados muestran el miedo, la angustia, la adrenalina y, en no pocas ocasiones, los sentimientos encontrados e incluso el cinismo con el que vivían los combates y el día a día en Corea. No obstante, hay que hacer un contraste acá: cabe destacar a Caicedo Montúa⁹, quien, pese a su rango de oficial, participó directamente en las hostilidades en Corea codo a codo con sus subalternos, corriendo los mismos riesgos que ello; ello, lo que no es inusual en los oficiales de menor jerarquía. Además, en su narración, pese al tono de epopeya que le imprime, se aprecian con detalle las consecuencias físicas y emocionales que dejaba la guerra en el soldado, si bien en un relato entremezclado con su ya mencionado tono épico.¹⁰

Los combates de la Operación Bárbula y la defensa de Old Baldy, al haber sido los más duros para el Batallón Colombia durante la campaña de Corea, resultan ser sucesos ilustrativos para examinar esa experiencia humana: para los oficiales que escribieron al respecto, en especial Valencia Tovar, fueron algo no menor a un derroche de heroísmo y virtudes militares, pese al estrepitoso resultado de ambos episodios; de hecho, como se vio en párrafos anteriores, Valencia Tovar llega incluso a afirmar que en la Operación Bárbula y en Old Baldy se cumplieron los objetivos pese a las altas bajas, y sobre esta última llega a decir que no se le puede considerar derrota sino “revés táctico”. Probablemente razón no le faltó: la resistencia colombiana en ese machacado cerro fue, sin lugar a dudas, férrea y destacable, e incluso tuvo efectos estratégicos: la resistencia en Old Baldy soportó y batió a los atacantes chinos lo suficiente para evitar una penetración territorial lo suficientemente profunda como para que estos obtuvieran una mejor posición en las negociaciones de paz adelantadas en Panmunjon, a pesar de que el Batallón Colombia terminó replegándose del cerro. Adicionalmente, de la Línea Principal de Resistencia, solo se perdió un puesto

⁹ En realidad, se podría destacar a varios oficiales, por ejemplo a Vladimir Valek Moure, quien falleció en Corea, pero se toma a Caicedo Montúa dado que fue quizá el escritor sobre la campaña colombiana en la guerra de Corea, con rango de oficial, que más detalle y emotividad descriptiva le imprime a su narración.

¹⁰ Vale la pena ejemplificarlo con un aparte del texto: “Mi teniente, véngueme, maten muchos chinos”, decía el soldado Rodrigo Arango Quintero, el mismo que posteriormente tomó un fusil ametrallador y, desde su camilla, dio fuego de apoyo hasta caer muerto. (Caicedo, 1995, p. 210)

avanzado, que los chinos no lograron mantener debido al alto costo de su victoria. (Valencia y Sandoval, 1995, p. 291)

Pero para el soldado que se encontraba apostado en las posiciones del cerro, que debió soportar durante días el azote de la artillería y en el último de esos días un asalto masivo que lo llevó incluso al combate cuerpo a cuerpo (tipo de combate que no suele darse con frecuencia en la guerra moderna), a estar frente a su enemigo, a sentirse desbordado y a huir caótica y despavoridamente, ciertamente poco de victorioso habrá tenido. Si bien cada soldado podría tener su propio relato al respecto, Martínez Roa, si bien plasma en su obra el sufrimiento tanto propio como de sus compañeros, las acciones de estos, en especial la de Old Baldy, también son algo no menor a heroico, como el soldado que asume de buena forma y con orgullo las palabras de exaltación de los oficiales que reconocían su desempeño en combate.

También vale la pena ver el nivel de convicción del combatiente colombiano en Corea. Con una mirada elemental a las obras de los oficiales se hace evidente qué tipo de discurso se intentaba inocular en el soldado colombiano para motivarlo a ir a luchar una guerra ajena: frecuentemente se evocaba la hazaña independentista y se trasladaban los valores de democracia, libertad, entre otros, al contexto presente, para intentar convencer al soldado de la importancia de su paso por Corea. Sobra decir que, en su primer intento, cuando el contingente estaba apenas conformándose, no fue exitoso, como lo ilustra la anécdota de la fallida arenga de Polanía Puyo al primer contingente del Batallón Colombia.

De acuerdo con uno de los testimonios recopilados por Sebastián Quiroga, el soldado colombiano fue a Corea o bien presionado o bien por “ignorancia”, en una causa que realmente no comprendía, que obedecía a factores políticos y económicos totalmente impersonales, lo que, desde luego, no resta la capacidad de agencia del soldado colombiano en la contienda, como los relatos lo demuestran. Lo mismo discute Puyana García en sus memorias: si bien él reafirmó su condición de voluntario, justificándola con la preferencia de ir a combatir un enemigo externo antes que a sus compatriotas y copartidarios (pues Puyana era de filiación liberal), expresó la idea, hoy debatida, de que el personal colombiano destinado a Corea estaba siendo seleccionado por su filiación partidista. Esa idea quizá haya surgido por cuenta de rumores que comenzaron a difundirse.¹¹ Los pocos testimonios de soldados reunidos por Quiroga en los que su voz se asemeja a la del oficial, fueron escritos en medios oficiales, como la Revista Militar, con la muy presumible presión de los oficiales que se habrán encontrado vigilando al soldado, o por el simple hecho de saber que se le censuraría si decía algo que no gustara a los superiores. (Quiroga, 2015, pp. 160-161) La ambivalencia que sentía Puyana (la cual no afectó su desempeño en Corea) con respecto a lo que iría a hacer en el país asiático

¹¹ “(...) pues lo preocupaban [al padre de Puyana] los rumores que empezaban a circular... “Que los oficiales habíamos sido seleccionados, por nuestra ciudad de origen y por los antecedentes de familia que nos ubicaban dentro del partido de oposición al gobierno (...)” (Puyana, 1993, p. 54)

resulta también ilustrativa: el oficial tenía posiblemente tantas dudas como un soldado raso que no quería ir y que incluso intentó escapar de la guarnición para evitarlo, como lo fue Martínez. No obstante, la narración de este, en líneas generales se asemeja a esa voz “oficial”, por lo que tampoco es posible afirmar que la experiencia del soldado raso fuera siempre distinta a la del oficial, pues basta recordar los osados asaltos de Montúa a la cabeza de sus “Tigres” o la muerte del subteniente Valek.

El compañerismo y la camaradería sin duda también jugaron un papel fundamental en la unidad y en el soldado colombiano, indistintamente de los rangos. Para ello basta ver como Caicedo Montúa narra una anécdota en la que, en medio del combate, se niega a abandonar a un soldado herido que ya se daba a sí mismo por muerto. (Caicedo, 1995, p. 210) En ello sí se podría afirmar que aquel patriotismo, heroísmo y abnegación, virtudes que en el discurso se le atribuyen al soldado no eran realmente lo que terminaba moviéndolo a seguir la lucha en una guerra que no entendía; era principalmente el sentido de pertenencia y la solidaridad, como lo demostró la acción del soldado Botero cuando, desobedeciendo órdenes, fue a rescatar a su compañero. (Quiroga, 2015, pp. 181-182)

¿Por qué importa dar a entender la experiencia humana durante la guerra de Corea, no solo en lo estrictamente militar, sino también en lo cotidiano y lo emocional? Porque el combatiente colombiano en Corea fue, en esencia, el mismo combatiente que luego iría a luchar en un municipio tolimense relativamente aislado y azotado por la Violencia llamado Villarrica, de lo cual se hablará más adelante. Hay que recordar que el propio Batallón Colombia fue enviado al conflicto en Villarrica, por lo que posiblemente hubo veteranos de la guerra de Corea (además de varios de los oficiales a cargo, como Valencia Tovar) participando en los combates contra las guerrillas del Sumapaz, si bien para ese momento debía tratarse de un contingente distinto por los relevos. También se sabe de varios veteranos de Corea que, una vez de vuelta en Colombia y al no encontrar futuro alguno su país, terminaron formando parte de los grupos insurgentes del Sumapaz. (Quiroga, 2015, p. 134)

2) De Corea a Colombia

Lecciones de Corea: una radiografía del renovado Ejército de Colombia

La participación colombiana en la guerra de Corea tuvo efectos significativos sobre el Ejército de Colombia: dejó en la institución un aprendizaje con respecto a la guerra moderna que no había tenido quizá desde la misión militar chilena de 1907, en el aspecto teórico, y desde 1933 en el práctico, tras el conflicto contra el Perú por la ciudad de Leticia. Habiendo participado de la contienda de la mano de una de las dos superpotencias de la Guerra Fría, Estados Unidos, el Ejército de Colombia recibió una actualización en cuanto al “arte de la guerra”: aprendió más a fondo, de forma definitiva, la doctrina militar estadounidense, generando así una gran transformación en la institución, (Martinez, 2003, p. 387) pues esta dejó atrás una gran parte de sus formas y prácticas previas, adquiridas de manera poco uniforme, a partir del saber militar principalmente europeo, de diversos países.

Si bien desde 1938, con las primeras misiones militares estadounidenses, (Camacho, 2015, p. 114) o antes de ellas incluso,¹² el ejército colombiano estaba expuesto al conocimiento técnico y doctrinal militar procedente del país norteamericano, fue con la participación del Batallón Colombia en la guerra de Corea que las formas castrenses del país norteamericano se arraigaron de manera definitiva en la institución de armas colombiana. Ello se refleja en varios aspectos: desde el estético, con la adopción de uniformes, armas y equipo militar de estilo estadounidense, hasta la doctrina estadounidense, especialmente aquellas lecciones concretas tomadas de la participación del Colombia en el conflicto coreano y las transformaciones que generó en la institución.

La formación del Ejército de Colombia en el siglo XX obedeció a una transferencia de saberes, que ha consistido básicamente en importar el saber militar del extranjero hacia el escenario local. Esto ha tenido, principalmente, cuatro modalidades: a través de instructores militares europeos y estadounidenses que han realizado misiones de instrucción y reestructuración para las fuerzas militares locales; enviando alumnos y oficiales a las academias militares europeas; a través de la compraventa de armas y equipamiento militar fabricado principalmente en las armerías europeas; y por medio de las publicaciones periódicas y seriadas, las cuales bebían de sus homólogas europeas. (Camacho, 2011, pp. 46, 49, 50 y 52) Los roles en este intercambio eran claros: las grandes potencias eran las proveedoras y los países latinoamericanos los receptores y consumidores. Este proceso no cambió demasiado cuando los Estados Unidos pasaron a ocupar, de manera exclusiva y hegemónica, el rol de las potencias europeas tras la Segunda Guerra Mundial.

¹² Pues hay que recordar que, a finales del siglo XIX, un oficial estadounidense, el coronel Henry Lemly, vivió como instructor en una efímera escuela militar; además, las primeras misiones militares estadounidenses llegaron a finales de esa misma década. (Valencia Tovar, 1989, p. 300)

Ejército de Colombia antes de la guerra de Corea: problemas existentes

Previamente a su participación en la guerra de Corea, Colombia ya había empezado a institucionalizar y profesionalizar su Ejército desde 1907¹³, con las cuatro misiones militares chilenas que vinieron al país para tal propósito. No obstante, la institución continuó fallando en varios aspectos, que iban desde carencias materiales hasta una doctrina militar atrasada. Ello sin mencionar los problemas externos al orden militar, comenzando por el bipartidismo que, en la práctica (pues oficialmente el Ejército era una institución apolítica), también estaba afectando a la institución armada colombiana.

Antes de consolidarse de manera hegemónica la influencia estadounidense sobre el Ejército de Colombia, este lugar lo ocupaban diversas doctrinas militares que, en la primera mitad del siglo XX, eran las predominantes. En el caso colombiano, el Ejército estaba modelado, en sus mayores aspectos, bajo el molde prusiano, adquirido indirectamente a través de las mencionadas misiones militares chilenas, pues Chile sí adquirió la doctrina militar germana a través tanto de instructores alemanes en Chile como de oficiales enviados a la academia militar alemana. (Camacho, 2016, pp. 115, 127) No obstante, pese a la relativa predominancia del modelo militar prusiano en el Ejército colombiano, en la práctica otras corrientes de conocimiento militar extranjero también influían en su composición y doctrina, tales como la francesa o la suiza, si bien ninguna de estas era la predominante. Ello debido a que se contrataban múltiples misiones de diferentes países, con modelos militares diferentes, para intentar solventar las deficiencias que tenía el Ejército de Colombia, puesto que, durante el período de entreguerras, Alemania, principal país de referencia para Colombia en cuanto a lo militar, enfrentó severas restricciones a sus fuerzas y actividades militares debido al tratado de Versalles. En cambio las potencias ganadoras de la Primera Guerra Mundial, como Inglaterra, Francia y Estados Unidos, así como países que habían sido neutrales, como Suiza, estaban mucho más prestas y disponibles para cubrir dichas plazas en el mercado de servicios militares. (Camacho, 2016, 169-173)

A través de las misiones chilenas, ordenadas por el gobierno del presidente Rafael Reyes, se dio el mayor paso en la historia colombiana, hasta ese momento, en la profesionalización del oficio militar en Colombia, pues se crearon institutos militares, oficialmente reconocidos, dedicados a impartir dicho conocimiento y graduar a sus estudiantes como profesionales acreditados oficialmente en el ejercicio militar. No obstante, pese al gran avance que supuso la reforma de Reyes, la institución armada colombiana seguía teniendo graves problemas: un trato despótico de los oficiales hacia los soldados (a quienes se trataba frecuentemente

¹³ El Ejército Nacional de Colombia, nominalmente, ha existido desde que Colombia se proclamó como república independiente. Pero a lo largo del siglo XIX el nivel de profesionalismo del mismo, incluso la formalidad estructural (es decir, el tener una estructura oficial y normativamente establecida) fueron precarios. (Valencia, 1989, pp. 296-297)

con castigos físicos, se les remuneraba muy mal, eran alojados en condiciones sanitarias desastrosas) en un ejército que, en la práctica, estaba jerarquizado por filiación partidista y pertenencia de clase social y, finalmente, el soldado obedecía más por miedo que por lealtad. (Helg, 1986, pp. 5-6) La falta de materiales, equipo y armamento adecuados era otro problema, al igual que una cantidad de personal pequeña para el país y el territorio, pues había 6000 uniformados para un país de 6 millones de habitantes en 1924 (Helg, 1986, pp. 5-6) y, conforme fueron pasando los años, una doctrina militar atrasada, basada principalmente en las experiencias alemanas de la Primera Guerra Mundial. (Puyana, 1993, p. 132) A finales de los años 40, el Ejército de Colombia apenas sí había recibido pequeños rayos de iluminación de las transformaciones militares producto de la Segunda Guerra Mundial. (Valencia, 1992, 132)

Tras la misión militar chilena, a lo largo de la primera mitad del siglo XX se fueron contratando misiones militares de otros países para asesorar al Ejército de Colombia. Militares ingleses, franceses, alemanes, suizos y estadounidenses, llegaron al país a ese trabajo. En el caso suizo en particular, se contrató a dos oficiales del país alpino, el teniente coronel Hans Juchler y los mayores Paul Gautier y Henry Pillichody, que llegaron a Colombia en 1924 con el fin de implantar reformas que modernizaran al Ejército. No obstante, los objetivos no estaban claros, y al parecer se pretendía que los militares suizos “salvaran” a la institución de todos sus problemas, pues el ministerio de Guerra nunca les trazó directiva alguna para su labor. (Helg, 1986, p. 8) Pese a tener que trabajar en condiciones tan adversas, los militares suizos continuaron con su misión e hicieron las reformas que estuvieron a su alcance, las cuales fueron modestas pero determinantes para el carácter del Ejército colombiano, debido a la cantidad de escuelas de formación militar que dejó para la institución, contribuyendo a la tecnificación del Ejército. (Helg, 1986, p. 15)

El caso de los oficiales suizos podría servir para denotar el problema con las múltiples misiones militares que se trajeron a Colombia: en primer lugar, se les daba, más que objetivos concretos, una “gran misión” de reconstruir al Ejército, sin proveerles de las herramientas necesarias para ello. Por lo tanto, su trabajo terminaba limitado usualmente a la instrucción y la doctrina militar, es decir, plantear, desde los esquemas de sus ejércitos, la aproximación al combate que debía tener el Ejército colombiano. Pero eso creaba una serie de contradicciones dentro de la institución: el modelo militar suizo, por ejemplo, siempre ha sido diferente al colombiano, pues está basado en el modelo de una milicia, es decir, todo ciudadano suizo es soldado durante parte del año, conservando incluso el armamento personal en su casa. (Camacho, 2016, p. 45) No ocurría así con el modelo colombiano, de conscripción a tiempo completo durante un periodo de tiempo delimitado, ni con los modelos que le inspiraban, principalmente el alemán.

Otra muestra de lo que era el Ejército de Colombia previamente a la guerra de Corea se puede obtener estudiando la guerra colombo-peruana de 1932-1933. La invasión peruana a Leticia despertó un fuerte sentimiento de nacionalismo entre la ciudadanía colombiana, pero la realidad del Ejército colombiano de aquel entonces era nefasta. El destacamento apostado en el puerto fluvial amazónico, que no consistía en

más que unos cuantos agentes de policía, (Camacho, 2016, p. 85) no contaba siquiera con calzado adecuado para todos sus agentes, al igual que para los soldados que fueron llegando de las regiones más cercanas a reforzar la retoma de Leticia. Desde luego, los problemas de cantidad de personal disponible para la defensa del territorio nacional, logísticos, de sanidad, de transporte, entre otros, causaron dificultad a las tropas colombianas que partieron a defender el municipio ocupado. (Camacho, 2016, pp. 89-90) Sin mencionar, desde luego, que Colombia no contaba con una Armada (marina de guerra) desde hace décadas. Aunque todas estas vicisitudes fueron eventualmente solventadas con empréstitos y las donaciones de la ciudadanía para la compra de armamento y equipamiento, la guerra colombo-peruana supuso un golpe de realidad para Colombia en lo relativo al campo militar, al demostrar la precariedad de la institución que tenía por misión salvaguardar su territorio.

Debe, no obstante, hacerse una salvedad: no todo el atraso y la pobreza en equipamiento era necesariamente culpa de la falta de visión de sus oficiales. Hasta antes de La Violencia, el entendimiento entre las élites políticas y el estamento militar colombianos no era sencillo, pues el segundo, dependiente, en últimas, de las decisiones del primero, era tenido en un estado de negligencia y descuido por este, que tardó en concebir de lleno la idea y la necesidad de contar con un Ejército sólido y eficiente. Basta ver con ello que, mientras otros países, incluso latinoamericanos, consolidaron su profesionalización militar en el siglo XIX, Colombia empezó a hacerlo en 1907, reforma militar que además se aprobó a regañadientes, pues muchos políticos no eran partidarios de un fortalecimiento militar. (Atehortúa y Vélez, 1994, pp. 59-60)

A pesar del golpe de realidad que supuso la guerra colombo-peruana de 1932-1933, primera y última vez que se aplicaron en el siglo XX los conocimientos militares de origen europeo, (Camacho, 2015, p. 90) la lección no duró mucho tiempo para el gobierno colombiano. Tan pronto terminó el conflicto el Ejército volvió a caer en las mismas condiciones de precariedad que lo aquejaron durante toda la primera mitad del siglo XX. Llegados los años cuarenta, se tenía un Ejército que si bien poseía un fuerte *esprit de corps*, es decir, un sólido sentido de pertenencia, cohesión y lealtad mutua entre sus miembros, se encontraba atrasado en materia de doctrina y pobremente equipado. (Rempe, 1995, p. 16) Según Valencia Tovar, consistía “en una extraña mezcla más parecida al bricolaje que a la ingeniería militar”, en referencia a la práctica de intentar adaptar al contexto local los saberes procedentes del extranjero. (Camacho, 2015, p. 139) En palabras de Gabriel Puyana García, al compararlo con los ejércitos de las naciones de primer mundo, era un ejército “sumido en el paleolítico”. (Puyana, 1993, p. 200)

Ejército de Colombia después de a la guerra de Corea: aprendizaje y transformaciones

La participación del Batallón Colombia en Corea de la mano del ejército estadounidense supuso la adopción de prácticas bélicas contemporáneas, una modernización en el arte de la guerra para un ejército

atrasado y empobrecido. Las lecciones que tomó el Ejército de Colombia fueron, por lo general, en aspectos muy concretos en cuanto a la actividad militar y el funcionamiento interno de la institución, pero sirvieron para subsanar una buena parte de sus deficiencias. No todas, desde luego, pues el nivel de abundancia material del Ejército de Estados Unidos solo era y es posible debido a la poderosa economía que siempre le respalda, factor del cual carece Colombia. (Ruiz, 1956, p. 290)

El Ejército de Colombia se transformó en dos planos: primero, el operacional, que consiste en la visión acerca de la forma de proceder en las operaciones militares, expresándolo de forma simple y coloquial como “la forma de hacer la guerra”; segundo, el organizacional, la forma como este se organiza, encuadra sus unidades, departamentos, dependencias, etc., su funcionamiento logístico (cadena de producción y distribución de material), etc.

La primera y más notoria de dichas transformaciones corresponde al plano organizacional: fue la adopción¹⁴ de la figura de la Plana Mayor en el nivel de Batallón. Esta se compuso de dos agrupaciones: la Plana Mayor General y la Plana Mayor Especial. La primera conformada por cuatro secciones. El S1, encargada del área de personal y todo lo relativo a él: registros de sepultura, permisos, licencias, eventos de esparcimiento, bienestar, entre otros aspectos relacionados con el soldado. El S2, la sección de inteligencia y contrainteligencia: la primera consiste en las técnicas de recolección e interpretación de la información que se pueda conseguir sobre la situación de combate y el enemigo y la segunda son las medidas tomadas para neutralizar esas mismas actividades por parte de las fuerzas contrarias. El S3, encargada de las operaciones y la instrucción de las tropas, su función era trazar el plan para desarrollar exitosamente las operaciones militares, con base en la información proporcionada por el S2. Finalmente, el S4, la sección de logística, encargada de la distribución y el cuidado del material de la unidad y sus miembros. La Plana Mayor Especial, por su parte, se compone de oficiales especializados en tareas mucho más concretas, tales como las transmisiones, supervigilante del servicio de alimentación, transportes, el médico del batallón, el capellán, más otros oficiales que se agreguen de acuerdo a la necesidad. (Escuela Superior de Guerra, 1955, pp. 5,6)

Hay varias lecciones concretas que merecen destacarse, como la creación del arma de inteligencia, lección correspondiente al plano operacional, útil tanto en el nivel operacional,¹⁵ un concepto que era prácticamente inexistente en Colombia hasta entonces. (Valencia y Sandoval, 2001, p. 309) Como lo demuestran muchos episodios de la historia militar colombiana siguientes a la guerra de Corea, la actividad

¹⁴ La figura de la Plana Mayor se instauró oficialmente en el Ejército Nacional de Colombia en el año de 1948, pero, en la práctica, no se había hecho realidad sino hasta después del regreso del Batallón Colombia de la guerra de Corea. (Camacho, 2015, pp. 138-139)

¹⁵ Si bien en Corea la actividad de inteligencia del Batallón Colombia era limitada usualmente a lo táctico, aunque en la máxima expresión de este plano, debido al tamaño relativamente mediano de la unidad: un batallón.

de la inteligencia militar ha sido clave para el desarrollo de las operaciones. Se aprendieron técnicas y actividades tales como elaborar planes de búsqueda de informaciones, dirigir las actividades de las tropas en relación a dicha búsqueda, tomar las medidas necesarias para asegurar el secreto de las operaciones, el uso de la propaganda para reforzar la moral propia y minar la del adversario, el envío de patrullas especiales con el fin de capturar prisioneros y los ataques a objetivo limitado. (Ruiz, 1956, pp. 314-315)

En Corea, en el contexto de la segunda fase estática y limitada de la guerra, en el desarrollo de las llamadas “operaciones y/o ataques de/a objetivo limitado”, las cuales, como su nombre lo indica, perseguían metas que no afectaran radicalmente el statu quo de la guerra. Buena parte de esos objetivos limitados eran precisamente la obtención de información, ya fuera para tenerla a la mano en caso de que la guerra volviera a una fase móvil o para ver si esta influía en algo en las conversaciones de paz de Panmunjon. Este tipo de operaciones fueron uno de los aprendizajes más importantes de los cuales el Ejército de Colombia echaría mano para tratar de afrontar la situación con los grupos armados que estaban surgiendo a lo largo del territorio.

Una de las áreas que más merece destacarse en cuanto a su mejoría fue la atención que se le puso al área logística, pues hay que recordar que las carencias materiales y la ineficiente distribución del material de intendencia eran uno de los principales problemas del Ejército colombiano de la primera mitad del siglo XX. Si bien éste no alcanzó la misma capacidad de abastecimiento y abundancia material que su homólogo estadounidense, en razón a la limitada economía colombiana, sin duda la práctica logística tuvo una mejoría notable. Lo mismo puede decirse del área de sanidad: fue la que operó con mayor eficiencia durante la campaña de Corea, dado que al encontrarse encuadrado el Batallón Colombia dentro de una unidad estadounidense, esta suplía varias de las carencias en lo relativo a la medicina que pudiera afrontar el Batallón. Le proveía insumos y tratamiento médico a quienes lo necesitaran, tanto en el mismo lugar del combate como en retaguardia y, de necesitarlo, en un hospital por fuera de Corea, en Japón o en Estados Unidos. La experiencia en Corea permite al Ejército de Colombia establecer lineamientos claros para la práctica de sanidad e higiene dentro de las unidades, mejorando así no solo el rendimiento sino el bienestar de los soldados. Para hacer la comparación con la situación previa basta recordar las condiciones en las que se alojó el Batallón Colombia en la escuela de caballería durante su conformación previa a la partida a Corea. El servicio de sanidad fue, en consecuencia, uno de los que más progresó gracias a la experiencia en Corea. (Ruiz, 1956, p. 267)

Lo anterior dentro del plano organizacional. En el plano operacional se tomó nota de varias prácticas de combate que fueron utilizadas durante la guerra de Corea, tanto por el Batallón Colombia como por otros ejércitos (principalmente, desde luego, Estados Unidos). Una destacada¹⁶ es el empleo de tropas

¹⁶ Que se podría encuadrar justo en el límite entre lo estratégico y lo táctico.

aerotransportadas¹⁷ en las operaciones, tanto de combate, como de inteligencia, (Ruiz, 1956, 315) pero cuyo concepto era desconocido en Colombia hasta el momento. Aunque se tomó nota minuciosa de lo que, según los oficiales que las escribieron, fueron importantes y detalladas lecciones aprendidas en Corea, especialmente en materia operacional, no todas estas necesariamente derivaron en un cambio. Ruiz Novoa, por ejemplo, propuso no crear un arma blindada, y reducir el arma de artillería, arguyendo que la infantería moderna había alcanzado tal grado de autosuficiencia que podía reemplazarlas. (Ruiz, 1956, 309) Claramente esta sugerencia no fue tomada en cuenta, pues la artillería y el arma blindada siguieron funcionando (la última se fusionó con el arma de caballería).

Un punto clave y muy destacado dentro del plano operacional (y, en menor medida, organizacional, pues, en últimas, al crearse una nueva unidad esta pasa a integrar el organigrama de la institución es la creación de la escuela de Lanceros, que dicta el curso de combate del mismo nombre, que se ha impartido en la institución desde 1955 hasta la fecha. El curso fue llamado así por los famosos lanceros a caballo que actuaron bajo el mando del coronel Juan José Rondón en la batalla de Pantano de Vargas, durante la campaña independentista. Dicho curso se basó en el de *Ranger* del ejército estadounidense, que se implementó a partir de la Segunda Guerra Mundial, cuyos miembros tuvieron una distinguida y recordada actuación durante la misma. El curso de Lancero continúa siendo dictado hoy en día; en él se entrena a soldados a quienes se les asignan las misiones más complejas es, que requieran ser ejecutadas con precisión y rapidez por grupos de infantería relativamente pequeños y altamente móviles y especializados, tales como incursiones a campamentos enemigos, misiones de búsqueda y destrucción, captura de prisioneros y documentos que puedan proporcionar inteligencia, entre otros. El soldado Lancero colombiano pasaría a convertirse en la punta de lanza de lo que luego sería la orientación contrainsurgente que adquiriría el Ejército de Colombia. (Escuela de Lanceros, 1958, pp. 32-38)

Grosso modo, la participación colombiana en Corea trajo la que ha sido quizá la mayor reconfiguración organizacional y operativa para el Ejército de Colombia desde las misiones militares chilenas a comienzos del siglo XX. Este entró en la esfera de conocimiento de las prácticas contemporáneas de la guerra, después de haber pasado casi dos décadas sumido en el atraso, sin ninguna experiencia en la guerra moderna (y las lecciones derivadas de la misma) desde el conflicto contra el Perú. También entró, no solo el Ejército sino el país, en de las lógicas de la Guerra Fría: la alineación con una de las superpotencias y el temor, estigmatización y persecución de la ideología del bando al que se veía como contrario y a sus simpatizantes.

¹⁷ Pues el uso de tropas aerotransportadas, por un lado, resuelve los problemas de movilidad que se pueda afrontar en el transporte terrestre, asegurando así su pronta llegada a la zona de operaciones y, por tanto, que entren en contacto con fuerzas enemigas; y, por otro lado, el transporte aéreo les permite a dichas tropas llegar más fácilmente a puntos estratégicos y dar en ellos, pudiendo así afectar el curso de la guerra.

Como lo expresaron Álvaro Valencia Tovar y Alberto Ruiz Novoa, no todos los aspectos del ejército estadounidense fueron incorporados, por diversas razones. Por ejemplo, la unidad base del Ejército colombiano siguió siendo la brigada, mientras que en el ejército de Estados Unidos era el regimiento. (Camacho, 2015, p. 139) Además, aún se conservan rezagos de la cultura militar europea, si bien son principalmente estéticos; quizá el más notorio de ellos es el uso del uniforme ceremonial al estilo prusiano, una guerrera azul oscura y un casco de pico o *pickelhaube* en ciertas unidades, notablemente los cadetes y la guardia presidencial.

Aunque las transformaciones del Ejército colombiano consistieron, por lo general, en cambios específicos y concretos en los diferentes campos de conocimiento y ejercicio de la labor militar, en su conjunto servirían para sembrar las semillas de la orientación que adquiriría el Ejército Nacional de Colombia: asumir un papel activo en la seguridad interna del país.

Americanización: asimilación del modelo estadounidense

Todo este proceso de transformación de la institución militar colombiana se circunscribe en un marco geopolítico: tras la Segunda Guerra Mundial Estados Unidos consolidó de manera definitiva su hegemonía sobre el continente americano. Antes debía competir contra la influencia europea, que en muchos aspectos era más fuerte que la estadounidense, notablemente la militar. Prueba de ello era la adopción de sistemas militares europeos.

Esta influencia hegemónica estadounidense, que desde luego tiene su plano más alto en la esfera política y diplomática, permeó también la esfera militar. Estados Unidos desarrolló una política de estandarización para las fuerzas militares de los diferentes países latinoamericanos, (Rodríguez, 2006, p. 51) que comenzaron a adoptar las formas y prácticas de sus homólogas estadounidenses, dejando casi por completo a un lado la influencia que habían adquirido de los ejércitos europeos.

Este proceso de “americanización” se hace evidente en los detalles más concretos; por ejemplo, la adopción de uniformes militares de estilo estadounidense, lo mismo que el armamento (el fusil M1 Garand, que permanecería en servicio hasta la adopción del fusil G3 en los años 60) y las publicaciones militares que surgen a partir del regreso del Batallón Colombia de Corea, pasando por los aspectos organizacionales que ya se mencionaron y asimilando las lógicas de fondo en cuanto a la misión y los objetivos, no los constitucionales sino los circunstanciales, que adoptaron los ejércitos latinoamericanos, en especial el colombiano, en el marco de la Guerra Fría. Es decir, la erradicación de la llamada “amenaza comunista”. El anticomunismo pasó a convertirse en un norte ideológico para el Ejército colombiano que terminó asimilando diversas formas y prácticas tales como reglamentación, modos de comportamiento, esquemas de operación y sistemas de autoridad semejantes a los estadounidenses. (González, 2013, p. 42) Christian González Schroeder, en su tesis de pregrado *La influencia de la participación de Colombia en la guerra de*

Corea en la construcción de la nueva mentalidad del Ejército Nacional entre 1951 y 1982 hace un interesante análisis del proceso a través del cual el Ejército abandona sus prácticas previas y las reemplaza por las más recientes de origen estadounidense.

Siendo el Batallón Colombia un actor aliado pero subordinado a otro principal y hegemónico terminó no solo por asimilar sus prácticas y formas sino por apropiarse de ellas en un proceso consistente en tres fases: una primera de descongelamiento en la cual la institución hace un rompimiento con el modelo previo; una segunda de cambio en la cual se introducen las enseñanzas estadounidenses, primero en el Batallón Colombia y después en todo el Ejército; y una tercera de recongelamiento en la cual la nueva conducta, las nuevas formas y prácticas se estandarizan, se oficializan, toman su carácter permanente. (González, 2013, pp. 29-30)

Esta práctica histórica de apropiarse de formas, prácticas y saberes extranjeros, si bien es indicador de la fuerte dependencia de Colombia hacia el saber militar extranjero, no necesariamente es algo que tenga una connotación negativa, como si al Ejército de Colombia le faltara capacidad de inventiva o innovación. Todo se enmarcó dentro de la política de estandarización que tenían los Estados Unidos para los ejércitos latinoamericanos, que consistía precisamente en asimilarlos al suyo en la medida de lo posible, para orientarlos a los mismos objetivos políticos: la persecución y eliminación de la amenaza comunista. Con ello se buscaba no solo el mejoramiento en el rendimiento operacional de los ejércitos latinoamericanos, sino la implantación de una nueva mentalidad, de unos nuevos objetivos políticos para los Ejércitos latinoamericanos: la erradicación de los movimientos armados revolucionarios comunistas.

El enemigo en Corea era comunista, y en Colombia varios grupos armados estaban comenzando a adoptar dicha ideología, pues durante la década de los 50 se formaron las primeras guerrillas comunistas, en su mayoría disidencias de las guerrillas liberales, ya fuera por diferencias entre sus cabecillas o porque las de orientación liberal se acogieron, en su mayoría, a la amnistía propuesta por Rojas Pinilla. Esta amnistía fue considerada inaceptable por los comunistas. Siendo el general un feroz anticomunista, proscribió su partido político y persiguió ahincadamente a sus seguidores. La lucha contra el comunismo se convertiría en un norte para el ejército durante el conflicto armado que seguiría en las próximas décadas, debido al surgimiento y consolidación de grupos armados afines a esta ideología, notablemente las FARC y el ELN.

También es importante destacar el marco de la Guerra Fría del cual proviene todo el contenido doctrinal militar que se puede encontrar. Este punto se puede abordar a partir de un artículo de la Revista Militar que trataba el peligro nuclear, el más grande temor mundial durante ese período histórico. Si bien el artículo se enfoca en lo táctico, planteando una forma de organización de las unidades militares con vista a una posible confrontación nuclear, (Orejuela, 1957, p. 51) su contenido se circunscribe en la esfera del temor a una posible confrontación nuclear entre las dos superpotencias. Habiendo Colombia participado en un conflicto

armado de la mano de una de ellas, además de convertirse, casi por voluntad propia, en uno de sus aliados más incondicionales, no sería raro que considerara la posibilidad de tomar parte en otra conflagración internacional como ya lo habían hecho en Corea, teniendo en mente la posibilidad de que en dicha hipotética contienda se emplearan armas nucleares. Hay que recordar que el general Douglas MacArthur fue destituido por el presidente Harry S. Truman precisamente por sugerir el uso de armas nucleares contra China.

La participación colombiana en Corea marcó, para Colombia, varios hitos. Además de haber sido el único país de la región en acudir al llamado de las Naciones Unidas, fue el único ejército que pasó por ese proceso de asimilación del modelo militar estadounidense por medio de la única práctica en campo posible para un cuerpo armado: la guerra. Por lo mismo, debido a la situación de orden público que atravesaba Colombia, en ese momento única en el continente, tuvo también el Ejército la oportunidad de probar, por su propia cuenta y en su propio terreno, las enseñanzas de la campaña de Corea.

Contrario a una concepción más política que académica que se ha creado acerca de la adopción del modelo militar estadounidense, así como del pensamiento anticomunista, como algo que obedece a una especie de imposición por parte la superpotencia americana, en realidad las élites colombianas ya eran por sí mismas fuertemente anticomunistas (aunque no necesariamente pro-estadounidenses en un comienzo, ejemplo de ello fue Laureano Gómez), a la vez que enarbolaban un fuerte discurso republicano, ambas características compartidas con las élites estadounidenses, lo que propiciaba un terreno fértil para cultivar relaciones cordiales y estrechas entre ambos países. (Coleman, 2008, p. xvi)

Se siembra la semilla de la “contrainsurgencia”

Si bien para la década de los 50 no se había consolidado, o tal vez siquiera concebido, el concepto de “contrainsurgencia”, se dieron los primeros sucesos, tanto en el plano internacional como en el colombiano, que hicieron germinar dicho concepto. En el primero podemos destacar el comienzo de las guerras de independencia de los países africanos y asiáticos que permanecían como colonias de las potencias europeas, notablemente la guerra de Indochina, en la cual el Vietminh, movimiento armado independentista vietnamita, le propinó una seria derrota al ejército francés, especialmente en la decisiva batalla de Dien Bien Phu. A raíz de ello, en la siguiente guerra del mismo tipo, en Argelia, los franceses aplicaron una estrategia contrainsurgente tan efectiva como brutal, pues a base de capturas e interrogatorios (que en la mayoría de los casos aparejaban la tortura) lograron dismantelar el Frente de Liberación Nacional. No obstante, la victoria militar no se reflejó en el plano político, pues el sentimiento independentista argelino no amainó, y el presidente Charles de Gaulle no tuvo más remedio que conceder la independencia al país.

Las derrotas de los ejércitos de las potencias coloniales les llevaron a desarrollar una serie de métodos y tácticas para combatir a los grupos insurgentes en territorios lejanos, lo que luego se conocería como “contrainsurgencia”, métodos que serían luego usados en los conflictos latinoamericanos, trayendo

aparejados numerosos crímenes cometidos por agentes del Estado. En la década de los 50, esta orientación apenas germinaba, pues apenas comenzaban los conflictos que llevarían al desarrollo de dichas doctrinas. El primero en terminarse fue el de Indochina, en 1954.

A partir de las enseñanzas de Corea y su aplicación en su propio terreno, comenzando por los combates en Villarrica, Colombia fue un pionero empírico en desarrollar por su propia cuenta dicha orientación contrainsurgente. No se trata de afirmar que ya se poseía esa orientación para cuando sucedieron los combates en Villarrica, pues la idea de “contrainsurgencia” si acaso apenas se concebía en las mentes militares de la época.

Para entender el giro que tendría la doctrina del Ejército en lo que se conocería como el “conflicto armado”, primero hay que analizar la orientación que tenía el Ejército colombiano durante la segunda parte de la década de los 50, después de la participación de uno de sus batallones en la guerra de Corea. Para ello hay que ver las fuentes militares de la época. La principal es la Revista Militar, cuya escritura comienza en 1955. Acá debe hacerse una salvedad: no todo su contenido fue escrito previamente a los combates de Villarrica, o siquiera durante ellos. La mayor parte de los artículos de dicha revista son posteriores a esos sucesos. Pero, a pesar de ello, reflejan el cambio doctrinal en el Ejército colombiano que empezaba a adoptar prácticas y orientaciones militares contemporáneas después de haber pasado casi toda la primera mitad del siglo XX, tras las misiones militares chilenas,¹⁸ sumido en el atraso doctrinal y la escasez material.

En principio, la mentalidad militar colombiana de la década de los 50 no era diferente de la estadounidense (fuente principal y casi exclusiva de la cual se alimentaba). Al ser un mundo recién salido de la Segunda Guerra Mundial, la guerra regular por excelencia, y de la guerra de Corea, que también se luchó como una guerra regular, la mentalidad militar se orientaba hacia la guerra regular: el choque entre dos ejércitos profesionales, de carácter permanente y nacional, formalmente constituidos, con un aparato militar abastecido por la industria nacional y el dinero de las arcas públicas, compuesto por soldados y oficiales entrenados en cuarteles e instituciones militares reconocidas por sus respectivos Estados. La sola organización de la Revista Militar lo refleja: el grueso de sus artículos plantea situaciones de combate concretas y delimitadas¹⁹, que se enmarcan dentro de un hipotético contexto de guerra regular, como el enfrentamiento ante baterías de artillería o escuadrones de blindados y soluciones para salir victorioso de dichas situaciones de combate. La estructura de sus artículos también lo refleja, pues los organiza, al menos

¹⁸ Aunque la guerra contra el Perú mejoró esta situación, pero no por mucho tiempo.

¹⁹ Es necesario aclarar que no todos los artículos de la Revista Militar se enfocan en plantear soluciones a problemas de combate. Algunos tienen otros enfoques, como, por ejemplo, el dedicado a la infantería en el primer número de la revista, que trata sobre el uso del tablero M10. (Escuela de Infantería, 1955, pp. 10-15)

aquellos en materia operacional, de acuerdo con las armas²⁰ de combate propias de un ejército regular: infantería, caballería, blindados,²¹ artillería, etc.

Para ilustrarlo se puede extraer un ejemplo de la Revista: en uno de sus artículos, dedicado al arma de artillería, se plantea la táctica del tiro de contrabatería, es decir, el tiro, de una batería de artillería, destinado a destruir otra semejante enemiga. (Mitchell y Knowles, 1956, p. 76) Ello, desde luego, suponía que el enemigo contara con su propia batería de artillería,²² lo cual fue así en Corea pero no en Colombia. Incluso se escribió sobre la guerra nuclear y cómo organizar una división de infantería en ese caso (llamada “división PENTOMIC”, amalgama de las palabras inglesas “Penta”²³ y “Atomic”), pese a que Colombia jamás ha poseído arma alguna de este tipo y mucho menos sería práctico usarla en el tipo de guerra que ha habido en el país durante las últimas décadas. (Lema, 1958, p. 65)

No obstante, pese al enfoque de la Revista en la guerra regular, alcanzan a detectarse en ella trazos de la guerra irregular, el tipo de guerra que más frecuentemente se veía durante la segunda mitad del siglo XX. En primer lugar con la creación de la Escuela de Lanceros, de la cual ya se habló. Si bien dicho curso de combate y el que lo inspiró, el de *Ranger*, (Escuela de Lanceros, 1957, p. 58) se crearon para operaciones que hoy se considerarían “irregulares”,²⁴ pero dentro de contextos de guerra regular como lo fueron sus actuaciones durante la Segunda Guerra Mundial, su estructura y su *modus operandi* en unidades de pequeño a mediano tamaño altamente especializadas en ataques rápidos y precisos serían claves en el desarrollo de las tácticas para lidiar con la insurgencia, pues los grupos guerrilleros siempre han sido difíciles de derrotar por medio de grandes formaciones de tropa en el campo, debido a su alta movilidad, su profundo conocimiento del terreno y su práctica de ocultarse entre la población civil.

²⁰ En concreto, la Revista no usa el término “arma” sino “escuela” (ej.: escuela de infantería, escuela de caballería) para referirse al campo de conocimiento al cual apunta el artículo específico, dado que la Revista Militar tenía, en últimas, también fines didácticos; es decir, buscaba profundizar el conocimiento de los oficiales pertenecientes a cada una de las armas del mismo nombre de sus escuelas. No obstante, hay que recordar que no todas las escuelas se veían representadas en un arma, ello ocurriría con el paso del tiempo.

²¹ Acá debe hacerse una salvedad: a diferencia de hoy, durante la década de los 50 la caballería y los blindados estaban establecidos como armas separadas dentro del Ejército, dado que la primera, entendida como el arma de los soldados que combaten montados sobre el lomo de un caballo, aún tenía lugar en muchos ejércitos. Aunque los blindados reemplazaron el rol de la caballería en el campo de batalla durante la primera mitad del siglo XX, ésta siguió ocupando un espacio en los Ejércitos durante muchos años, al menos en el caso colombiano. De ahí que en la Revista Militar se dediquen por separado artículos a la caballería y al arma blindada, y que Ruiz Novoa también las trate como armas separadas.

²² Entendiendo por “artillería” la artillería de campo: aquella compuesta por cañones de grueso calibre y largo alcance que se emplazan sobre una posición para dar ya sea fuego a las formaciones de tropas enemigas en el campo o para destruir posiciones adversarias fortificadas.

²³ “El número de Regimientos de cada División fue aumentado de tres a cinco.” (Orejuela, 1957, p. 51)

²⁴ Es decir, que involucran a actores que, por un lado, no luchan por Estado alguno (sin perjuicio de que otro Estado, el propio o uno ajeno, los apoye) y que no empleen tácticas convencionales, como el despliegue de grandes contingentes de tropas, junto con vehículos blindados, artillería, aviación, etc.

En segundo lugar, hay una referencia a la mencionada guerra de Indochina, con un título bastante llamativo: “Las sangrientas lecciones de Indochina”. (Anónimo, 1955, p. 61) Traducido del “Army Journal”, en él se habla de la “guerra limitada” como una característica general de los conflictos armados del siglo XX. Una guerra que, salvo en pocas ocasiones, como la decisiva y final batalla de Dien Bien Phu, consistió en una clásica guerra de guerrillas: ataques a pequeña escala, tácticas de golpear y huir, audaces golpes de mano,²⁵ sabotajes y golpes a las líneas de comunicación francesas²⁶, perpetradas por un Vietminh (movimiento independentista indochino), inferior en equipamiento pero veterano de la lucha contra los japoneses durante la Segunda Guerra Mundial, altamente motivado por el deseo de tener un país independiente y, el factor más importante, ágil en el manejo del armamento pequeño al que sí pudieron hacerse; el Vietminh fue mucho más móvil, sus hombres se movían a la perfección en el difícil terreno indochino, aun a pesar de contar con pocos (si es que alguno) vehículos motorizados. “Un ejército es más móvil en cuanto sus hombres puedan caminar”, establece el final de uno de los párrafos de dicho artículo.²⁷ La guerra era “limitada” por las limitaciones materiales del Vietminh, pero hay que ver cómo, pese a la mayor posesión de medios bélicos, los franceses perdieron la guerra. Se aclara que la guerra de guerrillas no es nueva, pero que será la forma de lucha más común en el siglo XX. La historia le dio la razón a su autor.

Sin embargo, esos dos artículos no constituyen más que excepciones. Hay que recordar, además, que uno de ellos fue una traducción, es decir, un saber procedente del extranjero. Sería apresurado afirmar que en ellos comienza a reflejarse el inicio de una doctrina contrainsurgente. La pregunta que cabe hacerse es la siguiente: ¿fue ese el conocimiento, la doctrina, la aproximación que utilizó el Ejército de Colombia para tratar el problema de orden público que afrontó en su propio país durante la década del 50? No se puede suponer otra respuesta que la afirmativa, pues era la mentalidad militar que había no solamente en Colombia, sino en el mundo.

“Corea es casi exclusivamente una guerra de infantería” (Ruiz, 1956, p. 264): rol y prevalencia de la infantería en la doctrina y en la práctica.

Hay que prestar atención especial a los artículos de la Revista dedicados al arma de infantería. En primer lugar, porque la infantería siempre ha sido el arma más numerosa, versátil y económica de los ejércitos, razón por la que, para muchos, es la columna vertebral de los mismos en lo que respecta a la capacidad operativa. No en vano, en el Ejército colombiano, se le conoce como “La reina de las armas”. En segundo

²⁵ Ataques a pequeña o mediana escala cuyo resultado es principalmente la captura y/o destrucción de activos enemigos: tropas, suministros, información, la muerte de un comandante o cabecilla, etc.

²⁶ Quienes, dicho sea de paso, se encontraban en una tierra lejana y con su país apenas recuperándose de las heridas de la invasión alemana a su país durante la segunda guerra mundial.

²⁷ Frase del general John Church. (Anónimo, 1955, pp. 65-66)

lugar porque es, en últimas, la que principalmente se encargaría de enfrentar el conflicto armado, dado que, por las características propias de un conflicto irregular, asimétrico y guerrillero, las otras armas, salvo la aviación, no pueden brindarle un apoyo muy efectivo a la infantería en el terreno buscando un enemigo tan escurridizo. Además, siendo la infantería la que enfrenta al enemigo, es la única arma que puede operar con 100% de precisión, con la certeza de dirigirse hacia su enemigo, pues una pieza de artillería de campo, por ejemplo, no puede saber con ese mismo grado de precisión a qué enemigo va a impactar. Hay que recordar que la acción artillera se realizaba sobre un área, no sobre un enemigo concreto, mientras que un infante sí dispara contra un blanco humano en concreto.

Para la década de los 50 se planteaban diferentes situaciones tácticas que debía enfrentar la infantería, como, por ejemplo, la defensa de una pendiente a partir de la opuesta, llamada “defensa de contrapendiente”, (Arenas, 1956, p. 56) hasta situaciones en las que esta debía enfrentar a las otras armas, incluso hipotéticas circunstancias de una guerra nuclear. Aunque estas situaciones hipotéticas se plantean en el contexto de una guerra regular, podrían abstraerse para contextos de guerra irregular, al menos desde el punto de vista táctico. Otro aprendizaje importante no solo en cuanto a la infantería sino a la inteligencia fue en el patrullaje. Acción realizada por infantes (aunque también puede contar con vehículos y aviación) con el objetivo de hacer reconocimiento, es decir, de obtener información por medio visual con respecto a las condiciones circundantes: el terreno, el estado del tiempo, la población y el enemigo. Estas operaciones fueron intensamente realizadas en Corea por el Batallón Colombia, que trajo el aprendizaje de que el patrullaje debía seguir una orden clara, unos objetivos establecidos y saber en qué fijarse. En resumen, debía ceñirse a un plan y orden de patrullaje elaborados, cuando fuera posible, por escrito, en conjunto por el S2 y el S3 del batallón. (Anónimo, 1955, p. 11-14) El patrullaje, como en todo conflicto, ha sido una actividad cotidiana pero no por ello poco importante en el transcurso del conflicto entre el Ejército y las guerrillas liberales y comunistas. Finalmente, no sobra decir que las unidades de Lanceros, punta de lanza contrainsurgente, operan también como unidades de infantería.

Hay que recordar la férrea defensa que hacía Alberto Ruiz Novoa de la infantería sobre las demás armas, al considerar que esta podía suplir las funciones de las otras dos dado el grado de autosuficiencia que había alcanzado en la era moderna, pues con el armamento adquirido (morteros, fusiles sin retroceso y misiles antitanque “bazuca”) podía suplir las funciones de la artillería y neutralizar a los blindados.²⁸ Como lo señaló el general estadounidense John Church en la frase que forma parte del presente subtítulo, Corea fue una guerra principalmente de infantería (como toda guerra en realidad), en la cual las demás armas solo cumplieron una función auxiliar.

²⁸ Ver nota al pie 122

Por un lado, su postura estaba basada en la practicidad y el realismo en cuanto a las circunstancias: el aparato económico colombiano nunca ha sido equiparable al estadounidense, por lo que financiar el gran equipamiento militar de los norteamericanos era un esfuerzo enorme, que, a juicio del oficial, Colombia no podía permitirse. Pero también, y quizá en este sentido tenía mayor claridad con respecto a la situación bélica en Colombia que otros oficiales, por el hecho de que él sabía que el tipo de guerra que afrontaba Colombia solo podía ser enfrentada con la infantería, o al menos cargando esta una parte aun mayor del peso de la lucha de la que ya por defecto carga toda infantería en todo tipo de conflicto.

Finalmente, para terminar de demostrar la asimilación de patrones de pensamiento y comportamiento propios de la Guerra Fría, en algunos artículos se llega a hablar del comunismo como un peligro. En uno de ellos se menciona al ejército soviético como “la principal amenaza para la paz mundial”. (Anónimo, 1957, p. 125) Esto obedece a la esfera más alta de los aspectos militares estadounidenses adoptados por el Ejército de Colombia: aquellos que enlazan con lo político, pues el Ejército es una institución encargada de salvaguardar un orden establecido, por lo que resulta apenas entendible que se enfle en contra de expresiones que no solo contradigan dicho orden sino que amenacen con acabarlo.

Consideraciones finales sobre la participación colombiana en la guerra de Corea

Se ha derramado bastante tinta hablando de la importancia que supuso esa “modernización” para el Ejército de Colombia su participación en la campaña de Corea. Efectivamente llegaron a subsanarse buena parte de las deficiencias y carencias que sufrió el Ejército de Colombia durante varios años de su existencia. Principalmente en lo que respecta a su eficacia operacional puntual, es decir, en la capacidad de conseguir los resultados deseados tras un operativo meticolosa y profesionalmente planeado, algo que, por ejemplo, no se hacía muy seguido durante la época de La Violencia, cuando (en parte por la injerencia de las autoridades civiles), en muchas ocasiones, no se organizaban los destacamentos que salían a operar contra las guerrillas y grupos armados de acuerdo con unidades orgánicas, sino con el número de soldados que la autoridad civil, alcalde, gobernador, etc., quisiera disponer. (Valencia y Sandoval, 2001, p. 306)

La modernización que atravesó el Ejército de Colombia tras la guerra de Corea apuntaba hacia la guerra regular, el tipo de guerra vista en Corea y el paradigma bélico clásico, especialmente del mundo recién salido de la Segunda Guerra Mundial. No obstante comenzaban a asomarse los primeros indicios de entendimiento y abordaje del tipo de conflictos que predominaría durante la segunda mitad del siglo XX, entre esos, el conflicto que azotó a Colombia. La importancia de dicha modernización radica en que luego sería puesta a prueba en el contexto local, en un conflicto que, aunque compartía similitudes con el vivido en Corea en cuanto a las ideologías enfrentadas, era diferente su naturaleza. ¿Cómo fueron aplicadas las lecciones de un conflicto regular en un conflicto irregular? Es el punto que va a tratarse en los siguientes dos capítulos.

3) Villarrica en Colombia

La Violencia: una mirada global a un panorama nacional.

Paralelamente a la lucha del Batallón Colombia en la guerra de Corea, Colombia vivía su propio conflicto, denominado “la Violencia”.²⁹ En lo que parece ser una cruel y caprichosa ironía, el Batallón Colombia fue a un país lejano a defender un ideal de democracia y república, mientras que en su propio país tal democracia estaba ampliamente resquebrajada, pues se desató la llamada “Violencia” precisamente por el asesinato de un candidato presidencial (Gaitán): la intolerancia, persecución y asesinato al simpatizante del partido contrario. Además, Laureano Gómez ganó las elecciones presidenciales de 1950 tras haberse presentado como candidato único, es decir, sin otro contendor más que el voto en blanco.

Es necesario hacer una presentación general, explorando históricamente el fenómeno de la Violencia en Colombia. Aunque a dicha violencia se le atribuye haber sido iniciada por el asesinato del caudillo liberal Jorge Eliécer Gaitán, el 9 de abril de 1948, en realidad ya se había cobrado las primeras víctimas de la violencia bipartidista desde por lo menos el año anterior. (Reyes, 1989, p. 15) No obstante, sí es cierto que el asesinato de Gaitán provocó que dicha violencia desbordara todos los cauces imaginables, creando una ruptura social nunca antes vista en Colombia. El día de la muerte de Gaitán ocurrieron severos disturbios en la capital colombiana, reprimidos al final por el Ejército; (Valencia, 1989, p. 330) lo sucedido pasó a la historia con el nombre de “El Bogotazo”, el cual no tardó en extenderse a otras regiones del país, ocurriendo levantamientos en las grandes ciudades como Medellín, Cali, Barranquilla, Cartagena y Bucaramanga.

El asesinato de Gaitán representó para su no despreciable masa de seguidores el fin de su esperanza de un futuro mejor, (Reyes, 1989, pp. 18-19) es decir, de su inclusión en la vida política y una mejora en las condiciones de vida de un país cuyo grueso demográfico era campesino y vivía en condiciones precarias. De ahí que muchos decidieran tomar las armas en diferentes regiones de Colombia. Esta toma de armas fue multidimensional: se hizo con fines de autodefensa, ante la persecución de agentes estatales a simpatizantes del liberalismo, de Gaitán y de la izquierda colombiana, pero también con visos revolucionarios, aunque los movimientos con esta orientación posteriormente se desarrollarían con más fuerza y objetivos mucho más claros.

La mayoría de los estudiosos de La Violencia coinciden en que esta tuvo dos fases. Una primera, que va desde el aumento en los asesinatos por razones políticas desde al menos 1947, (Reyes, 1989, p. 18) se agudiza con el asesinato de Gaitán y termina a mediados de 1953, con la amnistía propuesta por el nuevo presidente de Colombia, teniente general Gustavo Rojas Pinilla, a los grupos armados que pululaban por el

²⁹ Se suele usar el término “Violencia” con mayúscula inicial para referirse al período de confrontación violenta entre simpatizantes liberales y conservadores desde finales de la década de los 40 hasta finales de la de los 50.

territorio nacional. Y una segunda fase, que comienza poco después de dicha amnistía, debido a la negativa de algunos reductos guerrilleros e insurgentes a acogerse a dicha amnistía y el empeñamiento del general en erradicarlos, y termina con la caída de Rojas Pinilla en 1957.

La primera fase es quizá la más “representativa” de la Violencia. Fue, en primer lugar, cuando esta abarcó una gran cantidad de departamentos como Antioquia, los Santanderes, Bolívar, Caldas, así como en la región de los Llanos Orientales, cuyas guerrillas se volverían famosas; la mayoría de estos departamentos y regiones no seguirían presentando grandes niveles de violencia en la segunda fase, debido a que los alzados en armas se acogieron a la amnistía de Rojas Pinilla. (Tirado, 1989, p. 113) En segundo lugar, fue en esta primera etapa cuando la rivalidad liberal-conservadora alcanzó su punto más alto. Prácticas de tortura y muerte como el “corte de franela”, el “corte de corbata”, la “cabeza de mica”, el “picado de tamal”, el “aplanchamiento”, la violencia sexual, entre otras, se volvieron cotidianas, practicadas con un nivel de sevicia extremadamente alto.

Fue durante esta primera fase que surgieron diversos grupos armados de ambas orientaciones. Por el lado liberal, aparecieron guerrillas liberales por todo el interior del país, como respuesta tanto al asesinato de Gaitán como a la persecución conservadora que se desató poco después. Dichas guerrillas se formaron en regiones como Santander, Antioquia, el Tolima, el Huila y los Llanos Orientales, en donde operaban favorecidas por diversos factores como la simpatía casi fanática de los pobladores por el partido liberal, la complicada topografía y la falta de presencia del Estado en buena parte de ellas. (Valencia, 1992, pp. 176-181)

Por la parte conservadora, surgieron grupos como Los Pájaros, sicarios que operaron en el Valle del Cauca, Caldas, Tolima y Huila; (Guzmán et al, 1963, p. 169) la policía Chulavita, agentes de policía reclutados, en buena parte, de una vereda del mismo nombre en el municipio boyacense de Boavita, los cuales operaron en dicho departamento, Cundinamarca y el Tolima; (Sánchez y Meertens, 2006, p. 117) entre otros. Esta primera fase, a partir del 9 de abril, transcurre durante dos presidencias conservadoras: Mariano Ospina y, más notablemente, Laureano Gómez; durante la presidencia de este último, uno de los conservadores más intransigentes en ocupar la presidencia colombiana, la Violencia alcanzó sus grados más virulentos, en un clima influenciado por el radicalismo conservador del presidente,³⁰ quien propugnaba la exclusión total del liberalismo del poder. Los mencionados grupos armados conservadores surgieron y actuaron justamente durante su presidencia, gozando, virtualmente, de carta blanca y total impunidad para operar y cometer sus crímenes.

³⁰ No obstante, se debe tener en cuenta que entre mediados de 1951 y 1953 Laureano Gómez, incapacitado por problemas de salud, debió gobernar a través de Roberto Urdaneta.

En esta primera fase la Violencia fue más extendida: departamentos y regiones como los Santanderes, el Valle del Cauca, Cundinamarca, Boyacá, Tolima, Huila, el Eje Cafetero, Antioquia y los Llanos Orientales sufrieron azotes de violencia fortísimos. Se puede hablar incluso de ejes regionales de Violencia, en los cuales se pueden detectar patrones comunes. Como se mencionó antes, en Boyacá, Cundinamarca y, sobre todo, en el Tolima, actuó la “policía chulavita”. En los Llanos, aunque las capitales departamentales y los poblados ubicados en el pie de monte permanecieron bajo control del gobierno (aunque dicho control era inestable), transitar por tierra era casi imposible debido a la presencia guerrillera, que frecuentemente emboscaba a los destacamentos de la fuerza pública. (Valencia, 1992, pp. 176-177) En el Tolima, por su parte otro bastión liberal, hubo un período de violencia inicial que no fue tan fuerte como en otras regiones (como Santander [Henderson, 1985, p. 161]), pero la persecución por parte de agentes estatales y conservadores armados a los simpatizantes del liberalismo y del gaitanismo sembraría una semilla que, como se verá más adelante, daría sus frutos.³¹

El 13 de junio 1953 el comandante de las Fuerzas Militares de Colombia, general Gustavo Rojas Pinilla, dio un golpe de Estado, ampliamente secundado por la opinión pública debido a la profunda impopularidad del presidente Gómez (razón por la que dicho golpe recibió el mote de “golpe de opinión”) y asumió la presidencia del país. Su promesa de gobierno era lograr la paz, parar el enfrentamiento fratricida en el que estaba sumido el pueblo colombiano. Para ello, el general ofreció una amplia amnistía a los grupos armados, en especial a los alzados en armas contra el gobierno, los cuales, en su gran mayoría la acogieron de buen grado, especialmente las guerrillas liberales de los Llanos. Esta amnistía, que marca el fin de esa primera fase de Violencia, proveyó esperanzas plausibles de pacificar completamente a Colombia. El país parecía estar encaminado a una paz duradera.

Pero no todo resultó como se esperaba. Por un lado, muchas de las promesas del gobierno de Rojas a los desmovilizados no se cumplieron, y varios de ellos fueron asesinados, siendo el caso del líder guerrillero llanero Guadalupe Salcedo quizá el más notorio de todos. Por el otro, algunos grupos se habían rehusado a la amnistía de Rojas, especialmente los entonces minoritarios pero crecientes en fuerza grupos de orientación comunista y revolucionaria. Eso fue algo que el militar no estuvo dispuesto a tolerar, además de que el general también era un simpatizante del conservatismo y un firme anticomunista. Entre los grupos que rechazaron la amnistía estaban las guerrillas del Sumapaz, entre las cuales se encontraba la Autodefensa Campesina, grupo guerrillero formado por campesinos y colonos residentes en el municipio tolimense de Villarrica y áreas aledañas. Sus integrantes habían sufrido el rigor de la persecución política durante la primera fase de la Violencia. Además, el Sumapaz se había convertido en un área de fuerte influencia del Partido Comunista Colombiano. (Londoño, 2011, p. 500) El general Rojas ordenó reanudar la ofensiva

³¹ Pues hay que recordar que la policía fue conservatizada en su totalidad. (Henderson, 1985, p. 35)

militar contra estos reductos, que comenzaron a tomar cada vez más fuerza y radicalismo tanto en su empeño por defenderse de la ofensiva estatal como en las metas revolucionarias que se irían haciendo cada vez más claras.

La región del Sumapaz rápidamente se convirtió en un bastión del liberalismo gaitanista durante las campañas del caudillo popular. Tras el asesinato de este, debió sufrir como pocas regiones la brutalidad de la persecución conservadora, especialmente por la actuación de la “policía chulavita”, conocida por su sadismo hacia los liberales que caían en sus manos. Estos factores contribuyeron a una radicalización tanto de la población como de los movimientos armados que allí surgieron. El componente campesino y colono era el principal grupo demográfico de la región. Las luchas sociales por tierras, que databan allí desde por lo menos tiempos de la Guerra de los Mil Días, se convirtieron en otra fuerza que llevó a la agudización del conflicto.³² Los movimientos campesinos armados tuvieron una finalidad de autodefensa, pues su objetivo primordial era precisamente ese: defenderse de los abusos cometidos por agentes del Estado. No obstante, también se daban instancias de lucha guerrillera propiamente dicha, aunque, en un comienzo, no lo hacía toda la organización, sino escuadras constituidas con este fin, a las que denominaron *guerrillas rodadas*. (Londoño, 2011, p. 559)

La lucha se reanudó en noviembre de 1954, agudizándose al año siguiente en varias regiones, pero con especial intensidad en el Sumapaz. Dicho páramo fue objeto de una ofensiva militar por parte del Estado, así como testigo de una férrea resistencia por parte de los insurrectos. El gobierno de Rojas Pinilla declaró la región como “zona de operaciones militares” (Sánchez, 1989, p. 167) y envió allí una considerable cantidad de efectivos, entre ellos el Batallón Colombia, recién llegado de Corea. (April-Gnisset, 1991, p. 50) Al cabo de unos años de lucha, la Violencia amainó en el Sumapaz, la imagen del gobierno Rojas, que se montó al poder presentándose como la salvación, se fue deteriorando cada vez más debido a su creciente autoritarismo, demostrado en el control que intentó ejercer sobre la prensa, cerrando o multando aquellos periódicos que estaban asociados tanto al partido Liberal (pues hay que recordar que el general Rojas era simpatizante conservador) como a sus enemigos políticos dentro del conservatismo;³³ su enriquecimiento personal y el de su familia; los abusos de poder cometidos, como la masacre de estudiantes el 8 y 9 de junio de 1954 en Bogotá por soldados adscritos al Batallón Colombia, (Tirado, 1989, p. 114) así como la ocurrida

³² “En los años siguientes al tratado de Wisconsin, que puso fin a la Guerra de los Mil Días, se incrementó considerablemente la explotación de las haciendas cafeteras y se intensificó la apropiación privada y la colonización de baldíos, tanto en las tierras bajas como en las altas. Pero en lo que respecta al clima social se observa un marcado contraste: mientras en las haciendas cafeteras había relativa armonía entre patronos y trabajadores, en el Alto Sumapaz los colonos de San Bernardo y Cabrera afrontaban duros pleitos con los dueños de las haciendas Sumapaz y Alejandría.” (Londoño, 2011, p. 20)

³³ Los actos de censura más notorios fueron los cierres de tres periódicos: *El Tiempo* y *El Espectador*, ambos de orientación liberal, y *El Siglo*, de orientación conservadora y dirigido por Laureano Gómez, quien fue la víctima del golpe de Estado de Rojas. (Camacho, 2018, pp. 156-159)

en la Plaza de Toros “La Macarena” por la rechifla de la que fue objeto su hija. Además sus intenciones de perpetuarse en el poder despertaron el temor tanto de la élite como del pueblo; la primera poner al resto de las Fuerzas Militares de su parte para forzar al general a abandonar la presidencia en 1957. Tras un año de gobierno transicional presidido por una junta militar las élites de los partidos liberal y conservador pactaron alternarse el poder durante 16 años, en lo que se llamó el “Frente Nacional”. En 1958 volvieron a celebrarse elecciones y se desmovilizan nuevamente la mayoría de grupos alzados en armas, entre ellos los del Sumapaz, quedando únicamente cuadrillas de bandoleros que fueron gradualmente diezmadas por la fuerza pública y reductos guerrilleros que ya entrados los años 60 evolucionarían en las guerrillas de izquierda: las FARC y el ELN.

Como se mencionó anteriormente, la Violencia fue un fenómeno multidimensional. Aunque es cierto que los principales contendores en ella fueron los tradicionales partidos Liberal y Conservador, hay que tener en cuenta, primero, que ambos sufrían importantes escisiones. El partido Conservador, estaba dividido entre los seguidores de Mariano Ospina y los de Laureano Gómez, mientras el partido Liberal lo estaba entre el oficialismo, encabezado por Gabriel Turbay, y el gaitanismo. Los seguidores de Gaitán causaron la escisión más importante que tuvo el liberalismo durante la primera mitad del siglo XX y quizá en toda su historia, lo cual quedó demostrado en las elecciones parlamentarias de 1947, donde sus seguidores obtuvieron la mayoría de votos. (Reyes, 1989, p. 13) El discurso de Gaitán reivindicaba las esperanzas de los sectores socioeconómicos inferiores de la sociedad colombiana. Gaitán encabezaba el ala popular y de izquierda de ese partido, en contraposición a las élites que generalmente habían ocupado la cabeza del mismo. Como se explorará al estudiar la historia de Villarrica y la Violencia en ese municipio, esas etiquetas políticas y divergencias ideológicas serían clave en el transcurso tanto de la Violencia que se vivía en ese momento como de lo que sucedería en las décadas siguientes.

La segunda razón que hace compleja la Violencia es la multiplicidad de conflictos focalizados y la falta de una unidad o coordinación entre ellos, más allá del “espíritu” ideológico que pudieran seguir los simpatizantes de un bando. Si bien todas las violencias se enmarcaban dentro del conflicto liberal-conservador, cada una parecía tener sus particularidades dependiendo de la región. Para comenzar, había distintos actores no solo en nombre sino en método. Estaban los “aplanchadores” antioqueños, seguidores del conservatismo, los cuales, como su nombre lo indica, golpeaban con la parte plana de sus machetes a los simpatizantes liberales. Los “pájaros” del Valle del Cauca y la policía “Chulavita”, en la región central del país de los que ya se ha hablado. Por el lado liberal los actores más notorios eran, desde luego, las guerrillas, cuyos principales bastiones fueron los Llanos Orientales y el Tolima, especialmente el sur y el oriente de este departamento, aunque en este último punto cardinal del mismo el comunismo comenzaba a cooptar a los movimientos guerrilleros. Estas guerrillas se formaron, principalmente, con el fin de autodefensa, es decir, de proteger a las comunidades de los ataques de militantes conservadores y de las

autoridades, en complicidad la mayoría de las veces. No obstante, algunas de las guerrillas, principalmente las influenciadas por el comunismo, comenzaban a vislumbrar horizontes revolucionarios.

Había otras razones, además del fanatismo político (no siempre ciego, como se suele creer), para que el seguidor de un partido o ideología empuñara las armas. Como se mencionó antes algunos previamente habían sido víctimas de crímenes cometidos por los miembros de alguno de los bandos, por lo que es lógico pensar que quisieran vengarse; basta recordar el alias de uno de los más famosos guerrilleros: “Capitán Venganza”. Además, como en el caso de las guerrillas del Sumapaz, algunos grupos o partidos políticos, notablemente el Partido Comunista, habían fomentado su base de militantes desde hacía varios años, por lo que no era raro encontrar en ellos a combatientes motivados, imbuidos en la ideología. Basta ver la “escuela de cuadros” comunista que funcionaba en el municipio de Viotá. (Londoño, 2011, p. 543)

Hay que ver el papel que jugarían los militares veteranos de Corea en La Violencia, tanto antes como después de su participación en la guerra de Corea. Algunos de ellos ya estaban activos durante la misma combatiendo a los grupos armados antes de ser enviados a Corea. Gabriel Puyana fue trasladado a los Llanos Orientales, donde debió combatir a las guerrillas liberales, con un sentimiento de amargura y decepción, como él lo demuestra en su obra, puesto que no solo asesinaba compatriotas sino copartidarios. (Puyana, 1993, pp. 46-47)

El rol de estos militares se expande, desde luego, una vez regresan de Corea. El Batallón Colombia es desplegado a lo largo de las zonas en las que se estaba dando la Violencia, reiniciada tras un corto período de relativa calma una vez efectuada la amnistía promulgada por Rojas Pinilla. Algunas actuaciones se dieron de manera pacífica, como las entregas de los grupos guerrilleros dirigidos por Eduardo Franco Isaza, en Antioquia, y por Guadalupe Salcedo, en los Llanos orientales. Entregas que fueron posibles, de acuerdo con Valencia Tovar, gracias a la conducta transparente del Ejército. (Valencia, 1992, p. 205) Pero otras sí serían notorias por la aplicación de la violencia.

La Violencia destacó una importante y hasta cruel ironía: el Batallón Colombia fue a Corea enarbolando un discurso de libertad y democracia, defendiendo a un pueblo de una invasión que pretendía someterlo al régimen autoritario al cual actualmente está subyugado el pueblo norcoreano. Pero en Colombia esas libertades políticas dudosamente existían, pues los seguidores de un partido político perseguían y asesinaban a los del otro a lo largo del país. Además del desconocimiento del país asiático y de la guerra que libraba, el soldado colombiano difícilmente se sentía representado en el sistema político colombiano, por lo que mucho menos estaría dispuesto a defenderlo en una guerra, guerra que, además, poco o nada concernía a una Colombia sumida en su propia confrontación.

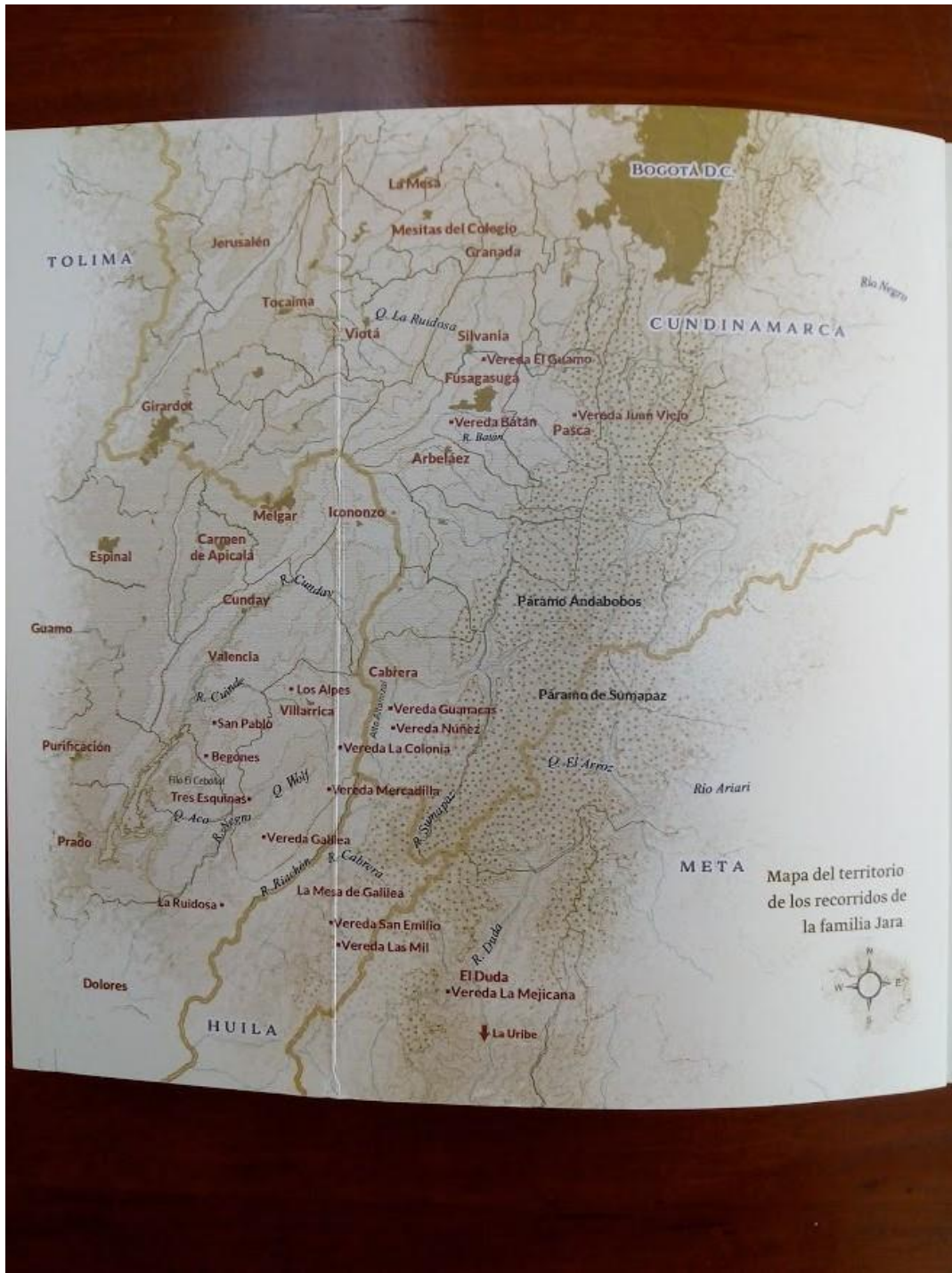
La Violencia en el Tolima y en el Sumapaz

El departamento del Tolima fue un epicentro nacional de La Violencia. No tanto por los niveles de sevicia y sadismo que se llegaron a alcanzar allá, sino por el significado socio-político y lo determinante históricamente que resultó para el país la violencia en ese departamento.

Hay que empezar reseñando brevemente las particularidades históricas, geográficas y humanas de ese departamento y de la región del Sumapaz; una población mayoritariamente campesina y afín al liberalismo. Un paisaje principalmente montañoso, pero también con grandes extensiones de tierra cultivada, principalmente, con café. El campesino promedio tolimense vivía en la pobreza, trabajando como jornalero a cambio de una módica suma (dos pesos en 1946). (Henderson, 1985, p. 124)

El páramo de Sumapaz se encuentra adyacente a una zona, comprendida entre el Meta y el Tolima, en la cual se emprendió un proyecto de colonización campesina durante la primera mitad del siglo XX. Durante dicho fenómeno migratorio se fundó el municipio de Villarrica. No era una zona de fácil acceso, por lo que se constituyó en un excelente refugio para individuos y organizaciones que huían del y/o resistían al ataque del Estado. El Sumapaz era una región de colonos: su poblamiento se desarrolló principalmente entre finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX, siendo, por tanto, la mayoría de sus primeros habitantes gente procedente de los municipios tolimenses, cundinamarqueses y boyacenses aledaños a la región. Se puede decir que para la década de los 50 no habría más de tres generaciones en una misma familia que llevase viviendo en el Sumapaz. (Londoño, 2011, p. 17) Paralelamente al crecimiento demográfico de la región, se desarrollaban importantes luchas sociales, que giraban, como era habitual en un país agrario y latifundista, en torno a la tenencia de la tierra. (Londoño, 2011, p. 20)

Jorge Eliécer Gaitán ganó rápidamente el afecto de la población tanto tolimense como del Sumapaz, por lo que, cuando fue asesinado, los disturbios allá se sintieron con bastante fuerza a finales de la década de los 40: párrocos y reconocidos políticos e incluso ciudadanos comunes conservadores fueron atacados y varios asesinados. El Tolima fue uno de los departamentos que con mayor dureza sufrió la respuesta estatal ante el levantamiento provocado por los sucesos del 9 de abril de 1948. Tanto agentes del Estado como para-estatales, entre ellos la “policía chulavita”, entraron a la región a cometer actos de violencia que no dejaron a la población local otra opción que optar por la autodefensa armada. Las actuaciones de las autoridades y grupos armados conservadores dejaron una gran cantidad de víctimas, sembrando así la semilla tanto para actores violentos que actuarían de modo criminal en represalia, los llamados “bandoleros”, como para actores armados que operarían motivados tanto por defenderse de los ataques estatales como por razones de convicción política. Muchas veces ambas razones iban entremezcladas, como lo demuestra la Autodefensa Campesina.



Mapa del oriente del Tolima y el Páramo del Sumapaz. (Jara, 2017, imagen al verso de la carátula)

El Tolima no fue el departamento más violento tras el asesinato de Gaitán. Durante la primera fase de La Violencia, su población, específicamente aquella que era simpatizante del liberalismo y del gaitanismo, jugaría el papel de víctima de la represión estatal y la violencia conservadora. Miles de familias campesinas debieron dejar sus hogares y tierras para trasladarse a zonas urbanas o municipales más seguras, en las que

vivirían en la pobreza cuando no en la miseria y la indigencia, pero al menos conservarían sus vidas. Otras optaron por internarse en el monte, buscando, en primer lugar, desaparecer de los ojos de los agentes del Estado y de los conservadores fanáticos que las acosaban y, en segundo lugar, una mejor posición para resistir.

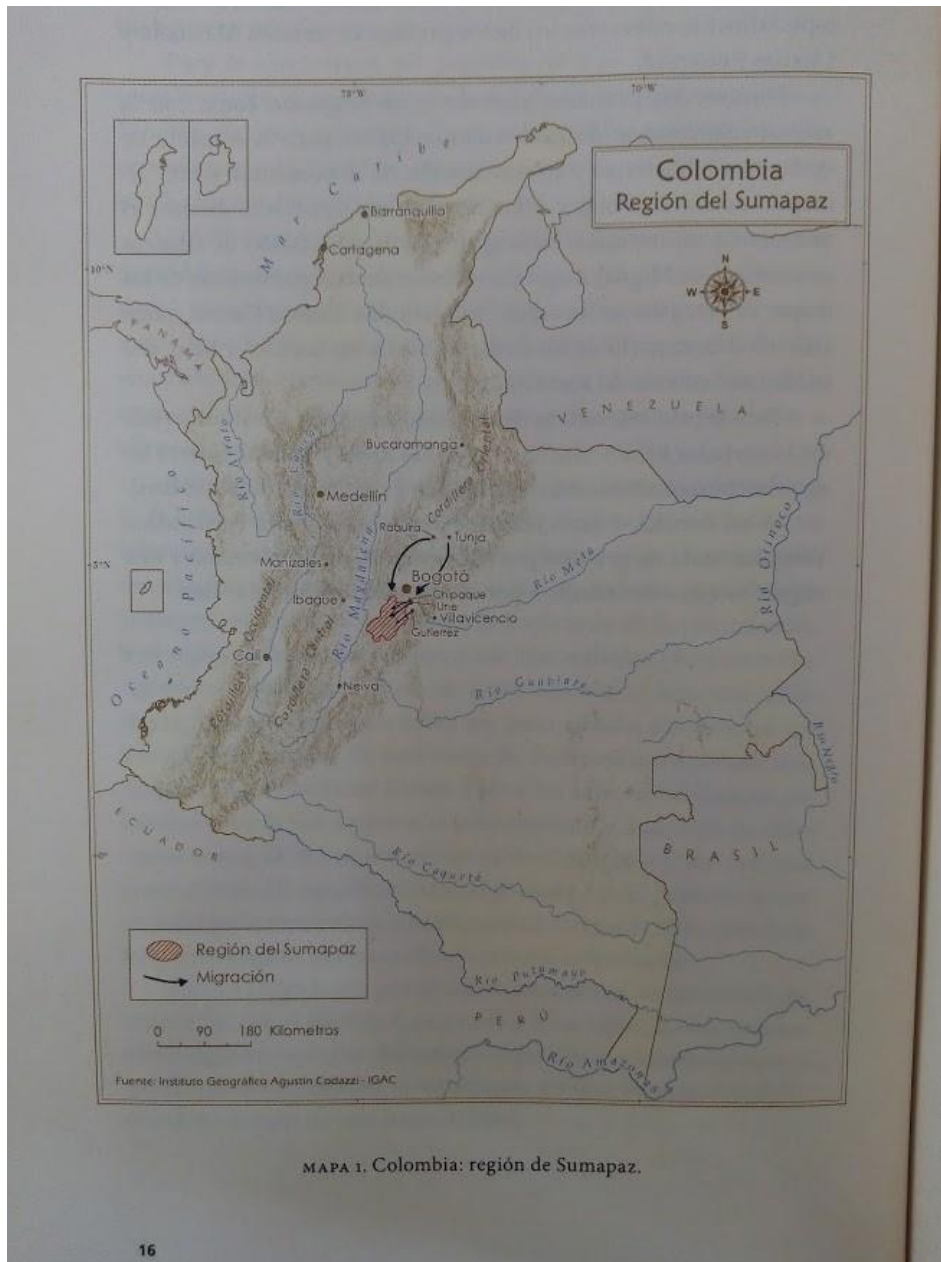
Poco después de que el general Rojas Pinilla asumió la presidencia de Colombia, el Tolima se convirtió en el epicentro de la segunda fase de La Violencia en Colombia, junto con Caldas y partes del Valle del Cauca, Cauca y el Huila, pues la mayoría de las confrontaciones y actos violentos por razones políticas ocurrieron en ese eje regional, pero sobre todo en los municipios de Villarrica, Carmen de Apicalá, Icononzo, Cunday, Pandi, Cabrera y todo el Sumapaz. (Guzmán et al, 1963, pp. 102-103)

Rojas Pinilla desató una ofensiva militar sin precedentes en la historia colombiana hacia el páramo de Sumapaz. Dicha ofensiva se concentró con mayor fuerza en una zona tolimense que recorría varios municipios ubicados cerca al límite departamental entre Tolima, Cundinamarca y Meta, especialmente Villarrica, cuya cabecera municipal fue ocupada por las Fuerzas Militares y las zonas aledañas sufrieron el grueso de la lucha. Lo primero que debe destacarse de dicha ofensiva fueron los métodos militares (y represivos) utilizados durante ella, muchos traídos justamente de la experiencia del Batallón Colombia en la guerra de Corea. Fue esa no solo la primera aplicación a gran escala del aprendizaje militar del Batallón Colombia en Corea en el conflicto local, sino la primera vez que, en el contexto de la Violencia, se aplicó la teoría militar de forma profesional, debidamente, sin injerencia de autoridades civiles, para las operaciones militares. Para llevar a cabo las operaciones militares en el Sumapaz, se emplearon tropas debidamente comandadas y organizadas, con empleo táctico que obedecía a un plan bien concebido, siendo este flexible en conveniencia a las circunstancias y con abastecimientos que respondían a criterios logísticos. (Valencia, 1992, p. 251)

Lo segundo por destacar es la respuesta: lejos de amilanarse, los campesinos y militantes liberales y comunistas refugiados en el Sumapaz, convertido en zona de operaciones militares, resistieron activamente al Ejército, en una defensa que parecía poco viable por un grupo de campesinos apenas armados.

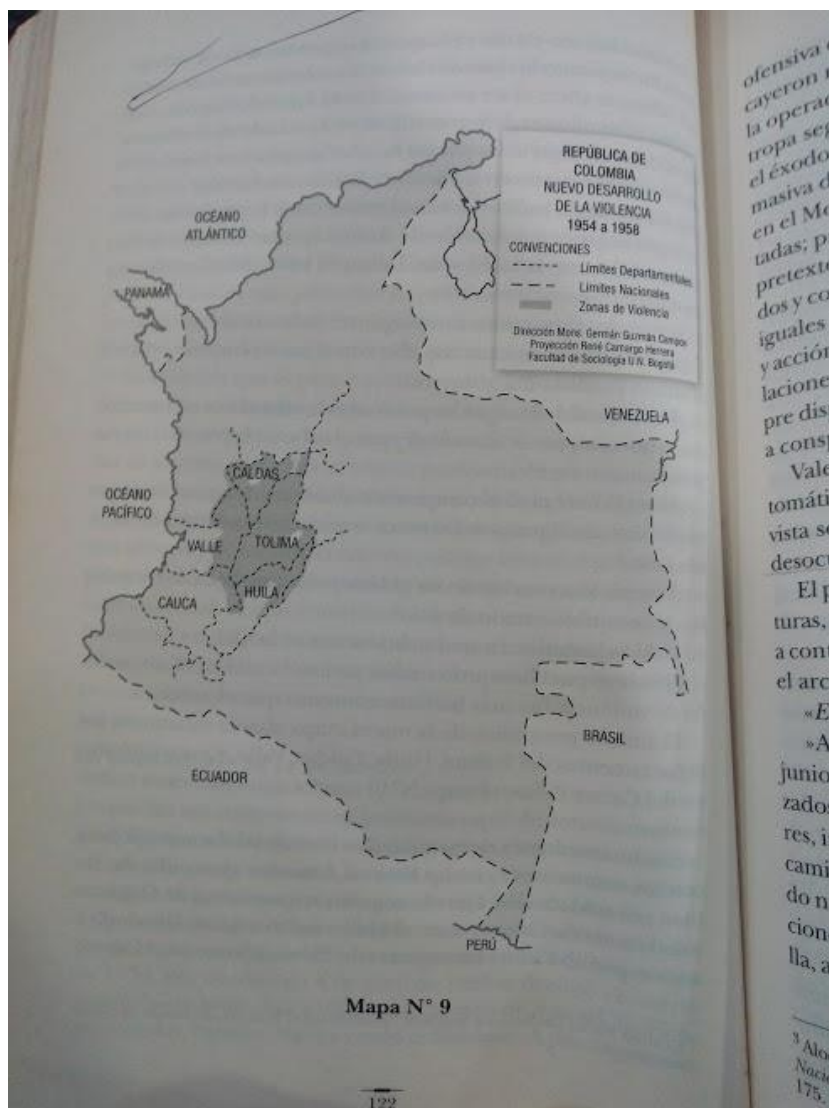
De las atrocidades y actos de sadismo que se documentaron durante la Violencia, una buena parte de ellos ocurrió precisamente en el departamento del Tolima, sobre todo en aquella parte del departamento que colinda con el páramo del Sumapaz; muchos de esos actos ocurrieron durante la segunda fase de la misma. Del mismo modo, pasó a convertirse, si no en el principal, en uno de los principales focos de actividad bandolera, principalmente durante la segunda fase de La Violencia, en menor medida, durante algunos años una vez concluida esta.

La región del Páramo de Sumapaz, especialmente la porción del mismo dentro del territorio tolimense, se convirtió en el principal foco de resistencia antigubernamental durante el gobierno del general Rojas Pinilla. Fue allí donde se conformó la “Autodefensa Campesina”, una organización armada, compuesta por



Mapa que muestra las migraciones hacia el Sumapaz procedentes de Boyacá. (Londoño, 2011, p. 16)

pobladores de la zona, de orientación liberal y, en menor medida, pero crecientemente influyentes, comunista, su objetivo era precisamente defenderse de la ofensiva del Estado y los ataques de los conservadores hacia los habitantes de la región. Varios de ellos no eran oriundos de allí, sino que habían escapado al páramo para salvar sus vidas y después organizar su defensa. El Sumapaz fue una de las principales zonas en las cuales el Partido Comunista Colombiano realizó su trabajo de bases, es decir, difundir su doctrina, su ideología y su proyecto revolucionario entre la población que componía su base social, obreros y campesinos, siendo estos, desde luego, la gran mayoría. Su población se nutría de comunistas procedentes de otros municipios y regiones que también habían sido objeto de trabajo de bases



Mapa de la segunda fase de la Violencia, la cual se desarrolló principalmente en Caldas y el Tolima.

(Guzmán et al, 1963, p. 122)

del partido Comunista, como El Líbano, en el Tolima, así como de la persecución conservadora y oficialista. Todas las regiones en las que dicho partido hacía su labor de difusión eran zonas, en principio, liberales, por lo que terminaron por coexistir los partidarios de ambas ideologías y, en el caso del comunismo, recibiendo adeptos procedentes de la otra. Esta coexistencia, no obstante, no fue pacífica siempre, pues se generó una división entre liberales “limpios”, es decir aquellos que se mantenían fieles a los preceptos del Partido Liberal colombiano, y los liberales “sucios” o “comunes”, aquellos que fueron adoptando, cuando no el comunismo, por lo menos visiones del liberalismo más orientadas hacia la izquierda. (Londoño, 2011, p. 575)

El Sumapaz se convirtió en la piedra en el zapato del gobierno de Rojas Pinilla, pues fue el reducto de aquellos guerrilleros y militantes armados que el general no pudo erradicar, aun a pesar del acoso militar al

que los sometió. El problema de orden público en el páramo, junto con otros incidentes violentos, como la masacre de estudiantes en la carrera séptima y la de la plaza de toros, ambas sucedidas en Bogotá, fueron factores que minaron su prestigio hasta acabar con su gobierno. Los guerrilleros del Sumapaz se desmovilizaron con una segunda amnistía promulgada por el primer gobierno del Frente Nacional, el de Alberto Lleras Camargo.

Historia y Violencia en Villarrica

Durante el período de la Violencia, en el Tolima y el Sumapaz hubo un pequeño municipio que se destacó por la intensidad con la que esta se desarrolló: Villarrica. Este municipio fue golpeado por la Violencia justo después del asesinato de Gaitán, pero fue en 1955 cuando intervino el Batallón Colombia, aplicando el aprendizaje militar obtenido en la guerra de Corea. (Londoño, 2011, p. 528) A diferencia de lo acontecido en otras partes del país, donde el choque fue entre partidarios liberales y conservadores en su mayoría civiles (si bien con la participación de agentes del Estado en el bando conservador), el enfrentamiento en Villarrica fue entre agentes del Estado en su papel de tales y los militantes liberales y comunistas que componían la Autodefensa Campesina.

La historia de Villarrica se remonta hasta la época de la Guerra de los Mil Días. Pocos años después de concluida esta, varios veteranos de la misma partieron hacia el páramo del Sumapaz a colonizar la tierra disponible en la región.³⁴ Décadas más tarde, con un decreto que estableció colonias agrícolas en zonas donde se estuvieran emprendiendo proyectos de poblamiento y explotación de la tierra, la cual era adjudicada a los colonos a partir de una extensión de 20 hectáreas, se dio reconocimiento oficial a la fundación de una nueva colonia campesina. (Jara, 2017, p. 18) En un comienzo llamada Andalucía, un pequeño caserío, era parte de un proyecto que implicaba adentrarse en territorios despoblados, vírgenes e inhóspitos, razón por la cual pocos se atrevían a emprenderlo. Con el paso de los años el asentamiento fue creciendo, al igual que su actividad económica basada principalmente en el cultivo de café. Hacia 1949 se haría oficial el cambio de nombre: Andalucía pasó a llamarse Villarrica.

La población era, como en la mayoría del departamento del Tolima, de orientación liberal. Al igual que el grueso de las bases sociales del partido, en su mayoría la población campesina y obrera, rápidamente tomó simpatía por la figura de Jorge Eliécer Gaitán una vez este empezó sus campañas políticas, en especial aquellas en las aspiraba a la presidencia. Si bien la Violencia en realidad había comenzado antes del magnicidio del caudillo, no hay registros sobre confrontaciones violentas por razones políticas en Villarrica hasta antes del mismo.

³⁴ “Los colonos establecidos en Cabrera, muchos de ellos oriundos de lugares cercanos como Une y Gutiérrez, habían descubierto esas tierras durante la Guerra de los Mil Días, cuando eran “soldados” del general liberal Urías Romero. Finalizada la guerra, regresaron a ellas como arrendatarios de la hacienda Sumapaz.” (Londoño, 2011, p. 20)

La economía del municipio de Villarrica fue, como en el grueso del Tolima y de Colombia, de base agraria. Esta giraba principalmente en torno al cultivo de café; en las regiones aledañas había abundantes cafetales desde mediados del siglo XIX. (Henderson, 1985, p. 65)

El desarrollo de Villarrica se interrumpió bruscamente tras el asesinato de Gaitán, pues buena parte de la población villarricense, al igual que la de los municipios aledaños, fue víctima de esa primera ola de violencia, ocurrida entre el día del asesinato de Gaitán y la llegada de Rojas Pinilla al poder. Durante esa primera ola algunos villarricenses y habitantes del Sumapaz se desplazaron hacia otros municipios o las capitales departamentales, mientras otros optaron por la resistencia. Fue por eso que aparecieron grupos armados al sur y al oriente del Tolima, (Henderson, 1985, p. 188) entre ellos la Autodefensa Campesina: un grupo de campesinos, previamente víctimas de la Violencia, que optaron por tomar las armas y defender su territorio, bienes y familias de los ataques de militantes conservadores y luego de las autoridades mismas.

En el caso particular de Villarrica, el municipio sufrió tres olas de Violencia. Una primera en 1948, justo tras la muerte de Gaitán. Desde 1949 estaban actuando los agentes armados conservadores, estatales y no estatales, y las guerrillas liberales en Villarrica. (April-Gnisset, 1991, p. 141) Luego se dió una breve tregua que permitió a los campesinos volver temporalmente a sus tierras. Pero la tregua no duró mucho y estalló la segunda ola de violencia en 1952, (April Gnisset, 1991, p. 38) repitiendo los actos de violencia de la primera, así como los enfrentamientos entre los campesinos liberales armados y los “chulos”, como llamaban despectivamente a los conservadores y agentes del Estado. (Guzmán et al, 1963, p. 217) La tercera fase, el enfrentamiento entre la Autodefensa Campesina y el ejército, será contada y analizada en el siguiente capítulo.

4) De Corea a Villarrica

Tras la llegada de Rojas Pinilla al poder en 1953, la situación parecía mejor para Villarrica, al igual que para el resto del país. El municipio vivió ese corto período de calma que siguió a la amnistía de los grupos armados (notablemente las guerrillas del Llano). No obstante, el movimiento guerrillero en el Tolima, fuertemente penetrado por el pensamiento comunista, no creyó en las promesas de paz de Rojas Pinilla. Desde su punto de vista, la llegada del general al poder no representaba ningún cambio de fondo en la forma de gobernar y las implicaciones que esta tenía para con el pueblo. (April-Gnisset, 1991, p. 19)

Villarrica era miembro de ese cordón de municipios compuesto por Cabrera, Cunday, Icononzo, Tres Esquinas, Los Alpes, las veredas La Colonia, Mercadilla y Galilea y Arbeláez, este último ubicado dentro del departamento de Cundinamarca³⁵ que conformaba la zona de dominio de la Autodefensa Campesina. Por lo tanto, fue una de esas poblaciones “rebeldes” ante el mandato del general. El alto oficial militar no estaba dispuesto a tolerar que se desafiara su poder, especialmente después de haber concedido ya una amnistía. Hay que recordar el vehemente anticomunismo del general Rojas Pinilla, que proscribió al Partido Comunista Colombiano. Dada la situación política y de orden público, el general decidió enviar al Ejército a ocupar la cabecera municipal de Villarrica, que se convirtió en la base de operaciones del contingente militar asignado a combatir a la Autodefensa Campesina. Inmediatamente se ocupó el municipio, el 4 de abril de 1955, el Ejército impuso una serie de medidas restrictivas sobre la población civil, tales como el toque de queda, la limitación del tránsito, prohibición a la venta de bebidas alcohólicas, entre otras. (Londoño, 2011, p. 532) El 13 de abril, se ordenó la evacuación de la cabecera municipal, (Prada, 2017, p. 45) añadiendo este a otro desplazamiento obligatorio hecho por el gobierno en el mes de marzo del mismo año, con el objetivo de despejar los municipios de Cunday, Berlín y Villarrica, epicentros de operaciones militares en el Sumapaz. (Londoño, 2011, p. 533)

El envío del Ejército tuvo dos particularidades que deben tomarse en cuenta, especialmente durante el análisis del conflicto. Primero, se trataba del Ejército recién reformado tras la guerra de Corea, que trajo un importante aprendizaje militar que abarcó casi todas las áreas. Dicho conocimiento fue incorporado a la institución, transformándola en forma decisiva. Segundo, el propio Batallón Colombia fue desplegado en Villarrica, muy seguramente debido a su experiencia en la guerra, (April-Gnisset, 1991, p. 224) pues en ese momento el municipio tolimense, junto a los demás que se encuentran al oriente del páramo de Sumapaz, se habían convertido en el principal reducto guerrillero colombiano, por lo tanto, en uno de los principales problemas para el gobierno de Rojas Pinilla. Así comenzó a escribirse un segundo y oscuro capítulo de La Violencia en Colombia, y, para Villarrica, un tercer capítulo de la misma.

³⁵ Ver la imagen del mapa del Sumapaz en la página 51.

Dentro de la Autodefensa Campesina

Vale la pena observar más de cerca el movimiento de Autodefensa Campesina de Villarrica. Ya se mencionó la historia de desplazamiento y persecución política que llevó a los campesinos villarricenses a tomar las armas, y se dijo que fueron uno de los grupos que no se acogieron a la amnistía de Rojas Pinilla. Su estructura era similar a la de un ejército: se usaban rangos militares, de hecho, los mismos del Ejército de Colombia, (April-Gnisset, 1991, p. 54) lo cual habla del carácter que perseguía la Autodefensa Campesina. Pese a limitarse a lo que su nombre indica, Autodefensa, se estaba persiguiendo, en la medida de lo posible, crear una organización militar en todo el sentido de la palabra, pues solo así se tendría oportunidad de enfrentar a la fuerza pública. Había cabecillas encargados de la dirección tanto militar como política (en esto sí se diferencia claramente de un ejército regular, cuya dirección está sujeta a las autoridades políticas del Estado). Otros encargados de la instrucción tanto militar como ideológica de los reclutas, así como un sistema logístico, si bien precario y frágil, dependiente del apoyo con el que contarán entre la población civil y de la severidad de las dificultades que esta debía sortear para poder abastecer a la Autodefensa Campesina.

Ya se habló de las personas que la componían: campesinos conocedores del terreno, endurecidos por la vida campestre y varios de ellos reservistas del Ejército Nacional de Colombia. Los combatientes eran todos varones mayores de edad en condiciones físicas aptas para el combate. A quienes no habían pasado por las filas militares se les brindaba una instrucción militar. (April-Gnisset, 1991, p. 70) Las mujeres, ancianos y niños se encargaron de las tareas logísticas y de apoyo, tales como lavar ropa, cocinar o servir de mensajeros entre los diferentes puestos y el comando guerrillero. (Jara, 2017, p. 70)

También vale la pena examinar el factor moral, la motivación que tenían los militantes de la Autodefensa Campesina para combatir. A pesar de la instrucción política y militar que se brindaba a los cuadros guerrilleros, la causa de la lucha era más el bienestar propio y la protección personal y de los allegados contra la persecución y los vejámenes de la fuerza pública. No había realmente, en el nivel más personal, una convicción o si quiera claridad acerca del objetivo político perseguido. (April-Gnisset, 1991, p. 141) En primer lugar, no solo ellos sino sus familias corrían peligro de ser víctimas de los vejámenes de los agentes estatales y conservadores, cuando no lo habían sido ya, y, en segundo lugar, estaban defendiendo su tierra, algo que sentían como suyo. Pocas motivaciones son tan fuertes en un combatiente como la de defender la tierra y la comunidad cercana a la cual están ligados; el combatiente de la Autodefensa Campesina veía amenazadas ambas. En contraste, un soldado del Ejército de Colombia se encontraba en la región combatiendo a la Autodefensa Campesina sencillamente porque era la orden que recibía, era su deber como militar: para ello pertenecía al Ejército. Tanto el soldado como el guerrillero obedecen, desde luego, a sus mandos políticos, pero, en el caso del conflicto en Villarrica, se puede decir que el guerrillero sentía más

cercana la causa por la que luchaba, más propia. No obstante, tampoco se puede descartar el papel de la venganza en ello: al haber sido víctimas los campesinos guerrilleros o sus familias de múltiples vejámenes, tales como encarcelamientos arbitrarios, abuso sexual a las mujeres y, desde luego, el homicidio a los campesinos seguidores del liberalismo, el deseo de venganza era profundo, lo cual, desde luego, les proveía una motivación adicional para empuñar las armas.³⁶

Aunque la población del Sumapaz era de orientación principalmente liberal, en la Autodefensa Campesina, a diferencia de muchas otras guerrillas, se volvió muy influyente el pensamiento comunista y revolucionario. Entre los cabecillas del movimiento se encontraban importantes dirigentes comunistas, como Juan de la Cruz Varela o “Richard”, destacados líderes campesinos que tenían años de experiencia al frente de los conflictos sociales en el Sumapaz. A través de ellos y otros dirigentes agrarios el Partido Comunista Colombiano venía haciendo proselitismo político dirigido a los sectores inferiores de la sociedad, es decir, los que son la columna vertebral del aparato económico. En las mentes de campesinos y obreros se buscaba inculcar la ideología comunista y la motivación revolucionaria, aprovechando el clima de tensión social que se vivía en la región. De esta forma el Partido Comunista pretendía contar con ellos para la construcción y/o el avance de su proyecto político, por cualquier medio, pues hay que recordar que la revolución contempla “todas las formas de lucha”, tanto a través de las armas como a través de la política.

Pese a la insemnación del germen revolucionario, el nombre del movimiento dice claramente cuál era, en principio, la orientación final del mismo: autodefensa. Lo era al menos durante el período en que los guerrilleros defendieron “La cortina”, una barrera de posiciones que comenzaba en Villarrica, pasaba por Cabrera, Cunday, Icononzo hasta casi llegar a Viotá, en Cundinamarca. En la “cortina” los puestos se ubicaron a una distancia lo suficientemente cercana como para comunicarse a viva voz y se apostaban guerrilleros como centinelas que daban aviso a sus compañeros ubicados en las otras posiciones en caso de que iniciara un enfrentamiento contra el Ejército. (Jara, 2017, p. 70) Se trataba, metafóricamente hablando, de una cortina que debía proteger el campamento donde se encontraban las familias de los guerrilleros y que nunca debía ser atravesada por el Ejército, de ahí su nombre.

Aunque, tras la caída de la misma, la Autodefensa Campesina sí abandonó la lucha de posiciones y adoptó la estrategia guerrillera, (April-Gnisset, 1991, p. 221) la organización campesina armada seguía teniendo como objetivo primordial proteger a los miembros de la misma y a la comunidad cercana a ellos de la persecución de agentes conservadores y oficialistas que habían padecido a lo largo de varios años. No tenía como proyecto, entonces, llevar a cabo una revolución propiamente dicha, a pesar de recibir sus

³⁶ “En ese tiempo el deseo de los compañeros que procedían en defensa del Partido Liberal y de los campesinos, o de sus propias vidas, no era sino por quitarse al enemigo, pensando que, matando a ese godo, se salía la violencia, se castigaba, se castigaba la picardía.” (April-Gnisset, 1991, p. 64)

miembros el adoctrinamiento ideológico revolucionario. Al menos no planeó acciones destinadas a llevar a cabo tal revolución. Mientras estuvo activa la Autodefensa Campesina solo realizó acciones de carácter limitado contra la fuerza pública, destinadas a defenderse a sí misma y a los pobladores de la persecución estatal y conservadora, sin atreverse a ir más allá. Durante el tiempo que duró la “cortina” no se tiene registro de algún tipo de acción ofensiva que haya emprendido la organización guerrillera.

Acá puede surgir otra pregunta interesante: ¿por qué en un grupo cuyo objetivo era estrictamente defensivo y ello dentro de un marco muy delimitado, se estaba implantando el pensamiento revolucionario, que necesariamente requiere de una acción agresiva, de ataque, para cumplir su objetivo? La primera respuesta es obvia: el Partido Comunista llevaba tiempo trabajando con la población campesina del Sumapaz, a fin de hacerla partícipe en su causa. Pero también hay otra en la que podría pensarse: que el Partido Comunista Colombiano estaba aprovechando no solo la situación de Villarrica y el Sumapaz, para el caso específico de esa región, sino la coyuntura nacional para comenzar a promover el proyecto revolucionario a través de la diseminación de la ideología y el reclutamiento de una base militante, solo como un prolongado, quizá indefinido, primer paso de una revolución.³⁷ Se puede decir que había una relación, aunque difusa, “actor dominante-actor subordinado”, con cierta similitud a la que hubo entre los ejércitos estadounidense y colombiano durante la guerra de Corea, entre el Partido Comunista Colombiano y la Autodefensa Campesina: aquel, a través de las directrices políticas y militares, a través, principalmente, de la llamada “escuela de cuadros” en Viotá, (Londoño, 2011, pp. 500-501) moldeaba a la Autodefensa Campesina. La razón por la que dicha relación es difusa es porque la Autodefensa Campesina ni surgió por orden o plan del Partido Comunista, ni todos sus miembros profesaban tal ideología. Si bien hay una diferencia clave entre esta relación y la que tuvo el Batallón Colombia con el ejército estadounidense –pues el Partido Comunista Colombiano era eso: un partido político, no una organización armada-, se podría decir que, al ser el actor dominante de la relación, dictaba las pautas al actor que, en cierta medida, le era subordinado, en este caso, la Autodefensa Campesina.

[Las Fuerzas Militares de Colombia contra la Autodefensa Campesina: desarrollo del conflicto en Villarrica](#)

Aunque la Autodefensa Campesina se había fundado durante la presidencia de Mariano Ospina para hacer frente a los ataques de los agentes del Estado y conservadores armados, (April-Gnisset, 1991, p. 141) fue en los enfrentamientos de 1955 cuando afrontó su mayor prueba, especialmente en los meses de mayo y junio. Una vez que el Ejército ocupó la cabecera municipal de Villarrica, el gobierno del general Rojas

³⁷ Otra posible respuesta se puede encontrar en la ya mencionada tesis de grado González Schroeder. Siguiendo el análisis hecho allí al proceso de transformación que sufrió el Batallón Colombia, y luego el Ejército, a partir de su participación en la guerra de Corea.

ordenó a la población evacuar el casco urbano del municipio y militarizó la zona. Tan pronto se cumplieron esas dos órdenes comenzaron los ataques hacia los montes donde se encontraba el campamento guerrillero. La estrategia de los mismos, puramente defensiva, giró en torno a mantener “La Cortina”.

Los primeros aviones que sobrevolaron el campamento guerrillero, en 1953, pocos días después del golpe del general Rojas, lo hicieron arrojando volantes de propaganda del gobierno del general Rojas,³⁸ invitando a los guerrilleros a la rendición. (April-Gnisset, 1991, p.66) Pero debido a la negativa de la Autodefensa Campesina a entregar las armas, fundamentada tanto en principios ideológicos como en el temor a que el gobierno incumpliera las promesas de garantías a excombatientes, no tardó en regresar la violencia a la región. Hacia 1955 comenzaron nuevamente los bombardeos y ametrallamientos por parte de la Fuerza Aérea Colombiana. Eran acompañados, en no pocas ocasiones, con disparos hechos por los tanques apostados en la plaza municipal de Villarrica, la artillería³⁹ y los morteros, para finalmente enviar destacamentos de infantería a atacar “La Cortina”. Durante los primeros enfrentamientos, dichos destacamentos acababan siempre replegándose ante la cantidad de bajas que les causaba la Autodefensa Campesina, debido a que ésta ocupaba una posición alta, desde la cual dominaban el terreno. Aunque hubo algunas ocasiones en las que el Ejército llegó a quitarles posiciones a los guerrilleros, estos solían recuperarlas rápidamente. De acuerdo con los relatos de los supervivientes, las bajas del ejército eran varias veces superiores a las de las guerrillas. No obstante, al cabo de un tiempo, el Ejército logró adaptarse a la forma de lucha que le dictaba la Autodefensa Campesina e inclinar la balanza de la contienda a su favor, como lo demostraron los enfrentamientos ocurridos en Cabrera y los del 8 y 9 de junio de 1955. También hay que anotar que los bombardeos, aunque dejaban daños estructurales graves y tenían un gran impacto psicológico sobre los guerrilleros, sus familias y acompañantes, rara vez llegaban a causar bajas en las filas de la Autodefensa, (aunque sí causaron numerosas bajas civiles) por lo que, militarmente, no eran muy efectivos. (Jara, 2017, pp. 82-89)

A pesar de la superioridad técnica (el entrenamiento y empleo de tácticas militares) y material del Ejército, los resultados de las operaciones en Villarrica no parecían ser los deseados. La “cortina” resistió, inicialmente, los embates del Ejército. Uno de los primeros combates una vez establecida la “cortina” dejó un saldo de más de 30 soldados muertos juntos y sus armas capturadas por la Autodefensa. (Jara, 2017, p. 76) Conforme pasaban los meses, por un lado, la guerrilla se iba haciendo a mejor armamento, que le capturaban al Ejército, pues inicialmente contaba con escopetas de fisto y armas hechiza fabricadas

³⁸ Una lección aprendida en la guerra de Corea: el uso de la propaganda.

³⁹ Sobre la presencia de esta arma en Villarrica se puede dudar, dado que no hay registros de presencia de lo que propiamente se conoce como “artillería”, es decir, cañones fijos de largo alcance. Al parecer por “artillería” los campesinos y guerrilleros se referían en realidad tanto a los morteros, arma de infantería, como a los cañones principales de los blindados, que si bien tienen una potencia y alcance considerables, no son armas consideradas como de artillería propiamente.

artesanalmente. (Jara, 2017, p. 71) También aprendían el arte de la guerra en la práctica: sofisticaban sus tácticas conforme transcurría la contienda y se habituaban a la cotidianidad de la guerra. Uno de los testimonios recopilados en la *Crónica* menciona una ocasión en la que los militantes de la Autodefensa, fingiendo un repliegue, atrajeron a tropas del Batallón Colombia a un puente, el cual, a ambos costados, era dominado por alturas. Al llegar allá, los guerrilleros emboscaron a dichas tropas, tanto desde las alturas como desde los extremos del puente, causándoles una gran cantidad de bajas tanto por el fuego como por los que se ahogaron al arrojar al río intentando escapar. (April-Gnisset, 1991, pp. 224, 225)

No obstante, las cosas comenzaron a complicarse para la Autodefensa Campesina. Por un lado, el Ejército se retroalimentó de la experiencia de los primeros combates. Las primeras operaciones contra la guerrilla fueron hechas a partir de lineamientos de operativos regulares, dándole demasiada visibilidad a las tropas atacantes y haciéndoles perder factor sorpresa, fundamental en las operaciones contra grupos irregulares, que se caracterizan justamente por ser escurridizos. Esa forma de operar que utilizó inicialmente el Ejército en Villarrica, propia de la guerra regular, la demostró la siguiente acción del batallón *Tigre*:

“Para mejor comprensión de la solidez de las autodefensas y del tipo de combate que fue preciso desarrollar, se ha escogido entre las múltiples acciones la que mejor refleja ambos aspectos: el ataque al cerro de La Mercadilla, en las afueras de la evacuada población de Villarrica. Consideró el comandante del Batallón *Tigre*, mayor Abraham Varón Valencia, que una Compañía sería suficiente para tomar la altura. Era necesario pasar el río Cuinde Negro, más bien quebradón de taludes de abruptos pero corriente vadeable, defendida por fortificaciones bien construidas. La primera aproximación constituyó un serio revés, traducido en 16 muertos propios y pérdida de algún material.” (Valencia, 1992, p. 253)

La Autodefensa Campesina logró crear improvisados pero resistentes fortines en el terreno, similares incluso a los que enfrentó el Batallón Colombia en Corea. (Valencia, 1992, p. 251) Se reorganizaron cuatro batallones de infantería, usando como modelo la organización del Batallón Colombia en Corea, salvo por algunas armas pesadas que se les quitaron por considerarlas innecesarias para las operaciones. (Valencia, 1992, p. 271) Se comenzó a proceder usando el sigilo y una mayor cautela para sorprender a los militantes de la Autodefensa en sus posiciones. Dos operativos se destacaron: el asalto al cerro de La Mercadilla y la Operación Galilea, que resultaron en éxito para el Ejército, pero esta última también fueron atacados civiles, específicamente familias campesinas conservadoras que portaban fusiles que el propio Ejército les había suministrado tiempo atrás, con fines de defensa propia. (Valencia, 1992, p. 255)

Por su parte, la falta de abastecimientos en cuanto a alimentación, medicinas, vestimenta y otro tipo de enseres básicos para la subsistencia comenzó a afectar severamente a la Autodefensa Campesina. Su forma de hacerse a suministros no estaba garantizada, pues como se mencionó antes, las mujeres y niños debían bajar al pueblo y pasar entre el cerco establecido por las autoridades para llevar dichas provisiones al

campamento, lo cual las arriesgaba a exponerse al Ejército. Ocasionalmente se hacían con los suministros que arrojaban, sin mucha precisión, los aviones militares a sus tropas. (April-Gnisset, 1991, p. 224)

La situación empeoró para la organización guerrillera. El 8 y 9 de junio, sufrieron muchas bajas en intensos combates contra el Ejército, que finalmente logró romper la “cortina”. Ante esta adversa situación, el alto mando de la Autodefensa Campesina tomó la decisión de evacuar el campamento. Se hizo salir primero a mujeres y niños, después ancianos y finalmente los combatientes. La guerrilla y la comunidad iniciaron un largo éxodo a través de las trochas y selvas adyacentes al páramo del Sumapaz, acosados por la fuerza pública y por los “chulos”, conservadores armados, hasta llegar a diferentes municipios en el departamento de Cundinamarca, como Cota, Fusagasugá o Girardot. Allí debieron permanecer hasta la caída del gobierno del general Rojas, pues solo iniciado el Frente Nacional tuvieron los villarricenses garantías para poder regresar su tierra natal. (Jara, 2017, p. 314)

Análisis del conflicto en Villarrica

¿Qué tanto de lo aprendido por el Batallón Colombia durante su campaña en Corea se ve aplicado en los combates de Villarrica? ¿Cómo se aplica? ¿Qué efectos tiene en el desarrollo de dicho conflicto, tanto en los sucesos inmediatamente posteriores como en los años siguientes? ¿La aplicación de estas lecciones y transformaciones tuvo alguna influencia en el resultado final de los acontecimientos de la llamada “guerra de Villarrica”? ¿O hubo otros factores que ayudaron a determinar dicho resultado?

Para abrir el análisis hay que hacer una definición de la naturaleza del conflicto bélico en Villarrica durante 1955. Por “naturaleza del conflicto” se hace referencia a las características propias de un conflicto que permiten clasificarlo y estudiarlo; considerando las causas políticas, económicas y sociales del conflicto; entendiendo a ambos bandos tanto en su esfera política como militar; estudiando sus estrategias y finalmente abordando el plano táctico, el peldaño más bajo en la guerra.

El conflicto de Villarrica se caracterizó, en primer lugar, por ser asimétrico. Es decir, por una gran diferencia de medios y de poder militar entre sus dos contendores. No hace falta explicar la diferencia de poder entre las Fuerzas Militares de Colombia (apoyadas, además, por la Policía y por civiles armados) y la Autodefensa Campesina. En cuanto a si se trató de un conflicto regular o irregular, se le puede atribuir características de ambos tipos de conflicto. Regular, en el sentido de que, en un principio, la Autodefensa Campesina optó por una guerra de posiciones; es decir, establecer emplazamientos que debían resistir ataques a toda costa, los cuales al comienzo, mantuvieron con éxito. Pero la Autodefensa Campesina también empleaba métodos que podrían considerarse “irregulares”, es decir, no comúnmente empleados por ejércitos convencionales. Comenzando por el armamento improvisado, como escopetas de cápsula, fisto y los llamados “catalicones”, cañones improvisados, fabricados con tubos de PVC de unas tres o cuatro pulgadas de ancho y rellenos de pólvora junto con cualquier elemento que pudiera servir como proyectil,

como fragmentos de vidrio, clavos, etc., que amarraban a los troncos de los árboles y apuntaban hacia la dirección por la cual estimaban pasaría la tropa. (April-Gnisset, 1991, p. 274) Cuando les era posible, empleaban armamento convencional, principalmente el que era capturado al Ejército, así como el que era contrabandeado, al parecer, desde México. (Valencia, 1992, p. 254)

No obstante, la Autodefensa Campesina también intentaba modelarse con base en las organizaciones militares regulares: prueba de ello es que adoptaran rangos militares y los dieran a sus miembros, (April-Gnisset, 1991, p. 155) así como la instrucción militar, que corría a cargo de los colonos que eran reservistas del Ejército colombiano. (April-Gnisset, 1991, p. 267)

El Ejército tenía dos particularidades que deben tenerse en cuenta. Primera, se trataba del Ejército recién reformado tras la guerra de Corea, que trajo un importante aprendizaje militar que abarcó casi todas las áreas. Dicho conocimiento fue incorporado a la institución, transformándola en forma decisiva. Segunda, el propio Batallón Colombia fue desplegado en Villarrica debido a su experiencia en la guerra, pues en ese momento el municipio tolimense y los demás que se encuentran al oriente del páramo de Sumapaz se habían convertido en el principal reducto guerrillero colombiano.

En cuanto a la Autodefensa Campesina, aunque sus propios miembros se denominaron “guerrilleros”, esta organización no siempre empleó la guerra de guerrilla móvil. Durante el tiempo que duró la “cortina” su estrategia fue la de mantener a toda costa una posición, algo no muy típico en los grupos armados de este tipo, que apuestan precisamente por la movilidad en sacrificio del control territorial, a fin de preservar el recurso humano que poseen (minimizar las bajas). La Autodefensa Campesina no realizó ningún tipo de ataque u acción ofensiva durante el tiempo que duró la “cortina”, sólo se limitó a defender sus posiciones. No obstante, hay que tener en cuenta que sí se crearon escuadras móviles de combatientes, que fueron las guerrillas rodadas. (Londoño, 2011, 552) Dentro de la Autodefensa Campesina se debatía acerca de la forma de lucha: si se debía mantener la guerra de posiciones o si se debía hacer la transición hacia la guerrilla móvil. Las circunstancias obligaron a tomar la segunda decisión. (Londoño, 2011, p. 550)

No por el hecho de que la Autodefensa Campesina haya planteado, por un breve período de tiempo, una lucha de posiciones se puede afirmar que el conflicto en Villarrica fuera un conflicto regular en el sentido de la palabra. En primer lugar, porque la asimetría de poder y medios era enorme. Estamos hablando de un ejército regular en toda regla como lo era y sigue siéndolo el Ejército de Colombia. Es decir, que se estructuraba como toda organización militar estándar: rangos, armamento estandarizado, distintas armas de combate (infantería, caballería, artillería, etc.) y, lo más importante, el apoyo logístico de un Estado, de un aparato productor nacional con cuyos dineros se importaba el equipamiento necesario para sus operaciones. La Autodefensa Campesina, en contraste, solo contaba con las armas artesanales fabricadas por los campesinos, escopetas de fisto y cápsula usadas para cazar animales salvajes en la zona, el armamento y munición que lograran capturar de los miembros abatidos de la fuerza pública y lo que podían obtener de

los traficantes de armas, que les suministraron, entre otras, fusiles mexicanos. De hecho, hay fuentes que indican la presencia en América de una red continental de contrabando de armas procedente de los países del bloque comunista, que tenía uno de sus puntos precisamente en México. Si se les da credibilidad, hay una gran probabilidad de que parte de las armas empleadas tanto por la Autodefensa Campesina como por otros actores armados hubiera entrado al país por cuenta de esa red de contrabando. (Quintero, 1955, folios 2-3)

El Ejército que hizo frente a la Autodefensa Campesina de Villarrica no era el mismo del 9 de abril de 1948 y los dos años inmediatamente posteriores, que era enviado a combatir a los numerosos y dispares grupos armados liberales que proliferaban por todo el país. Ese “Ejército de antes de Corea” se enfrentó a un problema de orden público, primero, sin una directriz política clara, con la misión de reestablecer dicho orden sin tener un marco definido al cual ceñirse a la hora de actuar.⁴⁰ Además de haber recibido una renovación, una actualización, en lo referente a la organización y operación militar, producto de su participación en la campaña de Corea de la mano del ejército de Estados Unidos, su fortaleza institucional interna se había hecho más grande. Se había purgado en gran medida de las influencias partidistas en su interior, así como de la injerencia de autoridades civiles. De ahí que en los combates de Villarrica ya se emplearan unidades orgánicas, tales como escuadras, secciones, pelotones, en lugar de contingentes formados con un número de soldados escogido arbitrariamente. (Valencia, 1992, p. 263)

Tanto de las fuentes, es decir, los testimonios y las memorias de los protagonistas del evento, como de las investigaciones que se han realizado al respecto, se pueden sacar dos explicaciones del resultado final. De acuerdo con un veterano de la Autodefensa Campesina, esta fue derrotada no por un ataque, es decir, no sufrió una derrota en el campo de batalla, sino debido al desgaste que estaba sufriendo, al encontrarse cercada, sin posibilidad de recibir abastecimientos de alimentación, medicina y refuerzos. No obstante, en otras fuentes e investigaciones⁴¹ se da cuenta de la dureza que significaron los combates del 8 y 9 de junio de 1955 para la Autodefensa Campesina, en los cuales sufrieron una gran cantidad de bajas y perdieron muchas de las posiciones de la “cortina. En vista de la situación en la que quedó la organización tras esos combates, además del problema de los suministros, cuya escasez era cada vez mayor, el alto mando de la guerrilla decidió evacuar el campamento. Dichos combates, pese a lo que pueda afirmar aquel veterano de la Autodefensa, significaron una derrota en el campo en toda regla para la Autodefensa Campesina. Por

⁴⁰ “La misión de *reestablecer el orden* era demasiado vacua, demasiado ambigua, dejaba demasiado espacio para la interpretación del ejecutante. La desgastada fórmula, *actúe con la mayor prudencia pero con la máxima energía*, más que instrucción presentaba un dilema, del que se podía salir mal parado por lo uno o por lo otro, según el desenlace de una situación.” (Valencia, 1992, p. 139)

⁴¹ Como las memorias de Jaime Jara y de Valencia Tovar, así como en los trabajos que se han realizado al respecto, como las de Rocío Londoño y Sara Prada. (Londoño, 2011, p. 551) (Prada, 2017, pp. 64-65)

tanto, la segunda explicación es la que debe tomarse como cierta, si bien no se desconoce que el desgaste jugó un papel fundamental en la decisión de repliegue de la guerrilla campesina.

Para entender el conflicto en Villarrica, y cómo en él fueron aplicados los cambios que tuvo el Ejército a partir de su experiencia en la guerra de Corea, es necesario detallar la dinámica que se daba durante esos enfrentamientos, tanto por parte del Ejército como por parte de la Autodefensa. El énfasis estará puesto, principalmente, en el primero, pues hay que recordar que el objeto de estudio de la presente tesis son los cambios que la institución tuvo a partir de Corea, su aplicación por primera vez y cómo esto marca un punto de partida en el conflicto colombiano.

Para empezar por el plano más alto, el político, el gobierno del general Rojas Pinilla declaró la ley marcial en el Sumapaz (y, por consiguiente, en Villarrica), así como también declaró a la región como “zona de operaciones militares”. Inmediatamente después de esta decisión del Ejecutivo, el Ejército llegó a la cabecera municipal de Villarrica, trayendo consigo un aproximado de 9000 efectivos, incluyendo a varios veteranos de la guerra de Corea. (Prada, 2017, pp. 41-42) Como primera medida ordenó a la población civil evacuar la cabecera municipal de Villarrica, con el doble objetivo de utilizarla como base de información y de controlarla para dificultarle la actividad a quienes, dentro de ella, eran parte de la Autodefensa Campesina o le prestaban apoyo. Como segunda medida El Ejército estableció un cerco sobre la zona, controlando estrictamente el flujo de personas y bienes en la región, para así dificultarle el aprovisionamiento a la guerrilla. Además, llevó apoyo de blindados y aviación; los primeros estacionados en la cabecera municipal, para abrir fuego desde ahí contra las posiciones de la Autodefensa Campesina. Esta se encontró, entonces, con el acceso a la cabecera municipal bloqueado.

El haber llevado un aparato militar tan amplio para lidiar con un grupo de guerrilleros que apenas sí podían proveerse de armas personales e insumos básicos denotó una mayor previsión por parte de los altos mandos militares. A pesar de lo que pudiera sugerir Álvaro Valencia Tovar al afirmar que se estaba subestimando “la dimensión real” que había adquirido la Autodefensa Campesina, (Valencia, 1992, p. 251) sí se le estaba dando una gran importancia al núcleo revolucionario que se había gestado en aquel pueblo tolimense. ¿Qué quiso decir entonces Valencia Tovar cuando habló de que se “subestimó” a la Autodefensa Campesina? Probablemente que se pensó que un grupo de campesinos que difícilmente podían conseguir alimentos, ropa y pólvora para sus armas hechizas podía hacerle frente el poderío de un ejército, con posibilidades considerables de éxito.

La dinámica de los enfrentamientos no cambió mucho: repetidos intentos por parte de la fuerza pública de penetrar la “cortina”, rechazados por la Autodefensa durante las primeras ocasiones. Las tropas del Ejército lograron arrebatarle posiciones a la Autodefensa pero esta logró recuperarlas. El Ejército comenzó a obtener mejores resultados en los combates, hasta que el 9 de junio le propinó a la Autodefensa Campesina un golpe del que esta no pudo reponerse, o eligió no hacerlo, es decir, recuperar la posición, porque ya se

había tomado la decisión de evacuar el campamento en vista de lo acuciantes que se habían vuelto las circunstancias. En esta ocasión, la ofensiva fue más fuerte y la guerrilla se encontraba muy debilitada. Salir al enfrentamiento una vez más habría significado su aniquilación. Por ello su mando tomó la decisión de salir de la zona.

Como se ha demostrado en múltiples ejemplos de la historia, como las guerras anglo-boer, la guerra de invierno entre Finlandia y la Unión Soviética o los movimientos partisanos en los países ocupados por Alemania y sus aliados durante la Segunda Guerra Mundial, es muy común que grupos armados pequeños le hagan pasar dificultades tremendas a adversarios mucho más poderosos, e incluso los hayan derrotado. Generalmente, lo han logrado a través de la flexibilidad de maniobra y una hábil navegación en el territorio, así como de evitar enfrentamientos directos masivos en los que tendrían que jugarse una gran parte o todo el personal de combate, pues este tipo de situaciones los expondría a una derrota aplastante que podría acabar con el movimiento. Pero esa flexibilidad y maniobrabilidad no la utilizó la Autodefensa Campesina, cuya estrategia, en líneas generales, fue resistir en una misma posición (conformada, a su vez, por varias posiciones más pequeñas) hasta morir en esta. Cada miembro de la Autodefensa debía mantener a toda costa la posición que le había sido designada. (April-Gniset, 1991, p. 86)

Las lecciones de Corea aplicadas en el campo local

Hay que ver detalladamente cómo operó el Ejército en Villarrica. En este punto del análisis es donde viene una pregunta clave: ¿cuáles lecciones de Corea aplicó el Ejército en Villarrica? A juzgar por lo que se puede hallar en el diario de Jaime Jara (quien era apenas un niño cuando sucedió lo que escribió allí), en los testimonios de los supervivientes entrevistados por Jacques April Gniset y en las memorias del entonces mayor Álvaro Valencia Tovar, se aplicaron principalmente aspectos operativos que tomó el Ejército colombiano de la guerra de Corea.

El uso de aviación fue frecuente durante los enfrentamientos en Villarrica: la Fuerza Aérea ametrallaba y bombardeaba frecuentemente las posiciones y el campamento de la Autodefensa Campesina. Ruiz Novoa había tenido en cuenta la importancia del arma aérea en las operaciones de guerra contemporánea, con el fin de ablandar las posiciones enemigas antes del asalto por tierra. No obstante, los bombardeos aéreos, si bien acabaron con las vidas de numerosos civiles que acompañaban a los guerrilleros, estos últimos rara vez caían heridos o muertos por los mismos.

Considerando además el hecho de que había una presencia civil considerable en el campamento y suponiendo que la inteligencia militar se hubiera enterado y le hubiera informado al Ejército al respecto sobre la presencia de no-combatientes en el mismo, podría decirse que esos bombardeos cumplían también una función de castigo y amedrentamiento, es decir, de guerra psicológica, concepto también aprendido por el Batallón Colombia tras su participación en la guerra de Corea (si bien lo contado respecto a ella por

quienes participaron en la contienda no menciona el ataque a civiles como parte de la guerra psicológica, sino más bien la propaganda y la invitación a la desertión). Lo primero sí se realizó, pero hacia 1953, cuando el general Rojas Pinilla llevaba poco tiempo de estar en el poder: pasaban aviones militares arrojando volantes invitando a los campesinos armados a desmovilizarse. (April-Gnisset, 1991, p. 66)

Aunque no fue posible hallar mayores indicios al respecto, pareció haberse hecho uso de la inteligencia militar en Villarrica, concepto que, como se mencionó antes, era prácticamente inexistente en Colombia antes de la guerra de Corea. Valencia Tovar interrogó, por medio de una charla amigable, a una campesina familiar de los guerrilleros y de ello dedujo la forma del terreno y las posiciones de la guerrilla, información que le fue útil para planear y ejecutar el asalto. (Valencia, 1992, p. 260) No obstante, debido a la cantidad de denuncias de abuso, cabe dudar acerca de si este método de interrogatorio fue empleado de manera general por los militares. La respuesta más probable es que no. No hay en las fuentes confirmación con respecto a interrogatorios hechos con tortura, pero eso no elimina la posibilidad de que hayan sucedido.

Como lo dejan ver los testimonios de los villarricenses y colonos⁴², las relaciones entre la población local y las autoridades no estaban precisamente en los mejores términos, pues las detenciones, que se realizaban en muchas ocasiones con el fin de extraer información a los detenidos, solían ser arbitrarias y estar llenas de actos de abuso. Se denunciaron violaciones, torturas y ejecuciones extrajudiciales por parte del Ejército contra civiles y miembros capturados de la Autodefensa Campesina. Estos abusos no se daban solo para extraer información: según lo que cuentan varios villarricenses, también era una forma de amedrentarlos por su orientación política. Los atropellos no eran recientes y, siguiendo las denuncias y los testimonios, eran sistemáticos.⁴³ Esto, junto a los bombardeos a la población civil que se encontraba en el campamento y posteriormente en la columna del éxodo de Villarrica, se convirtió en uno de los puntos más espinosos sobre este tema.

Los enfrentamientos entre las tropas del Ejército de Colombia y los combatientes de la Autodefensa Campesina solían saldarse, durante los primeros choques, a favor de la última. Esto obedeció a varios factores, siendo el principal de ellos el mejor conocimiento del terreno por parte de los guerrilleros, pues habían nacido o habían vivido por mucho tiempo en la zona. No hace falta ser un experto militar para saber que el conocimiento del terreno es un factor fundamental a la hora de tomar decisiones en la guerra. El

⁴² Solo un caso como referencia: en enero de 1955 se denunció, con carta enviada al presidente de la república, la persecución de campesinos acusados de ser comunistas (hay que recordar que el Partido Comunista Colombiano fue proscrito por Rojas Pinilla), así como el asesinato y tortura de trabajadores y presos políticos; además de la actuación de los llamados “pájaros azules” en el municipio de Cabrera, en complicidad con las autoridades según la denuncia. En ese momento, el alcalde de Villarrica era un militar, el capitán Lombana. (Poveda et al, 1955, folios 1-3)

⁴³ “En Cabrera hicieron una matanza grande, mejor dicho, una masacre en masa, con gente recogida en el páramo, tanto hombres como mujeres. Los llevaron a un sitio que se llama Matefique. Allí los hicieron excavar un hoyo grande. Luego empezaron a matarlos y a echarlos a ese hoyo. Creo que eran 27 personas las que enterraron allí.” (April-Gnisset, 1991, p. 49)

personal del Ejército, por veterano que fuera,⁴⁴ no contaba con el mismo conocimiento. Por eso era frecuente que tomaran caminos que los llevaban a emboscadas o los ponían en posiciones desventajosas durante los combates.

La otra ventaja táctica con la que contaba la Autodefensa Campesina era el dominio de una posición alta del terreno. Esto les otorgaba, en primer lugar, un amplio ángulo de visión, que les permitía saber con suficiente antelación cuando se aproximaba algún contingente militar y, por tanto, prepararse para repelerlo. En segundo lugar, atacar hacia arriba es, desde luego, más complicado que hacia abajo, en especial si se busca avanzar. Un soldado ascendiendo una pendiente se agota y su rendimiento disminuye, lo cual supone una ventaja para el defensor. Además, la Autodefensa había preparado trincheras en sus posiciones, lo que maximizaba su ventaja durante los enfrentamientos, pues contaban con una cobertura establecida, mientras un soldado tendría que buscarla en los árboles, piedras o desniveles del terreno. Era frecuente la búsqueda de rutas alternas por parte del Ejército para asaltar las posiciones de la Autodefensa Campesina, pero esto no siempre tenía resultado, como lo demostró el combate en el que el Batallón Colombia cayó en una emboscada.

En una ocasión, previa a los combates del 8 y 9 de junio, por los lados de Cabrera, el Ejército logró romper la “cortina” y arrebatar las posiciones de la Autodefensa Campesina que se encontraban en inmediaciones de ese municipio. Se trató de un asalto que empleó más tropas de lo habitual, además de tomar a la Autodefensa antes de que esta iniciara la evacuación, es decir, cuando ya la organización campesina se encontraba exhausta y desabastecida por haber combatido durante meses contra la fuerza pública. A medida que el tiempo pasaba el Ejército se fue adaptando a la forma de lucha que le planteaba la Autodefensa Campesina, organizando sus contingentes de tal forma que pudieran operar con la versatilidad requerida. Se organizaron cuatro batallones de infantería, el *Tigre*, el *Rifles*, el *Cazadores* y el *Nueva Granada* a imagen y semejanza del Batallón Colombia cuando operó en Corea, con la diferencia de que se les quitaron ciertas armas que restringían su movilidad, para hacerlos más ágiles para el tipo de lucha que planteaba una organización irregular como la Autodefensa Campesina. (Valencia, 1992, p. 271)

Al igual que en Corea, el conflicto de Villarrica fue un conflicto principalmente de infantería. Los enfrentamientos se produjeron exclusivamente entre esta. Las bajas que sufrió la Autodefensa las ocasionaron principalmente las tropas de a pie del Ejército, pues de acuerdo con los propios guerrilleros, tanto los disparos de tanque como los ataques aéreos no eran muy efectivos. Fueron los infantes los que llevaron el peso de la lucha. Eran quienes componían los destacamentos que patrullaban la región recolectando información, así como los contingentes que asaltaban las posiciones de la Autodefensa. En

⁴⁴ Pues había veteranos de Corea en sus filas, además de contar con el mismo Batallón Colombia, si bien muy seguramente para este punto el personal veterano de Corea ya había sido reemplazado por reclutas más fresco.

cuanto a esta última no hace falta destacar la importancia de su “infantería”, pues esto era lo único que la componía: combatientes de a pie.

Debido a lo limitados que fueron los destacamentos de soldados enviados a atacar las posiciones de la Autodefensa, se podría pensar como que el Ejército colombiano estaba operando por medio de ataques a objetivo limitado, de la misma forma como operó en Corea. Se enviaba destacamentos de tropas a las posiciones de la “cortina” para atacarlas, con los ya mencionados resultados. A ello hay que sumarle que el Ejército disponía de superioridad numérica, refuerzos que podían llegar con regularidad a la zona cuando era requerido, sin mencionar su alianza con agentes armados ilegalmente, mientras la Autodefensa era una organización que no solo no tenía repercusiones más allá de lo local, sino que además se encontraba cercada, por lo que le era imposible contar con hombres extra para reforzarse.

Como lo mencionó Valencia Tovar, durante los combates de Villarrica se hizo uso, por primera vez, del Ejército de manera profesional en La Violencia. Durante el primer período de esta, no solamente eran patentes las deficiencias de operación y doctrina, sino la debilidad institucional. Lo primero significa que se estaban empleando tácticas obsoletas, que databan de tiempos de la Primera Guerra Mundial; (Puyana, 1993, p. 200) además, que el enemigo no era el mismo de las contiendas internacionales. También desapareció el problema de la injerencia que ejercían las autoridades civiles sobre las decisiones tomadas por las Fuerzas Militares en lo concerniente a las operaciones, al punto de que dichas autoridades ordenaban, por ejemplo, enviar destacamentos con un número de personal asignado arbitrariamente por ellos (diez, veinte o los hombres que dispusieran), en lugar de enviar unidades orgánicas: escuadras, secciones, pelotones, etc. (Puyana, 1992, p. 139)

También debe señalarse que, pese a provenir de una guerra regular, el Ejército supo adaptarse a las tácticas guerrilleras empleadas por la Autodefensa Campesina. O ésta optó neciamente por mantener una guerra de posición sabiendo que no podrían resistirla durante mucho tiempo. Pasar de emplear operativos regulares, abriendo fuego anticipadamente y delatando su avance, a emplear acercamientos sigilosos a los objetivos, así como contingentes de infantería que se movían y combatían con formaciones de campo más flexibles,⁴⁵ que les permitía seguirle el ritmo a una organización armada irregular como lo era la Autodefensa Campesina. Si bien el uso del sigilo y la sorpresa no es algo exclusivo de una guerra irregular, son factores cuya importancia se magnifica en este tipo de conflicto armado.

Durante el conflicto en Villarrica se hizo uso de manera organizada y profesional del Ejército. Al decir “organizada y profesional” se quiere decir que el Ejército operó bajo los lineamientos militares,

⁴⁵ Un ejemplo del cambio en el modus operando del Ejército fue el ataque al campamento de la Autodefensa que protagonizó Valencia Tovar, tras interrogar amablemente a aquella campesina. Aunque, debido al resbalón de un soldado, se perdió la sorpresa a último minuto, el asalto culminó con éxito. (Valencia, 1992, p. 261)

independientemente de los abusos que pudiese haber cometido durante el transcurso de dichas operaciones. Que la institución operase profesional y autónomamente, empleando procedimientos modernos y adecuados y sin injerencia de autoridades civiles salvo el presidente y ministro de guerra (en aquel entonces recibía esa denominación el actual Ministro de Defensa) es lo que, en teoría, debe suceder siempre en un ejército, pero, como se vio anteriormente, no sucedía así en el caso del Ejército colombiano. Pero, en últimas el fortalecimiento institucional que supuso el aprendizaje del Batallón Colombia en Corea fue un gran paso para un entonces descuidado y atrasado Ejército de Colombia.

El Ejército colombiano y sus unidades que operaron en el conflicto en Villarrica hicieron uso, en la medida de lo posible, del aprendizaje en la guerra de Corea. Desde el uso regular y rutinario de la aviación militar, hasta el empleo del patrullaje y las técnicas de recolección de información (si bien en esto último hubo excesos). Lo mismo pasó en el empleo de unidades orgánicas debidamente constituidas. Aunque es algo que todo Ejército debe, en teoría, aplicar por defecto en las operaciones militares, en Colombia solo se hizo durante la Violencia cuando se comprendió su importancia en la guerra de Corea; ello debido a que una unidad orgánica trae consigo los elementos necesarios para su operación: diversos tipos de armas, puestos de mando y cargos dentro de la misma dependiendo tanto del tamaño de la unidad como de su función.

Pese a que su más reciente experiencia bélica, hasta el momento, había sido en una guerra regular, el Ejército de Colombia supo adaptarse a las tácticas irregulares que le planteó la Autodefensa Campesina. Desde luego, la asimetría de poder jugó un papel fundamental. En una guerra de posiciones era lógico que el Ejército, por mero concepto de superioridad material y numérica, iba a alzarse vencedor. En aquella época, la mentalidad militar promedio era todavía la de la guerra regular, la de ejércitos constituidos de forma regular: con armamento no solo de infantería sino de blindados, artillería, aviación, servicio logístico dependiente del aparato productor nacional más las importaciones realizadas por el Estado. Era un mundo recién salido de la segunda guerra mundial y, más recientemente, de la guerra de Corea, también otro conflicto regular, si bien inconcluso políticamente hasta el día de hoy. Es posible que la mentalidad de la guerra regular fuera también la de los mandos de la Autodefensa Campesina, debido no solo al contexto histórico sino a que varios de sus integrantes habían pasado previamente por las filas militares colombianas (April-Gnisset, 1991, p. 48) y emulaban, en tanto les fuera posible, tanto la estructura como la forma de lucha de una organización regular.

No obstante, ya comenzaba a contemplarse la guerra irregular. En 1954 los franceses sufrieron el descalabro de Dien Bien Phu. Una catástrofe que otros ejércitos, incluyendo el colombiano, que dedicó un artículo al respecto en la Revista Militar, observaron con asombro, quizá incluso con miedo. Dien Bien Phu fue un precedente sombrío para los ejércitos regulares de los países capitalistas: una organización más débil

no solo numérica sino materialmente, además de no estar, en algunos casos,⁴⁶ apoyada por Estado alguno y, en el caso particular de las guerrillas comunistas, defensoras de una ideología opuesta al sistema imperante, al que desafiaban, y que protegía a los ejércitos, podía hacerle frente y derrotarla. No en vano el título del mencionado artículo fue “Las sangrientas lecciones de Indochina”.

En los años que siguieron sucedieron en el mundo varios conflictos de carácter irregular y asimétrico con variados resultados. Muchos países, principalmente los del llamado “tercer mundo”, vivieron la década de los 50 entre revoluciones, golpes militares, guerras civiles, entre otros conflictos. (Hobsbawm, 1998, p. 433) En 1959 triunfó la revolución cubana. Una guerrilla que suponía solo, en materia de números y armamento, una fracción del ejército cubano logró derrotar a este último y sacar del poder al general Fulgencio Batista, dictador que gobernó más de una década. Como ejemplos similares más recientes está la independencia de Angola y la revolución sandinista en Nicaragua. Allí las guerrillas obtuvieron el triunfo total, en el plano militar y político.

En la segunda mitad del siglo XX la guerra de guerrillas se volvió la forma más común de llevar a cabo una revolución, o de intentarlo. (Hobsbawm, 1998, p. 436) El caso de Argelia es ilustrativo: el grupo insurgente Frente Nacional de Liberación, guerrilla que luchaba contra el poder colonial francés por una Argelia independiente, fue derrotado militarmente, pero logró su mayor victoria y su objetivo principal: la independencia de su país, pues la posición francesa en Argelia, al igual que en sus demás colonias, se hizo cada vez más difícil de sostener en el contexto global de la descolonización.

El caso vietnamita, que es quizá el precedente histórico más referenciado en cuanto a la guerra de guerrillas y su triunfo, es en realidad algo más complejo, si bien con cierta cercanía al caso argelino. Fue una de las pocas ocasiones, en la Guerra Fría, en la que los Estados Unidos se involucraron a gran escala en el conflicto.⁴⁷ (Hobsbawm, 1998, pg. 435) Militarmente, las fuerzas armadas estadounidenses tenían la superioridad y solían imponerse en los combates, desde las escaramuzas más pequeñas hasta las operaciones a gran escala. De estas, destaca la ofensiva del Tet: un gran ataque hecho por los norvietnamitas y el Viet Cong, recién comenzando el año de 1968. Militarmente fue un gran fracaso para los comunistas, pero obtuvieron una victoria propagandística, al lograr que la guerra se volviera aún más impopular en los Estados Unidos de lo que ya era. Eso inclinó las fuerzas políticas del país norteamericano a proyectar y realizar la salida de sus fuerzas militares del país asiático. En 1975 el ejército norvietnamita entró en Saigón,

⁴⁶ Como, por ejemplo, el M-26 de Cuba, que llevó a Fidel Castro al poder.

⁴⁷ Hobsbawm menciona la guerra de Corea como la otra ocasión en la que los Estados Unidos ingresaron a gran escala en un conflicto armado durante la Guerra Fría. (Hobsbawm, 1998, p. 435)

alzándose con la victoria. En este caso, hay un statu quo en el plano militar, favorable a un bando, pero la victoria la terminó obteniendo, si bien por medios políticos, el bando que luchó al estilo guerrillero.⁴⁸

Mientras tanto ¿cómo fue la dinámica de los conflictos irregulares en Colombia? Entre el campesinado de ese país siempre ha existido una fuerte base de apoyo para la lucha guerrillera, lo que ayudó a que, a diferencia de otros países latinoamericanos, el conflicto se dilatara hasta bien entrado el siglo XXI. (Hobsbawm, 1998, p. 439) En el caso concreto de Villarrica, el grupo armado escapó hacia una zona segura y se refugió en ella. Desde allí pudo seguir operando. Con la llegada del Frente Nacional se disolvió la autodefensa, pero la historia pareció rimar en 1964 en Marquetalia, en donde surgió otro grupo que terminó ocupando su nicho. Si bien algunas guerrillas y grupos armados desaparecieron de forma permanente, como las guerrillas de los Llanos o el grupo de Tulio Bayer, otros, como la Autodefensa Campesina, simplemente cambiaron tanto de posición (aunque la Autodefensa continuó operando en el páramo de Sumapaz, si bien no en inmediaciones a Villarrica tras la caída de la “cortina”) como de forma de lucha, y al desaparecer su nicho fue ocupado por otros grupos, como las FARC, que surgirían en una región cercana a Villarrica.

¿Qué significó la aplicación de las lecciones de Corea?

Grosso modo, el aprendizaje militar del Ejército Nacional de Colombia obtenido de la guerra de Corea puede resumirse, primero, en un aumento en su grado de profesionalización; en general en el de todas las Fuerzas Militares, pero principalmente el Ejército, dado que era el que más se encontraba afectado por el partidismo. El Ejército recuperó el sentido apolítico de su carácter, dejando de lado la polarización partidista que lo afectaba para ejercer su función constitucional y su misión de reestablecer el orden público, así como de hacerlo por medio de técnicas y procedimientos modernos. Independientemente de lo que se pueda opinar de las motivaciones de los militantes de la Autodefensa Campesina, el Ejército acudió a la región en cumplimiento de su deber constitucional: restaurar el orden. Es cierto que durante el transcurso del mismo sucedieron hechos cuestionables, incluso criminales, cometidos por miembros de la fuerza pública, pero eso no cambia el hecho de que cumplió una misión constitucional.

Aunque la apoliticidad es una cualidad elemental de una institución militar, el cambio es notable si se le compara con la situación anterior: un Ejército cuya oficialidad estaba dividida, al igual que el resto del país, cuya mentalidad era principalmente política, (Rempe 1995, p. 16) es decir, partidista, lo cual no solo minaba la cohesión, el *esprit de corps*, sino que incluso dificultaba el cumplimiento de las misiones. Basta ver la actitud con la que Puyana y otros oficiales de filiación liberal acudían a cumplir su deber contra sus

⁴⁸ No obstante, debe recordarse que en Vietnam los comunistas contaban, de hecho, con la ayuda de un ejército regular, perteneciente a un Estado, que era el ejército norvietnamita.

propios copartidarios liberales. Podría decirse que, en el nivel del Batallón Colombia, se rescató ese *esprit de corps* que más adelante procuraría extenderse al resto de la institución.

En cuanto a la aplicación de los conceptos y prácticas militares concretas, basta comparar el resultado que obtuvo el Ejército en Villarrica, haber hecho replegar a la Autodefensa Campesina y forzarla a optar por la guerra de guerrillas, con los resultados, por ejemplo, del Llano: sus guerrillas se desmovilizaron por la amnistía de Rojas Pinilla y no por un golpe militar. Si bien los combates del 8 y 9 de junio no significaron la aniquilación de la Autodefensa Campesina, sí supusieron una seria derrota a la misma. No se trató solo de la superioridad numérica y material, sino también de haber empleado una mayor flexibilidad en el campo. El Ejército colombiano apostó por la movilidad antes que por un grande pero pesado poder de fuego. También optó el Ejército por la aplicación de las operaciones cívico-militares, especialmente por parte de Valencia Tovar, si bien esto fue su sello distintivo, pues la mayoría de los militares, seguidores de la “línea dura” del Ejército, pretendieron imponer su ley por la fuerza en la región.

Lo mismo se puede decir del uso de la inteligencia militar. Si bien, en la búsqueda de información fue donde se cometieron más actos de abuso, indudablemente fue clave para el desarrollo de las operaciones. Para ello basta recordar, nuevamente, a Valencia Tovar, tras la charla que sostuvo con aquella campesina.

Villarrica fue la primera ocasión en que se puso en práctica el aprendizaje militar obtenido en Corea, tanto de la aplicación de aquellas lecciones en concreto, como de la asimilación de las lógicas de pensamiento propias de la guerra fría, pues se combatía a un enemigo altamente permeado por el comunismo, si bien no en su totalidad. La asimilación de lógicas, patrones y la estética militar estadounidenses era un proceso que ya se estaba gestando, desde, por lo menos, los años cuarenta, pero tuvo su impulso definitivo con la participación colombiana en la guerra de Corea, así como su prueba de fuego, en terreno colombiano, en los combates de Villarrica.

Si bien el ejercicio de la fuerza militar en Villarrica por parte del Ejército obedeció al uso de tácticas de la guerra regular, comenzaron en ella a darse los primeros visos de la respuesta de la institución castrense al tipo de guerra que se planteaba en el país, el tipo de guerra que definiría no solo su futuro sino el de muchas otras naciones e imperios, aquellas nacientes y estos desmoronándose, en la segunda mitad del siglo XX. Puede afirmarse, por lo tanto, que con Villarrica se da un primer paso hacia la concepción de lo que posteriormente se llamaría “contrainsurgencia”: la orientación de las Fuerzas Militares colombianas, en especial el Ejército, hacia el combate y la erradicación de los grupos armados insurgentes que aparecieron a lo largo y ancho del territorio nacional. Por supuesto, el Ejército no repetiría exactamente los mismos patrones que repitió en Villarrica: retroalimentó la experiencia para poner en práctica, a su vez, las lecciones de la misma en futuros escenarios.

Cabe decir que, como se vio tanto en los combates de Villarrica como en otros conflictos no solo en Colombia sino alrededor del globo, una victoria militar no necesariamente equivale a una victoria política.

En el caso colombiano, aunque la victoria en los combates de Villarrica la obtuvo el Ejército, esto no significó el fin del conflicto, únicamente el cambio de forma de lucha por parte de la Autodefensa Campesina. Por su parte, aunque el pacto del Frente Nacional puso fin a la violencia bipartidista, no sucedió así con las luchas sociales y agrarias, las cuales eran una constante tanto en la región del Sumapaz como en muchas otras regiones, entre esas, Marquetalia, cuya importancia no necesita ser explicada ante alguien que tenga conocimiento de la historia del conflicto armado colombiano. Las lecciones aprendidas por el Batallón Colombia en Corea, aunque mejoraron significativamente a la institución, no significaron que esta se convirtiera en la solución a los problemas de orden público que afrontó el país.

La aplicación en Villarrica de la doctrina militar estadounidense, adoptada por el Ejército Nacional de Colombia, marca un punto de partida de lo que sería el conflicto armado colombiano. Si bien lo que ocurrió en Villarrica fue un suceso con sus propias características, algunas de las cuales no se repitieron en ningún otro suceso, sí ocurrió por lo menos un escenario similar, que fue el de Marquetalia en 1964. Este tuvo un trasfondo similar al de Villarrica, en cuanto a las ideologías enfrentadas, y un desarrollo relativamente similar en las operaciones militares⁴⁹. En esas operaciones el Ejército Nacional de Colombia siguió poniendo en práctica tanto las lecciones de Corea, las de Villarrica como las del aprendizaje posterior a estos sucesos, fuera este producto del estudio o de la experiencia.

⁴⁹ Con la diferencia de que la guerrilla de Marquetalia, posteriormente las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), no optó por la misma guerra de posiciones que la Autodefensa Campesina en Villarrica.

Conclusiones

Tras la participación del batallón Colombia en la guerra de Corea ocurre la que puede considerarse la segunda modernización y “gran reestructuración” del Ejército Nacional de Colombia, siendo la primera en 1907 con la misión militar chilena. Como se pudo constatar, a partir de dicha misión el Ejército obtuvo un mayor grado de profesionalismo e independencia como institución, aspectos en los que era muy débil durante la primera mitad del siglo XX y que peligraban al desatarse La Violencia.

Las reformas que se hicieron a la estructura interna del Ejército –como la creación de las cuatro secciones de la Plana Mayor de Batallón- le permitieron operar con una mayor eficacia. Basta ver el rol que tuvo la inteligencia militar en Villarrica, así como el planteamiento de operaciones más ajustadas a la situación, pese a los reveses sufridos inicialmente por el Ejército, que acabaron por dar los resultados deseados.

El énfasis puesto en la infantería, tanto en la teoría como en la práctica, debe destacarse. A partir de la experiencia en la guerra de Corea, ya Ruiz Novoa planteó darle la prioridad a esta arma sobre las demás, incluso si implicaba reducirlas enormemente o incluso no poseerlas. En Villarrica, la situación, si bien fue distinta a la de Corea, en cuanto al tipo de conflicto, la infantería fue igual de pues fue la que llevó en sus hombros la mayor parte del peso de la lucha y causó la gran mayoría de las bajas.

Puede evidenciarse también la poca concordancia entre el paradigma de guerra regular planteado doctrinalmente en la *Revista Militar* y la realidad del conflicto en el campo colombiano. Esta discordancia no es total, pues, como se mencionó, lo que se plantea en la *Revista* en relación a la infantería puede tener una aplicación, aunque con ciertas adaptaciones, a la guerra irregular, como se hizo con los batallones reestructurados por Valencia Tovar en Villarrica, así como con los planteamientos del uso de aviación y, desde luego, la reflexión, temprana para su tiempo, acerca de la guerra de guerrillas que había sucedido recientemente en la Indochina francesa. No obstante, no puede culparse al Ejército por ineptitud o incluso por falta de visión, pues sencillamente seguía el pensamiento que había en la época con respecto a la guerra. Todas las fuerzas armadas del mundo, especialmente las de las potencias (modelos en lo militar y en muchos otros aspectos para los países del llamado “tercer mundo”), tenían la concepción de enfrentarse a un ejército, si no respaldado por un Estado, por lo menos sí estructurado, equipado y operante con los lineamientos de lo que se llamaría un “ejército regular”.

El choque de este paradigma militar con la realidad de los campos de batalla de la segunda mitad del siglo XX fue traumático para todos los países que lo sufrieron: Francia en Argelia e Indochina, Estados Unidos en Vietnam, Portugal en Angola, la Unión Soviética en Afganistán, entre otros. Algo parecido puede decirse de los conflictos internos que implicaron guerra de guerrillas o guerra con algún actor irregular, como las revoluciones cubana y sandinista en Nicaragua. Colombia no ha sido la excepción en ese sentido,

si bien el Estado colombiano se encuentra en la lista de aquellos que han logrado contener exitosamente a las insurgencias armadas, independientemente del costo.

Ahora bien, es prácticamente imposible, desde el punto de vista de los objetivos políticos, categorizar a la Autodefensa Campesina como una insurgencia. A pesar del pensamiento revolucionario e incluso de que sus propios miembros se autodenominaron “guerrilleros”, su nombre indica claramente su objetivo, del cual no se deslindaron durante su período de existencia. Pero el haber limitado sus acciones bélicas a la autodefensa no le impidió a la Autodefensa Campesina de Villarrica y el Sumapaz hacerle la guerra al Estado colombiano. La organización guerrillera del Sumapaz supo combinar la autodefensa con la guerrilla móvil y de esa forma enfrentarse a la fuerza pública colombiana, apoyada además, por “pájaros”, “chulavitas” y demás agentes armados no estatales. De esta forma la Autodefensa Campesina le planteó un serio desafío a un ejército que recientemente había experimentado en carne propia la guerra contemporánea. Pero también fue la primera vez, en la Violencia, que el Ejército enfrentó y superó ese problema con éxito.

Como se mencionó al final del cuarto capítulo, un éxito militar no necesariamente repercute en las condiciones políticas o sociales de la población de la localidad, región o país en el cual se está desarrollando el enfrentamiento. A pesar de que la Autodefensa Campesina se deshizo, las luchas sociales que dieron motivo a su nacimiento continuaron e, incluso, luchas sociales parecidas en otra región del Tolima, no muy lejana al Sumapaz, fueron la bandera de guerra de las FARC, que nacieron cerca de una década después de los combates de Villarrica.

Finalmente, la consecuencia más importante de haber aplicado en Villarrica las lecciones obtenidas de la Guerra de Corea fue el surgimiento de lo que sería la doctrina contrainsurgente del Ejército colombiano. No nació como tal allí, es decir, no se llegó por completo a dicha orientación únicamente a partir de la experiencia en Villarrica, pero esta sirvió para poner en primer plano no solo el rol que tendría el Ejército en el futuro próximo, sino cómo lo desempeñaría: identificando núcleos regionales subversivos, o por lo menos con problemas de orden público, y enviando una fuerza a neutralizarlos. También comenzaron a formarse unidades especializadas en operar en grupos pequeños y altamente móviles, como los afamados Lanceros. Una forma de operar similar se vio en Villarrica, pero sin poseer unidades especialmente entrenadas en ese tipo de guerra para ese propósito, sino simplemente tomando las que ya había y haciéndolas funcionar de una manera distinta a la regular.

Villarrica representó el inicio de la incorporación del paradigma contrainsurgente al Ejército de Colombia en su plano táctico, al readaptar todo lo aprendido en Corea a la situación concreta y al ser un primer ejercicio de la tarea que tendría que desempeñar el Ejército en el futuro. Al uso de tácticas que serían propias de la contrainsurgencia hay que añadir el hecho de que el enemigo al que se enfrentó el Ejército, liderado por un convencido anticomunista como lo era Rojas Pinilla, era de orientación comunista. Ello ayudó a cimentar la concepción del comunista como el enemigo, es decir, a calar más profundo en la mente

del militar colombiano su ya de por sí fuerte sentimiento anticomunista, que ya se había fortalecido con la participación colombiana en la guerra de Corea.

La concepción de la contrainsurgencia, en sus planos estratégico y político, fue un proceso que tardaría algunos años más y requeriría otros sucesos como detonantes, tanto en el nivel internacional como en el nacional. En el primero se cuenta la revolución cubana; el miedo era obvio, pues lo que sucedió en Cuba mandó un mensaje claro al mundo y sobre todo a Latinoamérica: la revolución era posible, la lucha armada era viable. En el segundo, fueron los enclaves guerrilleros ubicados entre el Tolima y el Huila: Marquetalia, El Duda, Riochiquito, entre otros, las llamadas “repúblicas independientes”. La misión de combatirlos, vencer a los guerrilleros y reestablecer la autoridad del Estado en esas zonas fue lo que terminó de cimentar el sentido de la misión del Ejército colombiano, así como su doctrina militar encaminada a ello. De dicho sentido y doctrina, si bien difícilmente puede decirse que sean hoy en día exactamente los mismos, sin duda aún queda una importante impronta, por el hecho de que aún hoy en día Colombia tiene grupos insurgentes activos, como lo son el ELN o las disidencias de las desmovilizadas FARC. Otras organizaciones armadas que no son de izquierda ni insurgentes también reciben un tratamiento similar por parte del Estado, como los llamados “Grupos Armados Organizados”.

Si bien el Ejército obtuvo una mejor dirección política y una independencia institucional como resultado, en buena parte, de su experiencia en Corea, la claridad acerca de su papel como guardián de un cierto orden público, la concepción del enemigo de dicho orden, el enfoque hacia la contención de ese enemigo interno y la directriz para combatirlo y derrotarlo, no estarían completamente claras sino hasta ya entrados los años 60. Pero sin los acontecimientos de Villarrica, este proceso, determinante en el curso que tomaría el conflicto colombiano y, en últimas, del éxito del Estado en contener la insurgencia, no habría sido posible.

Fuentes

- April-Gnisset, J. (1991). *La crónica de Villarrica*. Instituto Latinoamericano de Servicios Legales Alternativos.
- Biblioteca Militar. (1957). *Revista Militar Tomos I al III. Artículos:*
- Arenas, C. (1956). La defensa en la contrapendiente. *Revista Militar Tomo II (No 6)*, 56-62.
 - Escuela de Infantería. (1955). Conocimiento y empleo del tablero M10. *Revista Militar Tomo I (No 1)*, 10-15.
 - Escuela de Lanceros. (1957). Reseña histórica de las unidades Ranger. *Revista Militar Tomo III (No 9)*, 36-38.
 - Escuela de Lanceros. (1958). Entrenamiento del curso de Lanceros. *Revista Militar Tomo III (No. 11)*, 32-37.
 - Gestación de un patrullaje de combate. (1955). *Revista Militar Tomo I (No 2)*, 11-14.
 - La sección de instrucción. (1955). *Revista Militar Tomo I (No 1)*, 4.
 - Las sangrientas Lecciones de Indochina. (1955). *Revista Militar Tomo I (No 4)*, 61-68.
 - Lema H., B. (1958). División de Infantería. *Revista Militar Tomo III (No 8)*, 60-69.
 - Orejuela Escobar, A. (1957). Pentomic. *Revista Militar Tomo III (No 8)*, 51-53.
 - Mitchell, A., & Knowles, R. (1956). Tiros de preparación. *Revista Militar Tomo II (No. 7)*, 74-84.
- Caicedo Montúa, F. (1995). *Diario en las Trincheras Coreanas*. Imprenta Ejército.
- Jara, J. (2017). *Cuadernos de la Violencia: Memoria de infancia en Villarrica y Sumapaz*. Bogotá: Cajón de Sastre.
- Martínez Roa, A. (1974). *Sangre en Corea: un infierno vivido en la guerra*. Editorial Gráficas Mundo Nuevo.
- Poveda, M., Rey, P., Camacho, M., Sanabria, C., Ángel, J., Molina, J., . . . Moyano, P. (Enero de 1955). Solicitud al señor presidente Teniente General Gustavo Rojas Pinilla. Villarrica.
- Puyana García, G. (1993). *¡Por la libertad... en tierra extraña! Crónicas y reminiscencias de la guerra de Corea*. Bogotá: Banco de la República.
- Quintero Santofimio, G. (20 de Enero de 1955). Documento de la embajada de Colombia en México. México D.F.: Embajada de Colombia en México.
- Ruiz Novoa, A. (1956). *El Batallón Colombia en Corea 1951 1954*. Empresa Nacional de Publicaciones.
- Ruiz Novoa, A. (1956). *Enseñanzas de la campaña de Corea aplicables al Ejército de Colombia*. Bogotá: Antares Imprenta-Fotograbado.
- Valencia Tovar, Á. (1992). *Testimonio de una época (2da ed)*. Bogotá: Ediciones Tercer Mundo.
- Valencia Tovar, Á., & Sandoval Franky, J. (2001). *Colombia en la guerra de Corea: La historia secreta*. Bogotá D.C: Editorial Planeta Colombiana S.A.

Bibliografía

- Atehortúa Cruz, A., & Vélez Ramírez, H. (1994). *Estado y Fuerzas Armadas en Colombia*. Bogotá: Tercer Mundo Editores.
- Bushnell, D. (2007). *Colombia: una nación a pesar de sí misma*. Bogotá: Editorial Planeta Colombiana.
- Camacho Arango, C. (2011). Síntesis y perspectiva de los estudios de transferencias militares europeas en Suramérica (1890-1940). *Revista de Historia Iberoamericana 4 (No 2)*, 40-58.
- Camacho Arango, C. (2015). Colombia en el mundo. En E. Posada Carbó, & M. Deas, *Colombia: mirando hacia adentro* (págs. 81-148). Madrid: Fundación Mapfre.
- Camacho Arango, C. (2016). *El conflicto de Leticia (1932-1933) y los ejércitos de Perú y Colombia*. Bogotá: Universidad Externado de Colombia.
- Camacho Arango, C. (2018). El cierre de los bolsillos de Samuel Moreno Díaz: censura de prensa, denuncias de corrupción y el clan de Rojas Pinilla durante la dictadura. En J. Henao, & C. Isaza Espinosa,

- Corrupción en Colombia Tomo I: Corrupción, política y sociedad* (págs. 149-189). Bogotá: Universidad Externado de Colombia.
- Coleman, B. L. (2008). *Colombia and the United States: The Making of an Inter-American Alliance 1939-1960*. Kent: Kent State University Press.
- Germán Guzmán Campos, O. F. (1963). *La Violencia en Colombia (I)*. Bogotá: Ediciones Tercer Mundo.
- González Schroeder, C. (2013). *La influencia de la participación de Colombia en la guerra de Corea en la construcción de la nueva mentalidad del Ejército Nacional entre 1951 y 1982*. Bogotá: Universidad del Rosario.
- Hastings, M. (1987). *The Korean War*. Nueva York: Simon & Schuster Paperbacks.
- Helg, A. (1986). El Desarrollo de la instrucción militar en Colombia en los años 20: estudio del impacto de una misión militar Suiza. *Revista Colombiana de Educación* 17.
- Henderson, J. (1985). *Cuando Colombia se desangró: un estudio de la Violencia en metrópoli y en provincia (2da ed)*. Bogotá: El Áncora Editores.
- Hobsbawm, E. (1998). *Historia del siglo XX*. Londres: Crítica (Grijalbo Mondadori, S.A.).
- Londoño Botero, R. (2011). *Juan de la Cruz Varela: Sociedad y política en la región del Sumapaz (1902-1984)*. Bogotá: Centro Editorial Facultad de Ciencias Humanas Universidad Nacional de Colombia sede Bogotá.
- Martínez Espinosa, R. (2003). Consecuencias y enseñanzas. En Á. Valencia Tovar, *En Corea por la Libertad y por la Gloria* (págs. 387-410). Bogotá: Imprenta y Publicaciones de las Fuerzas Militares.
- Meléndez Camargo, J. D. (2015). Colombia y su participación en la guerra de Corea: una reflexión tras 64 años de iniciado el conflicto. *Historia y Memoria* 10, 199-239.
- Prada Herrera, S. C. (2017). *Una guerra sin memoria: Villarrica, Tolima, 60 años de resistencia campesina*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.
- Quiroga Cubides, S. (2015). *Reinventar un héroe: narrativas sobre los soldados rasos de la guerra de Corea*. Bogotá: Universidad del Rosario.
- Rempe, D. M. (1995). *United States National Security and Low-Intensity Conflict in Colombia 1947-1955*. Calgary: Department of History of The University of Calgary.
- Reyes, C. (1989). El gobierno de Mariano Ospina Pérez: 1946-1950. En Á. T. Mejía, *Nueva Historia de Colombia (II): Historia Política 1946-1986* (págs. 9-32). Bogotá: Planeta Editorial Colombiana.
- Rodríguez Hernández, S. M. (2006). *La influencia de los Estados Unidos en el Ejército colombiano 1951-1959*. Medellín: La Carreta Editores.
- Sánchez, G. (1989). La Violencia: De Rojas al Frente Nacional. En Á. Tirado Mejía, *Nueva historia de Colombia (II): Historia política 1946-1986* (págs. 153-178). Bogotá: Planeta colombiana Editorial.
- Sánchez, G., & Merteens, D. (2006). *Bandoleros, gamonales y campesinos: El caso de la Violencia en Colombia*. Bogotá: El Áncora Editores.
- Tirado Mejía, Á. (1989). El gobierno de Laureano Gómez. De la dictadura civil a la dictadura militar. En Á. Tirado Mejía, *Nueva Historia de Colombia (II): Historia política 1946-1986* (págs. 81-104). Bogotá: Planeta Colombiana Editorial.
- Tirado Mejía, Á. (1989). *Nueva Historia de Colombia*. Bogotá: Planeta Colombiana Editorial.
- Tirado Mejía, Á. (1989). Rojas Pinilla: del golpe de opinión al exilio. En Á. Tirado Mejía, *Nueva Historia de Colombia (II): Historia política 1946-1986* (págs. 105-126). Bogotá: Planeta Colombiana Editorial.
- Valencia Tovar, Á. (1989). Historia militar colombiana. En Á. Tirado Mejía, *Nueva Historia de Colombia (II): Historia política 1946-1986* (págs. 295-340). Bogotá: Planeta Colombiana Editorial.
- Valencia Tovar, Á. (2003). El Teatro de guerra. En Á. Valencia Tovar, *En Corea por la Libertad y por la Gloria: Participación colombiana en la guerra 1951-1953* (págs. 15-26). Bogotá: Imprenta y publicaciones de las Fuerzas Militares.

Valencia Tovar, Á. (2003). La agresión. En Á. Valencia Tovar, *En Corea por la Libertad y por la Gloria: Participación colombiana en la guerra 1951-1953* (págs. 27-48). Bogotá: Imprenta y publicaciones de las Fuerzas Militares.